



# DIARIO DE LA MARINA



LA HABANA, 25 DE DICIEMBRE DE 1938

## Suplemento Dominical

En Este  
Número:



### SILENCIO

cuento de  
J. S. de Roca



### EL REINADO DE LAS ESTRIDENCIAS

Un bosquejo  
de  
Benny Goodman  
por  
Sam Lukas



### El Capitán Aguila Trucutú



Novela en  
serie  
y otras lecturas  
amenas para  
grandes y  
chicos



# Solaces de un Estudiante

por P. Coloma



T. PANDVACA

La Novela  
del  
Domingo

B.H.º



¿QUÉ TE AFLIGE GÚZIGU?  
 ¿TRUCUTÚ HA RENUNCIADO Y NO TIENE JEFE DE POLICÍA?  
 DIJO QUE ERA MUY FÁCIL EL TRABAJO Y NECESITA EXCITACIÓN

# TRUCUTÚ



**MIENTRAS TANTO:** EN BÚSCA DE AVENTURAS.  
 HE SENTIDO ABANDONAR AL VIEJO, PERO SI SIGO ALLÍ ME VUELVO UN MANTEQUILLA.  
 VO CREO QUE LO SOY  
 MEJOR SERÁ QUE PRUEBA A VER.



¡ARRE, DOÑA ISaura, A VER QUÉ COSA ES ESTA!  
 ¡GRRRRR!



**BOOM!**



¡CACHÓN DE LOS CACHONES! NO ESTOY TAN BLANDITO COMO CREÍA!  
 ¡VOTO A SANES!



VAYAMOS A VISITAR AL VIEJO LEMUEL QUIZÁS ENCONTRAREMOS AVENTURAS.



¡CARACHOS! ¡NO VEO A NADIE! ¿HABRÁ SUCEDIDO ALGO CATASTRÓFICO?



¿QUÉ SERÁ UN JUEGO DE PELOTA?



¡CACHÓN?



UN CUERO LLENO DE AIRE ¿QUÉ ES ESTO?



CONTINUARÁ

-V.T. Hamblin

# FRAGMENTOS

DE LA ÉPOCA PREHISTÓRICA

PANORAMA DE LOS ANIMALES RAROS E INVEROSÍMILES QUE HAN TOMADO PARTE EN EL DESFILE DE LA HISTORIA



ELEFANTE PREHISTÓRICO DE CUATRO COLMILLOS, ANTEPASADO ILUSTRE DE LOS PAQUIDERMOS AFRICANOS DE LA ACTUALIDAD.



EL CANGURO AUSTRALIANO DE HOY SOLO TIENE 6 PIES DE ESTATURA PERO HACE MUCHOS SIELOS MEDIA HASTA 10 PIES Y SU CABEZA ERA COMO DE UN CABALLO PEQUEÑO

EL GLIPTODONTE, ARMADURA GIGANTESCO DE AMÉRICA QUE ERA TAN GRANDE COMO UN BUEY.



Veamos qué había producido esta triste escena.

### XIII

No bien hubo escampado el fuerte chaparrón en que se deshizo la tormenta, apareció en la calle un hombre que, con sus paraguas chorreando, y algo apartado del cuerpo para no mojarse, iba mirando atentamente, y a través de los cristales de unas gafas de oro, los números de las casas de una y otra acera. En su cara, redonda como una pandeleta, y en su aire vulgar y ordinario, hubiese reconocido cualquiera al mismo hombre que en el capítulo anterior vimos en la habitación de doña Ursula. Ilamábase don Celedonio Prosopopeya y Bellotas; era natural de Cabuerniga, pueblecillo de las montañas de Santander, y hallábase recién venido de América, donde había realizado una considerable fortuna que esparcía por todo su cuerpo cierto «chic de peso duro», que si no era del gusto más delicado era al menos del más positivísimo buen efecto.

Eran don Celedonio, como ya hemos dicho muy corpulento, y feo como él solo lo cual no se le importaba un bledo, porque para él no había más hermosura que la de los pesos duros, y ésta la poseía en alto grado. Procuraba siempre que su insulso semblante impusiese todo el respeto posible, y afanábase por imitar esa dignidad que en las personas de elevada esfera nos impone al mismo tiempo que nos encanta; pero no se hacía cargo el buen pobrete que esas maneras majestuosas y esa arrogancia exenta de orgullo, exclusiva del verdadero caballero, no nacen de un afectado estudio, sino del sentimiento de su propia grandeza que estas personas tienen. He ahí por qué nos hemos creído nunca que Talma diese a Napoleón «lecciones de majestad». Austerlitz, Marengo y Jena bastaron a darle la majestad del poder, apoyado en la fuerza. Waterloo, la de la desgracia resignada por la... impotencia.

No conseguía, pues, don Celedonio con su ostentación de aire imponente, lo que con tanta facilidad hubiese logrado

con ponerse un cartelito a la espalda en que se leyera: «Este hombre tiene medio millón de duros». Porque don Celedonio Prosopopeya y Bellotas era nada menos que un millonario.

Pero no un millonario que hubiese llegado a serlo por medios honoríficos, y ayudado por la fortuna o a costa de su trabajo, sino uno de esos que sin más rey ni Roque que su codicia, sacrifican por llegar al apogeo de las riquezas su dignidad propia, y aún a veces también la ajena.

Los primeros hacen, por lo común un buen uso de sus caudales y hay mil bocas que reciben de su mano el pan de cada día al par que les tributan, agradecidas, la más suave música que puede resonar en los oídos de un cristiano: un «¡Dios se lo pague!» (1). Condenarles tan sólo porque son ricos y la suerte les favoreció, sería faltar a la justicia, y podría muy bien tacharse de envidia.

Pero don Celedonio no pertenecía a esta clase, a quien todo el mundo respecta, sino a las de esas ratas de caños sucios, que reúnen al orgullo del dinero la bajeza del mendigo; viene en ellos, tras una necia prodigalidad, una sórdida avaricia, y todo prueba sus dos naturalezas: la rapacidad del hombre, desprovisto de principios y la insolencia del villano enriquecido. Don Celedonio había sido «negrero», y ahora quería ser «persona»; pobre y miserable, había comerciado con sangre y lágrimas, y la sociedad le arrojó de su seno; rico y opulento, volvía ahora a llamar a sus puertas, y ella, ¡qué vergüenza!, se las abría sonriendo. ¿Y por qué no, si llamaba con aldabón de oro?

Deseoso de hacer olvidar su pasado, daba estrepitosas limosnas, sin conocer siquiera la desgracia que socorría, cuando éstas podían atraerle los aplausos de media docena de periódicos y del público iluso que se engaña o del miserable adúlador que se deja engañar; entonces era «filántropo». Pero negaba un mise-

(1) Tal dice el eminente, el ilustrado, el culto, el católico, el nunca bien ponderado autor Fernán Caballero.

rable pedazo de pan cuando no podía proporcionarle más que la conciencia de haber hecho una buena acción; entonces no era «caritativo».

Jactábase de pertenecer en su origen al más infimo pueblo, no porque fuese afecto a esta clase, que, a haber podido escoger otra, la hubiese tomado de la más elevada, ni mucho menos por humildad, pues le era desconocida del todo esta suave virtud que se esconde y es denunciada por su propio perfume, sino porque, como era conocido de todo el mundo, en vano hubiese tratado de ocultarlo. Para desafogar la bilis que esto le causaba, solía fingir un desprecio de primer orden hacia los mayorazgos, o hacia todo aquellos a quienes, según él, caía el dinero de las nubes, y no tenían más que gastar sin trabajo alguno.

Trataba de cubrir su absoluta carencia de educación con unas pretensiones de ilustrado, que siempre le hacían tomar el rábano por las hojas; semejante en todo al asno de la fábula, quería cubrirse con una piel ajena; pero tampoco podía prescindir de asomar a cada instante la oreja. Contábase de él que, habiendo tenido que ausentarse algunos meses a su pueblo, mandó hacer unas tarjetas de despedida, en que se leía:

#### CELEDONIO PROSOPOPEYA Y BELLOTAS

Se despide

Para el pueblo de su navidad.

En otra ocasión pasaba por Jerez una de las infantas de España; el Ayuntamiento la esperaba en la estación del ferrocarril para cumplimentarla, y don Celedonio, impulsado por su afán de hacerse presente en todas partes, llegó, apartando a todo el mundo, a ofrecer la mano a la ilustre viajera para apearse del coche.

—¿Es usted el alcalde? —preguntó sorprendida la infanta.

—No, señora —replicó don Celedonio; pero he estado «proponido».

Como último toque a este largo retrato, diremos que había hecho un acopio de términos y frases cultas, cuyo significado no comprendía, y que soltaba a diestra y siniestra con la oportunidad de un reloj descompuesto, pronunciándolas con el aplomo del más sabio académico, y con ese exagerado acento de nuestros montañeses que todas sus correrías no habían sido bastante a borrar.

Decíamos, pues, que, con sus gafas de oro sobre las narices, iba don Celedonio mirando todos los números de las casas como si buscase alguno; al llegar a la de doña Ursula se detuvo; sacó de las profundidades de su paletó una cartera, y de ella una tarjeta; cotejó las señas de la casa con las que en la tarjeta venían apuntadas y murmurando: «Aquí es», entró en el zaguán y tiró de la campanilla.

Mientras abrían una pobre mujer, cubierta con un mal pañolón, que chorrea agua por todas partes, y con el que pretendía calentar a un niño de seis a siete meses, que dejaba caer la cabecita sobre el hombro de su madre entreabriendo sus ojitos vidriosos como los de un cadáver, se le acercó, pidiéndole, con el acento de la angustia y del hambre, una limosna por el amor de Dios. Agarrada a las enaguas de su madre venía otra niña de cinco a seis años, que lloraba chupando los picos de su destrozado delantal.

—No traigo más que oro, hermana; no traigo más que oro —contestó el millonario reventándole la satisfacción por los tirantes del chaleco.

## CONCLUSION

En este punto de su narración llegaba cuando fué interrumpida por un confuso rumor de llantos y de gritos que hacía la habitación de doña Ursula.

—Señor, qué zaragata se ha arniado dentro! —murmuró yendo a informar, seguida de Mariquita, que asustada se agarraba a sus enaguas.

Este fué el espectáculo que se ofreció a su vista: doña Ursula, con los ojos enrojecidos, y presa de las más terribles convulsiones, gritaba:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo de mi vida! ¡Ya le perdí; ya no le tengo! ¡Soy vieja, y yo, que soy su madre, no estoy allí para cerrarle los ojos!... ¡Ay, cómo me ahoga la pena! ¡Dios mío, Dios mío, llévame con mi hijo, llévame con mi hijo!...

Lista, no menos afligida que su madre, procuraba consolarla, murmurando entre las lágrimas y los sollozos se lo permitían:

—Dios lo ha querido así...; hágase la santísima voluntad!... ¡El nos lo quitó!

En medio de la habitación, un hombre muy corpulento y de aspecto vulgar ordinario contemplaba el desgarrado grupo que la madre y la hija formaban, y meneando la cabeza, levanta. Cuando en cuando sus redondos ojos se fijaban en las vigas, como si pretendiese encontrar allí consuelo a tanto dolor. De repente dió dos o tres gigantescos pasos, y acercándose a la pobre madre, habló con el pronunciado acento de nuestros montañeses:

—Ea, señora, calle usted ya! ¡Cómo me da ser, si todos hemos de ir unos tras otros, como mulos por vereda!... ¡Ea, callarse ya, digo, y a comer, be... y divertirse; no vayamos a tener el burro caído!

—¡No me dé usted dinero; cómpreme usted pan, señorito, que me estoy muriendo de hambre.

—¡Y tuviera que ver eso! —exclamó don Celedonio, que sintió rebajado su orgullo de millonario con la proposición de la mendiga—. ¡Ir yo a comprar para al pindajo éste!

—¡Señorito, por María Santísima, que todavía no he probado la gracia de Dios!...

—¡Vamos, vamos; he dicho que no! —exclamó el Creso, sirviéndose de su paraguas como de un hisopo para rociar a la mujer de arriba abajo—. ¿Eres sorda, o hablo «extranjis»?

—¡Qué se muere mi niño! —dijo la mujer con un tono que sólo podrá comprender quien lo haya oído.

—Y a bien que lo enterrarán para que no hieda. ¡Ea! ¡Largo de aquí, haragana! ¡Qué plaga, qué plaga!...

Abrióse en este momento la puerta, y don Celedonio entró en la casa.

La pobre mujer se había dejado caer en el umbral, tratando de dar el pecho a su hijo, que en vano se esforzaba por sacar de aquel manantial agotado el jugo que antes le daba la vida.

La muchacha mayorcita decía, quitándose una de sus miserables chancletas, y golpeando con ella el suelo:

—«Mae», dame pan; «yo tero» pan, «mae».

Una vez en el patio don Celedonio, dijo a Misita, que era quien la había abierto la puerta:

—Doña Ursula Montesarao, ¿está en casa?

—Sí, señor —le contestó Misita—; haga usted el favor de subir.

Subió don Celedonio la escalera con el aire de un hombre profundamente preocupado, que no sabe cómo empezar una molesta conversación, que, sin embargo, no puede abstenerse.

Misita que le esperaba en la antecámara, le dijo:

—Pase usted adelante, que voy a avisarle a mi madre.

—¡Ah! ¿Es usted hija de la madre del rapaz? —dijo don Celedonio entrando y arrellenándose en el sofá sin ningún género de cumplimientos. Misita se le quedó mirando sin comprender lo que decía, y fué luego a avisar a su madre la llegada de aquella extraña visita. A poco llegaron madre e hija; don Celedonio, después de haberlas saludado, dijo:

—Yo, señora, soy don Celedonio Proso, popeya y Bellotas, hombre de bien y... de muy buenos caudales —añadió dándose un golpecito en el bolsillo del chaleco, que despidió un sonido metálico.

—Muy señor mío —le contestó doña Ursula, haciendo una inclinación de cabeza.

—Pues, si señora —continuó el Creso—; yo...

De nuevo se quedó callado, hasta que viendo doña Ursula que no llevaba trazas de romper el embarazoso silencio que siguió a estas palabras, le preguntó muy friamente:

—¿Y a qué debo el gusto de verle a usted en mi casa?

—¡Mal haya el gusto que «aluego» da sinsabores; y a la verdad que no quisiera yo estar en ella! —contestó don Celedonio arrellanándose en el sofá y dando vueltas a su sombrero, que no había abandonado, no obstante la fina invitación de doña Ursula.

Esta tuvo en la punta de la lengua decirle que la puerta estaba abierta y que nadie le había llamado; y no ocurriéndosele nada que fuese esto, guardó silencio de nuevo. Misita reventaba por soltar la risa; el finchado montañés continuó.

—No hay que apurarse, señora, y a lo hecho, pecho.

Nuevo silencio, una extrañeza en doña Ursula y nuevas ganas de reírse en Misita.

—¿Y por dónde empezaré a desembucharlo? —murmuró el millonario como preguntándose a sí mismo.

—Puede usted empezar por donde guste, y sea más claro —contestó doña Ursula, que le había oído—; hasta ahora puedo asegurarle que no he entendido una palabra de cuanto me lleva dicho.

—El muerto al hoyo, y el vivo al bollo —replicó sentenciosamente don Celedonio.

Misita, que no podía aguantar la risa, se tapaba la boca con el pañuelo; doña Ursula, que ya le iba creyendo loco, le dijo:

—Pero caballero, ¿quiere usted explicarme?...



—Camino de eso voy, señora mía; camino de eso voy...

—Pues me parece que ha errado usted la vereda, y no vamos a llegar nunca a entendernos.

—¿Y cómo la doy el golpe sin antes prepararla?... La voy preparando a usted para...

—Pero, ¿para qué tengo yo que prepararme? —exclamó doña Ursula cada vez más atónita, sintiendo, sin saber por qué, un vago terror.

—Para llevar el golpe que la amaga...

—¿Si estará este hombre loco y me irá a pegar? —exclamó doña Ursula, arrojándose involuntariamente de un cojín, y luego añadió:

—Pues acabe de explicarse, que ya estoy más que preparada.

Don Celedonio tosía, miró de arriba abajo a doña Ursula, luego a Misita, y, por último, sacando su pañuelo y extendiéndolo hacia la primera, dijo:

—Conque, ¡ea!, señora ya que está us-

ted preparada, sepa que ha muerto su hijo.

—¡Jesús, señor! —exclamó doña Ursula dando un salto en su silla y quedándose blanca como el papel.

—Como tres y dos son cinco, señora; de un tifus que le dió en...

—¡Ay, Dios mío, imposible!... ¡Eso no puede ser! —murmuró doña Ursula con voz que apenas se oía levantándose y volviendo a caer en su silla, porque no podía tenerse de pie.

—Pues será broma que yo vengo a dar, ¿verdad?... Yo le vi muerto, tendido en su hamaca, con un brazo echado al pescuezo de un perro que le llamaban «Garabito»; y me dijo el capitán: «Don Celedonio, ¿va usted a Jerez? Pues llévele la fe de muerto a la madre de este rapaz, y hará una obra de caridad». Conque cántela uste aquí, y vea si yo miento.

Al mismo tiempo que don Celedonio

Juan Manuel Herraldia, segundo.— Amador Velasco, doctor en medicina.

»Dado a bordo en el mar, a 21 de febrero de 1857».

Ya no había lugar a la menor duda y en vano doña Ursula hubiera tratado de engañarse; su dolor estalló terrible y desesperado. Sostenida por Brígida y Misita, se retorció las manos con una fuerza salvaje, y gritaba con varonca unas veces, aguda otras, pero siempre capaz de ablandar al mismo momento:

—¡Antonio, Antonio! ¡Hijo de mi alma!... Si lo dije que ese viaje era mi muerte. ¡Y yo que le dejé marchar! ¡Yo tengo la culpa! ¡Yo lo he matado, yo lo he matado! —exclamaba golpeándose el pecho fuertemente.

Luego quedaba inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando sin ver, y sufriendo sin pensar, porque su dolor parecía haberse suspendido como si cobrase ánimos para luego hacerla sufrir con más fuerza.

—¡La mar, la mar le servirá de mortaja! —volvió a gritar, cruzando las manos convulsamente—. ¡No vería una cara amiga junto a su lecho de muerte... moriría solo; ¡Dios mío, solo! ¡Solo, y yo que soy su madre, dormía!... ¡Y no tendrá una cruz que diga: «Aquí descansa un cristiano», ni un alma caritativa que le rezara un Padrenuestro, ni tampoco quien derramase por él una lágrima! ¡Ay, que no puedo más... a que me muero!... ¡Matadme, Dios mío; matadme, y tendré piedad de mí!...

—¡Pues no lo ha tomado por lo serio que digamos! —murmuraba don Celedonio.

—Y luego, acercándose a la desconsolada madre, añadía para consolarla:

—¡Ea, señora, callarse ya; callarse ya digo, que porque usted lllore no ha de resucitarlo; hoy a tí, mañana a mí; si a él le tocó primero, allá nos aguarde muchos años! El muerto al hoyo y el vivo al bollo; y al fin y a la postre, para comer no le hacía a usted falta el muchacho... Y usted, madamita, tenga más caletre —añadía dirigiéndose a Misita— y limpie esos lagrimones, que andan mal por esa cara de «misgatito», y venga a darle buenos tajos de carne a la mamá, porque los duelos con pan son menos, y para sentir es menester comer, y si a dejar humarnos vamos, tendremos otro burro caído.

Doña Ursula se levantó de repente con la cofia caída sobre la espalda; su pelo cano extendiase diseminado sobre sus hombros, y forcejeando por desahucarse de Brígida y Misita que la sujetaban, gritó de nuevo:

—¡Déjame, suéltame, que me voy con mi hijo, que está en el mar solo!... ¡Solo, y se lo comerán los tiburones!... ¡Suéltame, por María Santísima, que me está llamando y no voy!... ¡Suéltame, déjame, que me llama mi hijo, mi sangre, y no puedo ir! ¡Hijo mío, hijo mío, allá voy, allá voy, que no me quieren soltar!... ¡Ay, ay, que me dan mil muertes!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo para merecer este castigo?

—¡Mamá, mamá; al cristiano no le atañe el saber por qué, sino que el sufrir le basta!

—¡Es verdad, es verdad!... ¡Cúmplase su santísima voluntad! —gimió la infeliz cruzando las manos convulsamente y escondiendo su rostro entre los cojines del sofá, que mordía desesperada.

Don Celedonio, viendo la inutilidad de sus consuelos, creyó prudente eclipsarse, y bajó la escalera murmurando:

—¡Estos demonios de mujeres se traen man uno calores, que son para vistosa!...

Y la pequeña es bonita como un peso duro.

En el umbral de la puerta permanecía aún la pobre mendiga, que, al entrar don Celedonio, se había dejado caer allí rendida de hambre y de cansancio.

En medio de la calle, y frente a la casa de doña Ursula, hallábase parada una hermosa y blasonada carretela, dentro de la cual tres elegantes damas hablaban con un caballero que en la portezuela se había detenido.

Don Celedonio tosió fuertemente para llamar la atención de las del coche, y cuando ya éstas le miraban, dió una moneda a la pobre, no sin haberla dejado caer antes para hacer ver que era de plata. El montañés siguió su camino, y el coche arrancó para el lado opuesto; no bien le vió don Celedonio ponerse en movimiento, volvió a atrás y dijo a la mendiga:

—¿Qué moneda te di yo, chupabolillos?

—Medio duro, señorito; que Dios se lo pagará a usted en la gloria —contestó ésta presentándole la moneda, que brillaba en su sucia mano como una estrella en una sombría noche.

—Pues me equivoqué, hija mía, y por darte dos cuartos te di diez reales —dijo el Creso recogiendo su medio duro y dando a la pobre una moneda de 2 cuartos.

—¡Vaya con el señor, más soplado que un pellejo de vino! —respondió la chiquilla mayor de la pobre mujer—. «Pos al que da y quita, se lo lleva la perra maldita».

#### XIV

Corría un temporal horrible. El cielo, vomitando torrentes de lluvia, y el mar, abandonado a toda su terrorífica sublimidad, parecía obrar de acuerdo para anonadar un bergantín que después de pasado el trópico y entre los 23 y 24 grados de latitud Norte, dejaba ver, a la rojiza luz de los relámpagos, escrito en su popa el nombre de «Chanito». Arrojado del uno al otro lado como una pelota, parecía una veces ir a rasgar con sus afilados topes las nubes, que, cual negras y cuajadas masas, habían hecho desaparecer el día, y otras que, absorbido por las inmensas esclusas que entre ola y ola se abrían, iba a encallar en el fondo del mar, de ese desconocido abismo a que baja el hombre, en alas de su codicia, buscando riquezas que, como en la tierra, sólo halla junto a miserias. Junto a una rica perla, que se esconde en su concha, suele encontrar el podrido esqueleto de un naufrago, que se envuelve en su mortaja de fango. Se había mandado picar el palo mayor y el del trinquete; pero los horribles golpes de mar que embarcaban por la proa y, barriendo la cubierta, venían a salir por el corrimiento, impedían a los marineros llegar a las jarcias y ejecutar la maniobra.

El buque estaba perdido, desamparado, en aquella horrible soledad que lo encerraba en muros de agua como en una cárcel; el cielo y el mar, el rayo y el trueno, parecían decirle con su voz terrible y formidable: «¡Perece!» La fe y la oración, la religión y la esperanza, le gritaban con la suya consoladora y cristiana: «¡Confía!» Porque el buque, como si comprendiese toda la extensión de su desamparo, de esa terrible palabra que cae como la losa de un sepulcro sobre las esperanzas de la tierra, y que lo mismo hace temblar al grande que al pequeño, al alto que al bajo, oraba. Oraba con las bocas de bronce de sus cañones que, broncos y tétricos, pedían socorro, no a los hombres, de quienes nada

podía esperar, sino a Dios de quien lo podía esperar todo; oraba con los corazones de los marineros, que, agarrados con todas sus fuerzas a donde podían, para no ser arrebatados por las olas, se encomendaban a Nuestra Señora del Carmen, santa Patrona de los navegantes; ¡Tan cierto es que el peligro hace comprender a los hombres su debilidad, les anonada en su pequeñez, y, haciéndoles doblar ambas rodilla sobre su orgullosa

graciado Antonio gruñía triste y cariñosamente, meneando la cola, como si preguntase en qué podía serle útil.

—¡Madre mía de la Merced, sálvame! —decía Antonio, con la lengua borrrosa de un agonizante, y la convulsa ansia del que ve próximo un peligro inevitable—. ¡Sálvame! ¡No por mí, que nada merezco, sino por mi pobrecita madre, que ya no verá más!... ¡Madre... ¡Madre!... ¡Dios te ampare!...



jactancia, les obliga a pedir misericordia al Dios que señaló como límite a ese mar, terrorífica imagen de lo infinito, un grano de arena!...

Pero aun más desamparado que el mismo barco, que, ora tendido sobre el costado, como vencido y jadeante ora elevándose altivo hasta la muerte a una formidable altura, esperaba por instantes ser sepultado por una ola más poderosa que las anteriores, agonizaba Antonio Ardera en un camarote del «Chanito». Tendido en su lecho, pálido la frente, descompuesto el semblante y quebrados los ojos, agitaba débilmente las manos, enroscando una manta que cubría su hamaca. Con las ansias de la muerte, sólo oía el desgraciado el horrible mugir del viento, que silbaba entre las cuerdas y jarcias, y el espantoso estruendo de las olas que reventaba sobre los costados del buque, cubriéndolo de blanca espuma. ¡Nada endulzaba aquella triste muerte: ni un sacerdote, que, con los consuelos de la religión, hiciese descender un destello de la luz del cielo sobre el lecho de aquel cristiano moribundo; ni una madre, que le cerrase los ojos y le acostase en la tumba! Sólo «Garabito», el fiel perro del pobre niño, iba y venía de un lado a otro del estrecho camarote, dirigiéndose, ya hacia la puerta, que permanecía cerrada, ya hacia el lecho en que agonizaba su dueño; apoyábase con sus patas delanteras en el borde de la hamaca, y fijando sus inteligentes ojos en el rostro del des-

Nadie le respondía. «Garabito» arañaba la puerta del camarote como si quisiera pedir socorro; por encima de sus cabezas seguía rugiendo la tempestad, y oíase correr de un punto a otro del puente. De nuevo agitábase Antonio, murmurando:

—¡Jesús, Dios mío! ¿Voy a morir solo?... ¿No hay quién me favorezca?... ¡Agua!... ¡Un poco de agua por el amor de Dios!... ¡Virgen Santísima, agua!...

Pero sus débiles gritos no eran oídos de nadie, y ni aun alcanzaban a salir del camarote. Quiso ver si le era posible coger una botella que allí cerca había, y el ligero movimiento que para ello hizo, le produjo un vahido, en que creyó llegado su último instante. Dos horas permaneció tendido boca arriba, mecido por los violentos balances del buque; aquellos hermosos cabellos rubios que fueron las delicias de su madre, caíanle ahora desaliñadamente, y servían como de marco a unos ojos horriblemente fijos, a unas mejillas lividas y a unos labios negros y ligeramente entreabiertos. Al cabo de algún tiempo dió un gran suspiro, y mientras gota tras gota surcaban sus huecas mejillas unas lágrimas amargas como el acíbar, porque nadie se cuidaba de enjugarlas, murmuró:

—¡Pobrecita madre!... ¿Qué será de tí?...

Luego se agitó bruscamente; despidió la manta de la cama, y llevándose

una mano al pecho, apretó con fuerza el escapulario de la Merced, que al cuello llevaba pendiente. Como si comprendiese «Garabito» que su joven dueño entraba en la agonía, acudió presuroso al lecho, y apoyando ambas patas delanteras en el borde, puso su hocico sobre el pebro del niño. Antonio rodeó con el brazo que le quedaba libre el cuello de su fiel compañero, y volviendo hacia él sus ojos, ya en blanco y velados por las sombras de la muerte, murmuró, en el delirio de la calentura y con una voz tan baja que sólo «Garabito» pudo oírla, y tan ininteligible, que sólo Dios pudo descifrarlas, estas palabras, que al dormirse en brazos de su madre tantas veces había repetido:

—«Santa y buena noche nos dé Dios... y parte en su santo reino...»

«Garabito» notó, bajo su hocico, que el corazón de su amo latía con rapidez, como si ansiase terminar las pulsaciones que le quedaban; al concluir su última palabra, lo sintió pararse. El noble animal lanzó un triste aullido y no se movió.

A eso de las cuatro de la tarde el tiempo empezó a abonanzar, y fuertes rachas, que hacían escorar al bergantín sobre el costado de babor, empujaban las nubes delante de sí, como prisioneras que arrastrasen después de vencidas en el combate. Entonces pensaron los pasajeros y tripulantes del «Chanito» en tomar algún alimento, porque hacía más de veinticuatro horas que sólo se ocupaban en luchar con el temporal, oponiendo la maña a la fuerza. En el camarote número 13 encontraron a Antonio muerto; con el brazo izquierdo rodeaba el cuello de su fiel «Garabito», que, de pie junto a la cama, y con las patas delanteras apoyadas en el borde, no se había movido, y, no os riáis, ¡lloraba! La mano derecha del cadáver descansaba sobre su pecho, blanco como el marfil, y estrujaba con fuerza el escapulario de la Virgen de la Merced, que al cuello llevaba pendiente. Se dió aviso al capitán, y aquel hombre que, sin alterarse, acaba de vencer la furia de los elementos salvando su débil barco, se sintió conmovido ante aquel horrible cuadro de muerte y de abandono; de fidelidad y de ternura; así fué que descubriendo su altiva cabeza y siendo imitado por cuando le rodeaban, hincó la rodilla en tierra, y al mismo tiempo que daba gracias a Dios por haberles salvado del naufragio, le encomendaba el alma de aquel pobre niño, que sólo había tenido, para endulzar su agonía los consuelos de un pobre perro. Pero, ¿quién, ¡Dios mío!, no se conmueve ante el espectáculo de la muerte? ¿Quién no reconoce su pequeñez ante esa gran catástrofe del mundo, que iguala al rey con el mendigo? ¿Quién, si es cristiano, no se prosterna y ora? ¿Quién, si es escéptico, no se aterra y huye?

Resonó en este instante un grito, que siempre es escuchado con placer en la inmensidad del océano y que en la monótona vida que se sigue a bordo es todo un acontecimiento. El vigía de tope había gritado:

—¡Vela a barlovento!

Todos corrieron sobre cubierta abandonando de nuevo a la guardia de su pobre perro que aún no había variado de posición el frío cadáver de Antonio.

El capitán subió al punto más elevado de la toldilla y desde allí pudo examinar a su placer el buque anunciador: era la fragata «María», que, procedente de La Habana, había corrido también el temporal, y presentaba grandes destrozos en su casco, y aparejo, viniendo, además, desarbolada del beauprés y del trinquete. La fragata «María» y el

bergantín «Chanito» se aproximaron, izados sus pabellones y medio recogidas las velas, y estando de través y a corta distancia, fachearon y entablaron, por medio de la bocina, el siguiente diálogo:

—¿De qué puerto? —preguntó el «Chanito».

—De La Habana —contestó la «María». ¿Y vosotros?

—De Cádiz. ¿Dónde os cogió el temporal?

—Como a cuarenta millas al Suroeste de la isla de San Cristóbal. ¿Y a vosotros?

—Entre los 23 y 24 grados de latitud Norte.

—¿Podéis darnos una brújula? —preguntó la «María».

—Venid por ella —contestó el «Chanito».

Los de la fragata botaron una chupapa, y bajaron a ella el capitán, cinco o seis marineros, tres o cuatro pasajeros, a quienes impelía la curiosidad, y entre los que se encontraba don Celedonio. Supo allí el finchado montañés, que conduciendo sus dorados penates, volvía a la tierra natal, la muerte de Antonio, y vio su cadáver, como después dijo a doña Ursula.

Enterado el capitán de que don Celedonio pensaba establecerse en Jerez, le suplicó llevase a la pobre madre la noticia de la muerte de su hijo, y le entregó su fe de muerto; también le entregó un reloj de oro y algunas alhajas de poco valor que habían pertenecido al pobre niño.

Ya hemos visto con cuánta diplomacia desempeñó su triste misión; en cuanto a los objetos entregados, no sabemos que haría de ellos.

Recibida la brújula, y después de haberse contado mutuamente los pormenores de la tempestad y los daños que habían sufrido, volvieron los de la fragata a bordo, y desde allí gritaron con la bocina:

—¡Buen viaje!

—¡Adiós! —contestó el «Chanito».

Los dos orientaron sus aparejos, y se separaron. Los unos iban a la vieja Europa; los otros a la joven América. ¡Todos con rumbo a la muerte!

El siguiente día amaneció magnífico, como si la Naturaleza, avergonzada de haberse entregado a sus furores, quisiese, revistiéndose de todas sus galas, hacer olvidar aquella terrible impresión. Precedido de sus rayos, como de heraldos vestidos de oro, salió el globo del sol de entre las olas, mientras la luna, pálida ante él, ibase alumbrar el otro hemisferio. El espacio, de un brillante azul, parecía una inmensa bóveda de cristal cuajado, y en el mar, que reflejaba su mismo color, sólo interrumpía su tersura alguna ola que, más altanera que sus compañeras, se elevaba por encima de ellas, o algún pez que, como deseoso de contemplar aquel espectáculo, asomaba curiosamente la cabeza: «¡Lo infinito en el cielo y en el mar!», dice Chateaubriand. Jamás turba tanto la grandeza de Dios como cuando se tiene la inmensidad sobre la cabeza y la inmensidad bajo los pies.

Todos los que navegaban a bordo del «Chanito» hallábanse a esta hora reunidos alrededor del cadáver de Antonio, que, liado en el lienzo de su hamaca, y teniendo atada a los pies una piedra de la estiva, estaba tendido sobre cubierta. Los marineros, con sus sencillos y limpios uniformes, y teniendo en la mano sus sombreros embreados, formaban un semicírculo, alrededor del cadáver; los pasajeros se hallaban detrás; «Garabito», junto a su dueño, paseaba por todos sus ojos, vivos como dos centellas,

como si preguntase qué significaba aquello. A falta de capellán un pasajero que lo sabía entonó el «Oficio de Difuntos», y aquellas toscas gentes repitieron, sin comprenderlas, estas solemnes palabras: «Requiem aeternam, dona eis Domine; et lux perpetua luceat eis».

Pero si ellos no comprendían lo que sus labios pronunciaban, Dios les entendía a ellos, y aquella humillación de lo pequeño a la vista de lo infinito; aquel tributo de caridad que los hermanos vivos ofrecían a un hermano muerto, le fué grato y les fué oído. Aquellos tristes y solemnes acentos parecían pedir a los monstruos de la mar que respetasen el cadáver que iba a buscar su tumba entre ellos.

Dos marineros cogieron el cuerpo de Antonio, y, en medio del mayor silencio, se le vió cruzar el espacio y sepultarse en el mar. «Garabito» lanzó un lastimero grito, y se arrojó tras él: una misma ola los sepultó a entrambos.

Al mismo tiempo, los dos cañones del «Chanito» dijeron con sus bocas de bronce: «descansa en paz».

## XV

Muchos días pasó doña Ursula, después de la muerte de Antonio, acostada en su lecho, sin que sus ojos derramasen una sola lágrima, y sin que sus labios proferiesen la menor queja; pálida, yerta, con los ojos descajados y siempre fijos en el suelo, miraba sin ver, y sufría sin pensar. Pasaban y repasaban en su imaginación, como otras tantas sombras chinescas, aquellos ya tan lejanos días de ventura, en que con su hijo en los brazos y teniendo junto a sí a Misita, asustábase, ella misma de tanta felicidad y no había desgracia que estérilmente compadeciese; que tal es la deuda que el cristiano que es feliz con trae con aquellos sus hermanos que son desgraciados.

¡Cuán pronto debían de tornarse en días de pesares que vendrían a dar a su corazón la terrible experiencia de la desgracia, porque es esta maestra dura y cruel, que, como los antiguos dómínes, dice al que aprende en sus libros empapados en lágrimas: «La letra entra con llanto que es la sangre que de las heridas del alma brota!»

Poco a poco, la santa virtud de so meterse a los decretos de la divina Providencia, y los oportunos consuelos de su confesor, dieron al destrozado pecho de doña Ursula una resignada y triste calma.

—Enjague usted esas lágrimas, señora, que ya ofenden a Dios —solía decirle éste—. Si cuando Su Divina Majestad nos manda goces le abrimos de par en par las puertas, ¿por qué hemos de cerrárselas cuando nos manda dolores?... Basta de extremos, que no sólo con los labios hemos de decirle. «¡Hágase tu santísima voluntad!» ¡Dichosa usted que tiene en la tierra una hija que la acompañe, y en el cielo un hijo que la aguarde!

Y desde entonces doña Ursula dejó de exclamar desesperadamente: «¡Hijo mío, ya no te veré más!», para decir, mirando al cielo, triste, pero resignada, con el corazón desgarrado, pero sintiendo vivir en él la esperanza: «¡Allá voy, hijo mío; allá voy!»

¡Qué grande, qué magnífica, qué sublime es la religión católica, que por medio de la fe infunde estos consuelos!

Pero otra nueva desgracia se cernía en el horizonte de aquella pobre mujer, siempre turbado por negros nubarrones. Su corto caudal, abandonado del todo, había desaparecido casi completamente,

y sólo le restaba la casita en que vivía; muy pronto debía efectuar un pago bastante considerable, y se hallaba sin recursos de ningún género. En este apuro acudió a don Celedonio Prosopopeya y Bellotas.

Y la pobre madre esperaba.

Había el finchado montañés seguido visitando la casa de doña Ursula, no porque se tomase el menor interés por la pobre madre, pues aquel corazón egoísta era de los que, al decir de Bacón, por cocer un huevo entregaría a las llamas la casa del vecino.

Pero al ver primeramente a Misita, y al tratar luego su bello carácter, había sentido, no amor, que este santo varón no tuvo nunca las menores relaciones con Cupido, sino un ferviente deseo de ver halagada su vanidad enlazándose con aquella familia, que por su antigüedad y su nobleza le haría participe de ciertas preocupaciones que, en su solapado carácter, aparentaba despreciar el orgulloso nabab (que es vicio de ruines arrojar su asquerosa baba sobre aquello que no alcanzan), pero que en el fondo de su corazón rabiosamente envidiaba.

Así fué que cuando doña Ursula, después de mil preámbulos y rodeos, y con el rubor natural en quien nunca tuvo que humillarse a nadie, le pidió prestada la cantidad necesaria, halló el Creso una base grosera y positiva, como su propia persona, donde asentar sus pretensiones. Otorgóle el dinero pedido; pero, venciendo siempre el interés de ricacho, sólo consintió en ello después de hipotecada, con pacto de retro, la casita en que vivía, que era el último resto de su fortuna. Hizole después los más groseros y chabacanos ofrecimientos, y con un aire de superioridad digno de sus talegas, abordó el asunto en estos términos:

—Señora —le dijo con todo el significado de su primer apellido—, celebro mucho poder prestarle esos cuartejos que necesita, y voy a decirle ahora lo que nunca habrá soñado. Sabe usted que soy hombre de peso, y que tengo muy buenos caudales... Si digo que diez millones, no marro por lo alto...

—Mucho me alegro que así sea —le contestó doña Ursula sin saber por dónde iba a resollar el Creso—, porque el uso que se hace del dinero es el que le da su valor, y no dudó que, empleándolo usted para el bien, sabrá disfrutarlo mejor que nadie.

—¡Toma, toma, que sabré disfrutarlo! No me chupo yo el dedo en esto de darse buena vida —replicó don Celedonio dándose dos palmaditas en su abultado abdomen y tomando en un sentido material y grosero la elevada contestación de doña Ursula—. Pues sí, señora —continuó pasando de su primer apellido al segundo—; tengo muy buenos caudales, y no crea usted que me han caído del cielo como los mayorazgos a esos señoritos que quieren deslumbrarnos con sus pergaminos y lo miran a uno por encima del hombro porque tiene sangre azul. ¡Por «viche» del Dios Baco! ¡Pues no podían cargar dos mil demonios de a caballo con todo ese «jato» de perdidos!... Vea usted tanto orgullo porque allá su abuelo mató un moro, y luego para uno que tiene un real, hay diez mil que piden prestado para comer, cuando no andan oliendo dónde guisan. No, señora; yo he ganado mis caudales a fuerza de trabajo y sudando la gota gorda. ¿Está usted?

—Eso le honra a usted mucho —le contestó doña Ursula—, porque el mejor blason de que puede jactarse un hombre honrado es de su trabajo.

—Señora, usted me «aplasta» —contestó el millonario con una fingida modestia—. Pero como no soy egoísta, quiero buscar una mujer que me ayude a gastar mis caudales, y esa una ha de ser la flor de la borricada. Yo tengo muy buenos pesos duros, y Celedonio Prosopopeya y Bellotas se ha de comer el cogollo de la lechuga.

—¡Ya lo creo! —replicó doña Ursula creyendo que el Creso hablaba de bromas—; podrá usted escoger novias lo mismo que quien escoge melones.

—Con una me contento, que no estamos aquí en tierra de moros para gastar «politécnica» (don Celedonio quería decir «poligamia»). Pero ha de ser lo mejor de lo bueno, y la quiero que sea un «título» de perfecciones. En fin, señora; a mí me gusta al pan, pan, y al vino, vino, y las cosas claras y el chocolate espeso. Yo quiero casarme con su muchacha de usted, Misita, que bien vale el milloncito en que he de dotarla.

Doña Ursula no había inventado la pólvora, y aunque poseía un mediano criterio, era de esas personas tan sanas de corazón, que por razón de su bondad misma creen a todo el mundo tan bueno como ellos; así, pues, al oír hablar al nabab, creyó que se le presentaba a su hija una suerte loca, puesto que nunca se había ocupado de observar a don Celedonio física ni moralmente, y hacerse cargo de sus cualidades. Sorprendida, sin embargo, por lo inesperado y repentino de la proposición, no supo qué contestarle.

—¿Y qué me dice usted? —le preguntó el Creso.

—¿Qué quiere usted que le diga?... Yo seré muy gustosa en que esa boda se realice; pero, como usted puede figurarse, sin consultar la voluntad de mi hija, no puedo decirle más que esto...; usted, si bien ya no es niño, es todavía hombre mozo y aunque...

—¡Pues!... Aunque yo no sea bonito, el hombre y el oso, mientras más feo más hermoso y mis talegas me hermanean y me verá la pequeña redondo y sano como un perrito. Yo no me pongo «potingues» en el pañuelo, ni me rizo el pelo porque no lo tengo —añadió, quitándose y volviéndose a poner la peluca, y dejando ver una cabeza más pelada que un nabo, y en la que brillaba a la manera que un oasis en un dilatado desierto, media docena de pelitos colocados en la coronilla—. Pero yo me digo que el hombre ha de oler a tabaco y ha de tener partidas de mulo, y «asín», ande yo caliente y riase la gente; ¿qué peso duro he de embolsarme para andar tieso y estirado como cuerda de «vibulín»?...

—Yo le hablaré a Misita —dijo doña Ursula, a quien mortificaba aquella grosera charla—, y veremos qué es lo que dice.

—¡Vayan cinco durillos contra una peseta a que dice que sí!... ¡Ah, ah! El dinero es muy bonito, y novios como yo no se encuentran al revolver de la esquina. Conque, ea, mamá suegra, ¡basta más ver! Era cara está más triste que un «De profundis» y menester es ponerla como la Pascua. ¡Qué «dimofu!» Si propia rosa, y la meteremos entre cristales para que no la dé el aire.

—¡Ay, señor! Yo no tengo ya nada el chiquillo se murió angelitos al cielo y allá nos aguarde por muchos años. Y por los cuartejos no haya «cuidado», que cuando nos casemos estará usted como la que esperar en este mundo —contestó doña Ursula enjugándose las lágrimas

Continúa en la página 11



Cuento

# ¡Silencio!

J. S. de Roca

**S**AUL Sandler penetró como una avalancha en el despacho de Max Shapiro, con los brazos en alto y gesticulando. Escuchábase un piano cuyas notas parecían más fuertes a medida que hablaban.

—No puedo soportarlo más!— gritó Saul.—¡Ese individuo me volverá loco! Siempre está dale que dale al piano, como si quisiera destrozarlo! Y no soy yo el único que se queja, Max: todos los empleados están furiosos. Esto no puede seguir así. Tenemos que sacar a Bernie de esta casa.

Max Shapiro despidió a la secretaria con un ligero movimiento de la mano regordeta, como quien se quita una mosca. Después que la secretaria cerró la puerta al salir, Max se recostó contra el espaldar de su silla giratoria y aspiró aire, mucho aire, como preparándose para una embestida. Al fin sus gruesos carrillos se hincharon y se rascó la punta de su exuberante nariz, mirando a Saul con sus ojos negros, que brillaban molestos aunque no hostiles.

Max no podía enfadarse con Saul, prácticamente lo había educado él mismo y le había enseñado todos los secretos y mañas del negocio de impresor de música.

—Siéntate, Saul siéntate y cálmate.

Saul obedeció, volviendo iracundo la cabeza hacia el pasillo por donde venía la atronadora música del piano.

—Está en el último salón de ensayo y parece como si tu mesa fuera el piano— dijo.

Max suspiró.

—Tal vez no andamos todo lo modernos que debiéramos, Saul— dijo— He pensado muchas veces en hacer este lugar a prueba de sonidos. Tú sabes que con los materiales modernos se puede horadar un pozo aquí sin que se oiga fuera lo más mínimo.

—Lo que necesitamos es mandar a Bernie y su piano a la Patagonia.

Max sonrió con preocupación.

—A Bernie le gusta este lugar, Saul.

—Muy bien, que le guste todo lo que quiera.

—¿Qué mosca te ha picado contra Bernie, Saul?— preguntó Max suavemente.

—Ninguna. Bernie es bueno, no tengo nada contra él, excepto su modo de darle al piano.

—Saul nosotros le debemos mucho a

ese rompe pianos, a ese Bernie Brown— comenzó Max en tono paternal — Hace seis meses nuestra firma se bamboleaba, estábamos al borde de la quiebra y de perder nuestros negocios. Bernie llegó aquí con su canción "Ensueños" y a tí y a mí nos gustó. Decidimos arriesgarnos una vez más a pesar de que Bernie nunca había publicado una canción.

—No me estás diciendo nada nuevo...

—Lo sé— prosiguió Max indulgente— pero esa canción nos sacó de todo apuro y Bernie no ha escrito esa sola. Ve al departamento de ventas y mira los libros. Verás que Bernie ha producido en cuatro meses cinco canciones de éxito fantástico.

**S**AUL abrió la boca, pero Max le contrató.

—Después de "Ensueños" vino otro éxito fenomenal: "Melancolías Negras". Cuando la tocó por primera vez por poco me revienta los oídos, pues trataba al piano como si hubiese sido su suegra.

Saul se movía en su silla y se tapaba los oídos. La música continuaba lle-

gando atronadora por el pasillo.

—Oyeme, Saul— continuó Max— ¿Has observado alguna vez a Bernie golpeando las teclas? Extiende sus largos dedos y casi pega la cara a ellas. Luego les dá con furia, como si quisiera hacerlas saltar.

—Hasta ahora solo te has olvidado de una cosa, Max, y es que cada día les dá más duro.

Saul hizo esta observación con voz tan atronadora como la música de Bernie.

—Sí— replicó Max— es verdad. Nunca soñé que un piano pudiese tocarse tan duro.

Saul rugió.

—¿De modo que aquí todos debemos volvernos locos porque él quiere que le oigan el el Polo?

—Veamos, Saul— dijo Max paseándose por el despacho— En los dos últimos meses Bernie no ha escrito nada. Su "Serenata Azul" fué lo último, pero eso no importa. Un músico que escribe una cosa así bien merece un descanso.

Saul se irguió ante esto.

—¡Pero no lo toma, no lo toma!— gritó —En lugar de tomarlo se presenta aquí todas las tardes a las dos, va al cuarto de ensayos, y allá te van truenos, rayos y centellas.

—¡Ya los oigo!— dijo Max asintiendo.

—¡Bueno! ¿Entonces que pensar hacer?

**N**ADA, nada más que dejarlo golpear su piano— respondió bondadosamente Max. —Y te diré por qué. El primer día que trajo su "Serenata Azul", tú no estabas aquí, pero debías haber estado. Tenía la cara roja, estaba sobresaltado, anhelante y nervioso por tocarla. Antes de que yo pudiera levantarme ya se había dirigido al piano. Su hermana, esa niña que a veces le acompaña, vino con él. Yo les seguí y cuando llegamos al estudio, ya Bernie estaba sentado al piano. Tenía una expresión de dolor, como si algo le aconteciera. Inmediatamente salieron las primeras notas estruendosas. No obstante, la composición era bella. Estoy seguro de que nunca oirás tocar esa canción como yo la oí aquel día. Era bella de principio a fin. De pronto se detuvo. Dió a la misma tecla tres veces, después siguió dándole, dándole cada vez más duro.

—Súbitamente se levantó del piano retorciéndose las manos y con expresión de terror, miró a su hermana, que comenzó a llorar. Bernie volvió al piano y comenzó a tocar de nuevo, pero esta vez no golpeó las teclas, parecía solo acariciarlas. Era inútil que les diera duro, pues no podía oirlas. Estaba sordo como una tapia. Se ha vuelto sordo en nuestras propias narices y nadie se dió cuenta de su mal. Bernie no puede oír las bellezas que escribe.

—Su hermana me dice— continuó Max— que los mejores especialistas nada pueden hacer por él, pero Bernie rehusa creerlo. Por eso es que golpea tan furiosamente las teclas, tratando de oír su música, que se toca en todas partes, porque el público la quiere cada día más, pero que él solo no puede oír.

—Bernie espera un milagro, espera que al golpear con furia una de esas teclas, podrá al fin oírla. Ahí tienes el secreto de todo este estrépito.

Saul escuchó en silencio. La música, atronadora parecía llenarlo todo, era la más fuerte que Saul había escuchado, pero ahora le parecía dulce y profundamente triste...

## Das palabras sobre belleza individual

Conózcase a si misma...y use un maquillaje natural. ¡Ahí está

el secreto de lo chic! La moda condena ese aspecto "pintoreado". Evite que labios y mejillas se vean pintados: use

Tangee. Porque Tangee, en vez de pintar, al aplicarse, cambia

al tono grana más en armonía con su colorido personal. La mis-

ma propiedad caracteriza al Polvo facial Tangee. El resultado

es ese efecto *encantador* de naturalidad con que se arreglan hoy día las

damas elegantes del mundo. Ensaye Tangee hoy mismo

Deseándoles belleza natural y armoniosa,

*Tangee*

**E**L sol nunca se pone sobre los admiradores de Benny Goodman. Las agudas notas de la música negroide de Goodman encienden la sangre en las venas del joven turco, lo mismo que en las del brasilero, el egipcio o el australiano: los nervios se ponen de punta y los pies danzan lo mismo a orillas del Danubio, que del Támesis, del Charles o del Plata.

Los inflexibles amantes de la buena música han predicho el ocaso del "swing" y el colapso de la popularidad de Goodman desde hace mucho tiempo y, sin embargo, el joven director acaba de hacer una jira por las ciudades del Este de los Estados Unidos poniendo en la taquilla de cada teatro en que ha actuado, en irrefutable contante y sonante, el toque de su batuta mágica.

En mayo pasó por la Nueva Inglaterra dejando tras sí una estela de records de asistencia. En Providence, cinco mil admiradores se apresuraron a oírle. En Hartford, la lluvia y el viento no pudieron detener a dos mil doscientos.



walt scott

# El REINADO de las ESTRIDENCIAS

En Cleveland, ciudad azotada por el desempleo y el hambre, la banda de Goodman produjo más de veinte y cinco mil dólares a la taquilla del Teatro Palace. En un concierto en Boston santificó el famoso Symphonic Hall, viniendo 2700 conservadores bostonianos a oír su música y faltando solo unos pocos cientos de dólares para batir el record establecido por Paderewski hace quince años.

Pero el clarinetista Goodman, después de cuatro años de aclamaciones estruendosas, sigue siendo un misterio para sus admiradores. He aquí el retrato:

La primera vez que uno se topa con Goodman parece que desconcierta. El cálido timbre de su voz para el radio; sus modales campechanos a pesar de ser el "profesor" del "swing", y las agudas notas de su clarinete, hacen que todo el mundo espere un individuo enteramente "abierto", pero no hay tal.

Ahora, tampoco es impenetrable ni vanidoso, aunque inmediatamente de conocerlo uno se da cuenta de algo muy profundo, de una calma inalterable en el fondo del que, al plantarse ante su banda, puede transformar una sala desnuda y seca en un paraíso de furia musical, inspirada y arroboradora.

Cuando dirige su banda sonríe, tiene modales libres, cambia señales y guiña el ojo a sus músicos. Solo, sin el clarinete y sin los compañeros que aman y entienden su música, se convierte en un individuo encerrado como por un muro, lleno de cierta cortesía tímida que se interpone como una niebla entre él y los demás.

Este foso es imposible de atravesar. Goodman es remoto. Sus ojos miran, pero sin atención.

Alrededor de Goodman se ha tejido una leyenda de timidez, provocada por su aparente indiferencia hacia la mayor parte

★  
LOS NERVIOS SE PONEN DE PUNTA ANTE LOS ACORDES O DISCORDES DEL "SWING". NO HAY QUIEN PUEDA RESISTIR EL DESEO DE BAILAR AL OIR LA BANDA DE GOODMAN

de la gente que halla a su paso. No obstante, a nuestro entender no se trata de timidez, sino de que Goodman ha sabido conservar lo que la mayoría de los que vivimos en el mundo hemos perdido: el concepto del valor de lo que le agrada y lo que no le agrada, en lo que respecta a sus relaciones personales.

★  
**L**A MÚSICA de Goodman no es de esas que se escuchan con agrado pero no impresionan. O nos inflama la sangre en las venas, o después de oírlo por media hora nos hace sentir como serpiente herida. Es muy dudoso que pueda "aprenderse" a gustar de la música de Goodman: o nos agrada desde el primer momento y nos electrifica dándonos nueva vitalidad, o nos parece ruidosa, metálica y monótona.

Para sus admiradores, la música de la banda de Goodman es como un grito de guerra que extremece el espíritu y endulza la vida.

Aunque Goodman apenas cuenta en la actualidad veinte y nueve años, ya ha vivido bastante y ha pasado del punto en que se desean cosas y se aspira a muchas otras. Hoy sus gustos son sencillos y su cuenta de gastos personales, a pesar de los ingresos de \$125,000, sobre los cuales se asegura que pagó impuestos el año pasado, es muy pequeña.

Gusta de vestir bien y paga los precios más altos por buenos materiales y bue-

POR SAM...KAS

nos sastres. Su color favorito es el azul. Escoge él mismo sus corbatas y cuando da rienda suelta a su imaginación, su selección es realmente sorprendente, corroborando quizá sus años de asociación con el pentágono, su predilección por las rayas.

Sus únicas joyas son un reloj pulsera y una sortija de plata con un zafiro, la que lleva en el dedo meñique de la mano izquierda. Lo único que le preocupa en sombreros, es que tengan el ala flexible para poder bajársela y evitar ser reconocido por su legión de admiradores.

Siempre accede gustoso a dar su autógrafo, si las peticiones no pasan de cuatro a la vez. Si son más, huye.

Juega muy bien al tenis y cuando está en Hollywood dedica a dicho deporte la mayor parte de su tiempo libre. En el invierno próximo, Goodman espera volver a la capital del cine para filmar otra película.

Es también muy aficionado a la cocina rusa y hace poco, cuando estuvo en Detroit, comía tres veces al día en un restorán ruso. Su plato favorito es el bife-tec. Para las comidas es muy irregular: a veces, durante varios días, come apenas lo necesario. En otros, tiene un hambre devoradora.

Lee las revistas "Time" y "Life", y devora de cabo a rabo varios diarios. Manifiesta una insesibilidad absoluta a la crítica, tanto si le es favorable como adversa.

Y este año interrumpió sus planes para pasar tres semanas de vacaciones en Inglaterra, las primeras que toma en mucho tiempo.

A fines de junio pasado dió un concierto en Montreal, siguiendo el precedente que estableció en enero apareciendo en Carnegie Hall y en mayo en Boston. Sus amigos observan que los intervalos entre sus conciertos son cada vez más cortos y se dice que no está muy lejano el día en que abandone por completo la música de baile para dedicarse exclusivamente a los conciertos.

Posee tres clarinetes, pero el que usa con más frecuencia es de la casa Selmar, de Francia, que cuesta \$1000. Para darse una idea de la ádua labor de Goodman, basta saber que al mes usa unas quinientas lengüetas mientras que, por lo general, los músicos corrientes usan solo unas dos.

★  
**G**OODMAN es soltero y vive con su madre, sus hermanos y una hermana en Central Park West, Nueva York. Su brillante carrera al pináculo es muy conocida y solo la expondremos aquí a grandes rasgos:

Nacido en lo que se ha dado en llamar Ghetto de Chicago, a los nueve años recibía lecciones de música gratis en una sinagoga; a los once estudiaba con Franz Schepp, eminente músico, también de Chicago; a los doce se presentó en calzones a tocar en la banda de un barco del lago Erie con Bix Beirdecke, ahora muerto, pero no olvidado, del que se dice que advirtió a Goodman:

—Apártate, muchacho; no te metas con los instrumentos.

Pero el chico tenía su clarinete propio y un sentido superior para la música, y a pesar de todo tocó con la banda. En aquellos tiempos tocaba donde quiera que

estudiando con buenos maestros, en su escuela superior. Más tarde se unió a otros muchachos, de los cuales fueron después célebres, una banda que imitaba a Ted Lewis y se hizo conocido como muchacho de diez y seis años hizo una gira por el Oeste de los Estados Unidos, a la orquesta de Ben Pollack, la que permaneció cuatro años en las noches. Después de de-

★  
LA MÚSICA DE "SWING" ACASO CONVENCE A SI HACE QUIEN LA ESCUCHA NUEVA MONTARIA. LOS PIES BAIADO POR RITMO ENRICHICO

★  
Benny Goodman tocó aquí y allá, donde quiera que encontraba trabajo.

A los diecisiete tocaba en las grandes orquestas de los salones de baile de los hoteles de Nueva York. A los veintinueve, cuando el radio, hacia discos de gramófono, aparecía en las películas sociales, organizó su primera banda. Entonces se decidió por otra actuación solamente en los programas comerciales de radio. En 1934 organizó una segunda gran banda y comenzó a grabar discos que tuvieron gran éxito. En mayo de 1934, apareció también en un programa de radio.

En ese tiempo el público debió haberle dado la música en numerosas ocasiones no se dió publicidad extraordinaria al originador. Al cabo de unos días el nombre comenzó a hacerse oír en varias partes; y los elogios que se hacían fueron como preparando el terreno para el éxito final.

Tras los contratos del radio, firmados con la Music Corporation of America, emprendió su jira por el Pacífico. Después de una serie de fracasos por ciudades centrales, la banda de Goodman empezó con el éxito en el caso de "Los Angeles", cercano a Los Angeles, y la corriente de dinero y de fama desde entonces arrolladora.

**BENNY GOODMAN ES IDOLO DE MILLONES DE AFICIONADOS AL BAILE — FUERA DE LAS TABLAS ENIGMATICAS Y AQUI DAMOS CIERTOS ASPECTOS INTIMOS DE SU PERSONALIDAD, DE SUS RAREZAS Y DE SU PASADO**



**BENNY GOODMAN Y SU ORQUESTA**

¿Perdurará en los Estados Unidos la música en que, con tanto éxito, especializa Goodman? Los norteamericanos, como los habitantes de todas las latitudes del planeta, son veleidosos y en cuanto a música y baile, siempre les gusta cambiar, a veces de manera tan acentuada y drástica que llama la atención. ¿Hay, por ejemplo, nada más disímil que la danza del "Big Apple" y el baile "Lambeth Walk"? Pues a pesar de su absoluta diferencia los newyorquinos han pasado de la primera a la suavidad apacible de la segunda. Y ello no deja de ser una advertencia para Goodman y su clarinete milagroso.

Claro que al famoso músico, siempre le quedará el recurso de movilizarse con los tiempos y seguir el camino que le dicten las circunstancias y el sentido común. Lo primordial, lo básico era lograr la fama de que ya está ungido, no importa por que procedimiento. De ahora en adelante seguirá siendo Goodman, el Goodman que cobra más de cien mil dólares al año, aunque se dedique a tocar el violín por las esquinas...



Dos maestros de un nuevo tipo de música. Benny Goodman—a la derecha—y Jimmy Dorsey, tal como lucían cuando, en Chicago, daban sus primeros balbuceos en lo que entonces era la embrionaria música del "swing".

A la izquierda: Benny Goodman y su banda de "swing". Cuando esa banda comienza a tocar, millares de pies comienzan a moverse inconscientemente, como por mandato imperioso de un dios desconocido...





# EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE



brofaron de sus ojos al recuerdo  
 oído por el inoportuno montañés—  
 No mío, pobrecito; esta pena la ten-  
 siempre viva en el corazón, y me es  
 abriendo la sepultura!  
 Señora, señora; ya descargó el nu-  
 ¡Por «viche» del chapiro verde,  
 es usted como el pilón del cortijo,  
 conforme se toca el tapón, corre el  
 Nunca se olvida a un hijo, don Cele-

—Ni para atrapar a una yerno rico?  
 Para nada, señor, para nada.

—Y ni el día de la boda lo olvidará

—Solo hay una cosa que me lo hará  
 contestó doña Ursula sonriendo

—Y cuál es ella?... ¿El premio gor-

de la lotería?

—No, señor; las espuestas de tierra  
 echarán sobre mi sepultura.

—Virgen de Covadonga —exclamó don  
 dononio tomando el sombrero y echan-  
 a correr—, y qué fúnebre está usted

## XVI

—Bien salió don Celedonio, se diri-  
 doña Ursula, suspirando, al cuarto

Misita y la encontró sentada delan-  
 te un veladorcito, escribiendo un pa-

que, al entrar su madre ocultó pre-  
 tendidamente poniéndose colorada.

—¿Qué escribías? —le preguntó doña  
 Ursula sorprendida por su turbación.

—Nada... Digo sí..., escribía..., co-  
 unos versos de Zorrilla para ejer-

la letra.

—¿Y dónde están los versos?... Yo  
 veo ahí más que el «Año cristiano».

Misita, que no sabía mentir, bajó con-  
 fusa la cabeza, sin decir palabra.

—Doña Ursula cogió el papel, que es-  
 ta escondido bajo el libro, y leyó en

la letra:

—Querido Pedro: Mucha pena me ha  
 causado tú última carta, porque veo

que no tienes paciencia para aguardar,  
 aguardar es, como leí no recuerdo dón-

de el consejo que nos da la constancia  
 llegar al logro (1). Cuando yo ten-

o ocasión hablaré a mi madre, y, como  
 más de ser muy buena y quererme mu-

cho, no tiene motivos para oponerse a  
 nuestras relaciones, nos dará su bene-

dición, y sin necesidades de misterios  
 vendrá diariamente a mi casa...

—Aquí había interrumpido la carta la  
 mirada de doña Ursula.

Misita no levantaba la vista del sue-  
 to y dos lágrimas temblaban en la pun-

ta de sus largas pestañas.

—Miró su madre tiernamente antes de  
 decir una palabra, y luego dijo de una  
 manera cariñosa, aunque con un tanto

de reproche:

—No creía yo que tenías tan poca  
 paciencia en tu madre.

Misita no contestó, y se echó a llorar.

—Pero me querrás decir a qué viene  
 este llanto? —preguntó su madre con dul-

ceza— Si yo no te riño, hija mía; sólo  
 quiero que me digas quién es ese Pedro,

dónde y cómo le has conocido.

Misita levantó su cara, que, inunda-  
 da de lágrimas, parecía una rosa cubier-

ta de rocía, y refirió a su madre la in-  
 completa historia de sus amores con Pe-

dro. Luego volvió otra vez a echarse a  
 llorar.

—Pero, hija mía, yo no veo que haya  
 ese motivo para llanto —le dijo su  
 madre cogiéndole las manos, y atrayén-

do hacia sí—; límpiase esas lagrimitas

y medita muy bien lo que voy a decir.  
 te...; que Pedro te quiera a ti y tú quie-  
 ras a Pedro, lo encuentro yo muy natu-  
 ral; pero, si como me parece, es éste un  
 noviazgo que no tiene formalidad, y que  
 por un «quítame allá esas pajas» conlui-  
 rá el mejor día del año, no hay que pen-  
 sar en ello. Considera, hija mía, que ya  
 vas a cumplir veinte años, y que no estás  
 en edad ni en posición de perder tiempo,  
 porque, como sabes muy bien, los últi-  
 mos restos de nuestra fortuna van desapa-  
 reciendo y no sé qué va a ser de nos-  
 otras. Además, se te acaba de presentar  
 un partido ventajosísimo, que podrían re-  
 mediar las nuevas desgracias que nos  
 amenazan, y que si no es tan brillante  
 como el marqués, es mucho más seguro y  
 más positivo.



—¿Y quién es ese partido? —preguntó  
 Misita cediendo a la curiosidad, tan natu-  
 ral en su sexo.

—Un hombre muy rico que te quiere  
 y que, si bien ya no es niño, tampoco  
 es viejo; y aunque no es buen mozo, no  
 por eso puede decirse que asusta.

—Pero, ¿quién es?...

—Uno a quien tú conoces mucho —  
 contestó doña Ursula, que, sin saber por  
 qué, no se atrevía a decir el nombre del  
 ponderado pretendiente—: don Celedonio  
 Prosopopeya.

—¡Ay, Jesús! —exclamó Misita sin po-  
 der contener un gesto de repulsión.

—¡Qué! ¿No te parece bien?...

—¡Ay, mamá, si parece un sapo!

—¡Qué sapo, ni qué sapo!... Don Cele-  
 donio no puede decirse que es un hombre  
 feo; y además, hija mía, es nuestra úni-  
 ca tabla de salvación. Porque, aún supo-  
 niendo que Pedro se case contigo, no  
 podrá hacerlo hasta sabe Dios cuándo;  
 y mientras tanto, ¿qué va a ser de nos-  
 otras?... Pues, como te puedes hacer  
 cargo, de donde se saca y no se mete  
 muy pronto se ve el fondo.

—Pero, mamá, si yo quiero a otro y a  
 él no le puedo resistir...

—No me seas tonta, hija; el trato en-  
 gendrará el cariño. Medítalo bien y sin  
 dudar, y no quieras darme esta pe-  
 sadumbre, que bastante tengo ya sufri-  
 da —dijo doña Ursula besando a Mis-  
 ita en la frente y saliendo de la habita-

ción.

Pasaron dos días, en los que Misita  
 no hizo más que llorar por los rincones.  
 Al tercero le dijo doña Ursula después de  
 concluido el almuerzo:

—¿Conque qué has pensado sobre lo  
 que te dije?

—Que haré lo que usted mande —con-  
 testó Misita poniéndose colorada como  
 una amapola, y llenándosele los ojos de  
 lágrimas.

—No harás lo que yo te mande, por-  
 que no soy yo, sino tú, la que va a  
 casarte —dijo doña Ursula con alguna  
 impaciencia—. Harás lo que tú quieras,  
 y sin que yo te viole en lo más mí-  
 nimo.

—¿No dice usted que nuestra única  
 salvación es don Celedonio? —dijo Mi-  
 sita llorando a lágrima viva—. Pues me  
 casaré, y así nos salvaremos de la mise-  
 ria que, según usted, nos espera.

—No, hija de mi alma, que prefiero  
 yo pedir para ti un pedazo de pan de  
 puerta en puerta antes de verte des-  
 graciada por mi causa. Mi hijo —¡pobre-  
 cito de mi corazón! ¡Dios lo tenga en  
 su gloria!— también se embarcó para  
 mejorar mi suerte, y me quedé sin él—  
 exclamó llorando la pobre madre—. ¿Y  
 crees tú que había yo de permitir que te  
 sacrificases por mi causa casándote con  
 un hombre que no es aquel a quien tú  
 quieres?

—Pero, mamá —dijo Misita procurando

ahogar sus sollozos con el pañuelo—, yo  
 procuraré olvidarle...

—Nada, nada, no se hable más de la  
 cuestión; se le dirá a don Celedonio que  
 tienes un compromiso anterior, y sea lo  
 que Dios quiera —dijo doña Ursula, sa-  
 liendo del comedor y enjugándose las lá-  
 grimas.

Aquella misma noche rezaba doña Ur-  
 sula el rosario, intercalando entre las  
 Avemarias y Padrenuestros sendas cabe-  
 zadas que el sueño la hacía dar; Misita  
 arreglaba unos dibujos de tapicería. De  
 repente sonó fuertemente la campanilla;  
 doña Ursula que se había dormido en-  
 tre «Regina Angelorum» y «Regina Pa-  
 triarcharum», saltó despavorida al «Ag-  
 nus Dei, desairando a profetas, mártires  
 y «sanctorum omnium». Misita atravesó  
 corriendo la habitación, y murmurando  
 con espanto —¡Don Celedonio!— desapa-  
 reció antes que doña Ursula se diese cuen-  
 ta de lo que sucedía. A poco entró éste

—Dios guarde a usted, señora —dijo  
 tomando posesión de una silla, que, abru-  
 mada con su peso, suspiró por sus cuatro  
 patas—. ¿Qué hay de nuevo?

Lo que usted nos traiga —le contestó  
 doña Ursula.

—A la verdad que no será «asín»; que  
 usted ha de decirme algo bueno, y será  
 un «sí» más bonito que las pesetas y más  
 dulce que la arropía.

—Pues siento decir a usted todo lo  
 contrario —dijo doña Ursula un poco cor-  
 tada.

—¿Qué no? —exclamó don Celedonio  
 abriendo sus ojos redondos como los de  
 una liebre.

—Yo no he podido hacer más por con-  
 vencérla, pero me ha sido imposible...

—¿Y lo dice usted de verdad?... ¿Re-  
 husado yo, don Celedonio Prosopopeya y  
 Bellotas? ¿Resuhado yo, diez millones de  
 reales!...

—¿Y qué quiere usted que le haga?

—¿Y por qué? ¿Y por qué?

Porque tiene un compromiso anterior  
 con el marqués de Valmes, y...

—¡Ah, ah; ya pareció aquello! ¡Ya  
 asomó la mano el gatito!... ¿Y por qué  
 no le pidió usted el dinero a ese mar-

qués del hambre y vino a pedírmelo a  
 mí?...

—¡Jesús, señor! —exclamó doña Ursu-  
 la, que sintió subir a su rostro las lla-  
 maradas de la vergüenza ante aquel in-  
 sultante lenguaje—. Cuando yo le pedi-  
 a usted dinero, ignoraba el compromiso  
 que mi hija había contraído, y además...

—¡A otro can con ese hueso que no  
 soy yo rana para dejarme engañar!...  
 ¿Cuándo habrá pensado la casquivana  
 de su hija de usted encontrar un hom-  
 bre como yo? ¡Un hombre con diez mi-  
 llones! ¡Vaya, vaya, diga usted a la  
 mojigata de su niña que!...

—¡Qué se entiende! —exclamó doña  
 Ursula colérica al oír hablar con tan po-  
 co respeto de su hija—. ¿Se ha pensado  
 usted que porque me ha prestado dinero,  
 lo mismo que hubiera hecho el primer  
 judío a quien se lo hubiera pedido, tiene  
 derecho para venir a insultarme? Exija  
 usted su dinero, y váyase mucho enho-  
 ramala.

—¡Es que lo exigiré!

—Cuando usted quiera, con tal que no  
 vuelva a poner los pies en mi casa.

—¡En su casa!... ¿Y quién se la ha  
 dado a usted? Veremos quién tira de ella  
 cuando no pueda usted pagarme el di-  
 nero que me ha sacado.

—¡Insolente! ¡Venir a insultar a una  
 señora!...

—¡Una señora! ¡Digo, digo! ¡Una se-  
 ñora que tiene pergaminos en el arca y  
 la barriga «vacida»! ¡Pues ahí es un gra-  
 no de anís con el señorío!...

Doña Ursula se levantó, y con toda  
 la amargura propia de la pobreza no-  
 ble y digna que se ve impunemente  
 aplastada por el macizo pie de una gro-  
 sera opulencia, salió de la habitación,  
 dirigiéndose a su alcoba, donde sufrió un  
 fuerte ataque de nervios.

Cuatro meses después se casaba don  
 Celedonio con la hija de otro montañés,  
 compañero y compinche suyo, fun-  
 dador y sacerdote de un templo de Ba-  
 co. Pero este moderno Demodoco no ha-  
 bía consagrado su Cimodosea al culto del  
 divino Homero, sino al del becerro del  
 oro, en cuyas aras había él sacrificado  
 su vida y su alma, diciendo con un es-  
 pantoso cinismo que dejaba en pañales  
 al del mismo Diógenes.

—¡Ancha Castilla, «que la poca ver-  
 güenza es un capital!» (1)

Jamás se han encontrado dos medias  
 naranjas más iguales, ni que más conge-  
 niasen. Cuando sentados a su mesa de-  
 voraban marido y mujer como dos He-  
 liogabalos, solía decir don Celedonio:

—¡Qué ricos que «semos», qué gordos  
 que estamos y qué bien que comemos!

—¡Y qué envidia «mos» tienen! —añá-  
 día la mujer, arreglando los ampulosos  
 pliegues de su traje de seda.

Don Celedonio, cada vez más enamo-  
 rado de su mujer, la hizo retratar al  
 óleo con un magnífico aderezo de bri-  
 llantes que le había regalado. A todos  
 cuantos en la casa entraban enseñába-  
 les el retrato, diciendo:

—Venga usted a ver a mi Teresa, que  
 está hablando en aquella pared. Usted  
 ha de notar que los brillantes no bri-  
 llan, motivado a que todo es pintura. Pe-  
 ro ¡qué cuadro! Media talega me ha cos-  
 tado, y bien lo vale, que es pintura de la  
 fina, y no se conoce por dónde ha en-  
 trado ni salido el pincel.

Aunque su Teresa entendía tanto de  
 música como él de delicadeza, se empeñó  
 en comprarle un piano.

—Tráigame usted un piano de lo más  
 caro —decía a un comisionista a quien

(1) Este notable y verdadero dicho es  
 de un ilustre y sabio paisano nuestro,  
 ya difunto.

se lo había encargado.

—¿Quiere usted uno de Pleyel, de cola? —le dijo éste—. Uno así he traído para el conde D\*\*\*.

—¿Y cuántas colas tiene el del conde?

—¡Una! —exclamó asombrado el comisionista.

—Pues que el mío tenga por lo menos tres.

Compró también una magnífica carretela. El día que la estrenaron abriéronle el lacayo ambas portezuelas; la elegante Teresa entró por la una y se salió por la otra; al encontrarse de nuevo en la calle, exclamó:

\*¡Ay! ¡Yo creí que esto tenía alcoba!

A poco llegó don Celedonio y vió que sólo faltaba a su flamante coche un escudo de armas. ¿Dónde hallarlo? La mujer quería hacerlo traer de donde «se crían los ingleses». Don Celedonio registró todos sus papeles, pero sólo pudo encontrar algunos apuntes de negros vendidos, mientras se dedicó a este infame tráfico. No fué tan desgraciado al rebuscar los de su mujer, pues entre las cuentas de la taberna de que tanto tiempo fué dueño el padre de ésta, encontró una vitela en que se hallaba pintadas las armas de un obispo, de quien un tío de Teresa había sido mayordomo. Sobre el escudo se veía la mitra y el báculo del difunto prelado. Don Celedonio, sin meterse en más averiguaciones, las hizo copiar con toda exactitud en la portezuela de su coche.

Las gentes se preguntaban sorprendidas si a don Celedonio lo habían hecho obispo.

## XVII

Ya iban a cumplirse ocho meses desde que Misita tenía relaciones con Pedro. Todas las noches acudía éste a casa de doña Ursula, y mientras las buena señora jugaba al ajedrez con su vecino don Basilio, intercalando entre mate y mate un suspiro, y a veces una lágrima, como holocausto dedicado a su difunto hijo, entregábanse ambos amantes a todo su fervoroso entusiasmo. El siempre vehemente y apasionado; ella siempre amante y siempre igual. Un día en que Pedro embromaba a Misita, diciéndole que no sabía querer porque tenía sangre de horchata, la preguntó:

—¿Qué harías tú si yo me fuese para no volver?

—Me moriría —le contestó Misita con la sencillez de la verdad y el aplomo del que dice lo que siente.

Doña Ursula, más enamorada si cabe que su propia hija, solía exclamar para su capote cuando separaba la vista del tablero para fijar una satisfactoria mirada en el dichoso grupo:

—¿Habrás visto la mosquita muerta? ¡Mire usted cómo un buen mozo pudo con ella más que todos mis sermones! ¡Y, bendito sea Dios, que no me hizo caso! ¡Si será que este siglo, en que todo es al revés, saben más las pollitas que las recoberas?

Animaba a veces este tranquilo cuadro, al que sólo prestaban sombra los trajes de luto de ambas mujeres y el pobre corazón de doña Ursula, que por frecuentes lágrimas y suspiros expresaba lo inconsolable de su pena, Mariquita, la nieta de don Basilio, que con una infatigable actividad iba y venía desde la mesa en que jugaba su abuelo a los dos ensimismados amantes. Al primero, con su portentosa charla, le hacía cometer frecuentes torpezas de que, como leal contrario, nunca se aprovechaba doña Ursula.

—¿Pero está usted hilando, don Basilio? —le decía—. ¿No ve usted que queda el rey en jaque?

—¿Y qué quiere usted, señora? ¿No ve usted también este aberrojo que no deja de zumbarme al oído? —contestaba el abuelo, pasando su arrugada mano por los cabellos de la nieta.

Otras veces iba a la cocina en busca de Brigida para que le refiriese cuentos



de príncipes y princesas encantadas. Si estaba de buen humor, bastaba que la muchacha abriese los ojos, para chillar con los gritos más descompensados.

—¡Bendita sea tu boca! ¡Vale esta chiquilla más que las «presetas»! ¡Bendita sea tu sal y el cura que te la puso!

Si por el contrario, estaba de mal talante, aunque la niña emplease las notas más dulces y suplicatorias de su voz, no había cuento, y empezaba a gruñir:

—¡Demonio de niños, que no viniera otro «Jerodes» y cargara con todos ellos! Debieran darles pelotillas como a los perros.

Pero un día al marqués, que había ganado su pleito, le precisaba volver a Madrid. La víspera de la partida llegó éste, te como de costumbre, y a poco entraron don Basilio y su nieta.

—¿Qué tienes, Misita? —preguntó la niña al verla triste y cabizbaja—. ¿Te ha reñido tu mamá?

—No, hija mía —le contestó Misita besándola, mientras Pedro la sentaba sobre sus rodillas—; me duele la cabeza.

—¡Vaya por Dios! Yo te contaré un cuento muy largo que me ha enseñado la señora directora para que lo digamos en los exámenes otra niña, y yo, y verás como ya no te duele más.

Y, sin esperar respuesta, empezó la niña a recitar muy de prisa, y con este tonillo usado en las escuelas, esta lindísima composición de don Antonio de Trueba, que apenas podía retener su memoria:

### LA FLORES PARA LA VIRGEN

#### I

¡Jesús, qué niña tan guapa!  
¡Jesús, qué niña tan linda!  
¿Qué buscas en estos campos?  
¿Qué haces aquí tan solita?  
—He venido a coger flores.  
—¿Para qué las quieres, niña?  
—Está malita mi madre,  
y me han dicho mis vecinas  
que al punto se pondrá buena  
si cuando toquen a misa

una corona de flores  
llevo a la Virgen María.

—¡Bendita sea tu boca!

¡Hermosa, Dios te bendiga  
¿Quieres a la Virgen?

—Mucho.

—¿La rezas?

—Todos los días.

—¿Y qué le pides?

—Le pido...

salud para mi familia.

—Rézale, quíerela mucho,  
que además de compasiva  
«Es María más hermosa  
que el oro y la plata fina».

#### II

Acércate y dame un beso...

¡Bendito el Señor, que cría  
serafines tan hermosos  
y la que parió tal hija.  
¡Vamos por estos campos  
y estas praderas floridas,  
que juntos recogeremos  
las flores que necesitas  
¡Mira cuántas flores hay,  
mira cuántas siemprevivas,  
mira cuántas amapolas,  
mira cuántas clavellinas!  
¡Qué hermosa estará la Virgen  
con ellas coronadita!  
Verás cómo da a tu madre  
la salud y la alegría.  
Y verás, cuando estas flores,  
ornen su frente bendita,  
cómo no hay chicos ni grandes  
que al contemplarla no digan:  
«Es María más hermosa  
que el oro y la plata fina».

#### III

— Y ¿por qué gustan las flores  
tanto a la Virgen María?

—Porque son hermanas suyas.

—¿Hermanas suyas?

—Sí, niña;

por eso la Virgen, Rosa  
de Jericó se apellida;  
por eso aromas celestes

a su lado se respiran;  
por eso su santo nombre  
el corazón regocija,  
como las flores que pueblan  
los valles y las colinas;  
por eso en el mes de mayo  
van todos al santo templo  
donde se ostenta bendita,  
como van a los jardines  
donde brotan clavellinas  
olorosas, azucenas  
y rosas de Alejandría.  
Y por eso cantan hombres,  
mujeres, niños y niñas:  
«Es María más hermosa  
que el oro y la plata fina».

#### IV

—Yo pondré en su santa frente  
una corona muy linda;

pero temo que la Virgen  
no haga caso de una niña...

—¡Ángel de Dios!, tu inocencia  
los corazones cautiva.

Las niñas también son flores,  
y agradan tanto a María,

como las que en los jardines  
y en las praderas se crían.

Mas ya tocan las campanas,  
ya bajan por las colinas

o suben por la ribera  
grandes y chicos a misa.

Vámonos también nosotros,  
pues tenemos concluida

la corona que a la Reina  
de los Angeles dedicas;

vámonos a ver la Virgen;  
pues tenlo entendido, niña;

«Es María más hermosa  
que el oro y la plata fina».

—Conque ya sabes —añadió la niña  
sin tomar resuello—, si quieres que no  
te duela la cabeza, hazle una corona  
a la Virgen.

—¡Jesús, señor, y qué monísima es esta  
muchacha! —exclamó doña Ursula, que  
la escuchaba con la boca abierta—. Ven  
acá, que te voy a dar treinta besos  
y una peseta para que tu abuelo te compre  
una libra de dulce.

Marchó, por fin, Pedro, después de  
haber prometido a Misita escribirla  
dos los días.

Durante algún tiempo no pudo que-  
jarse, porque recibió diariamente una  
larga carta, y dentro de cada una de  
ellas un hermoso pensamiento, que la  
niña iba colocando entre las hojas de su  
devocionario. Pero pasaron dos días  
que viniese el cartero.

—¡Si le habrá sucedido algo! —pensó  
Misita. Y todo el día estuvo triste y  
ocupada.

Llegó, por fin, una carta, que abrió  
Misita temblando, porque creyó encontrar  
algo desagradable que hubiese impedido  
a Pedro escribir en aquellos días. Como  
ella había dicho a su madre, en la duda  
y en la incertidumbre, la imaginación  
la que corre y el corazón el que se cansa.

Pero no solamente no halló excusa al-  
guna, sino que advirtió con profundo  
dolor que ya éste no usaba aquel lengua-  
je tan tierno que antes empleara, y que  
también faltaba el pensamiento que, co-  
mo un poético recuerdo, le había en-  
viado hasta entonces.

Calló, no obstante, y ocultando a su  
madre la variación que en Pedro se ha-  
bía operado, le contestó sin darle la  
menor queja, porque, después del olvi-  
do de ciertos obsequios, que, aunque sean  
pequeñeces, bastan para hacer feliz el  
corazón de una mujer, nada hay más  
humillante para este mismo corazón como  
reclamar contra ellos.

Pero esta carta no tuvo respuesta.

...a escribir y obtuvo el mismo resul-  
...Entonces la dignidad mujeril le hi-  
...guardar silencio, y para no dar qué  
...a su madre aparecía ante ella  
...y serena, mientras en el silen.  
...de la noche se entregaba a una aflic.  
...que, no por ser callada y oculta,  
...menos desgarradora.

...Por último, dos días después dijo Mi-  
...a su madre que había conocido que  
...amaba a Pedro y que había roto sus  
...relaciones con él.

Doña Ursula, estupefacta, propinó a su  
...las más furibundas filípicas sobre las  
...tercas y maniáticas que hacen su  
...voluntad sin consultar para nada  
...de sus padres, y acabó por convencerse  
...que a su hija le faltaba, cuando me-  
...un sentido.

—Vea usted! —exclamaba la buena  
...— ¡Un hombre tan completo! ¡Va-  
...! ¡Si esta hija mía es loca o estúpi.  
...! Bien dicen que «Dios da pañuelo al  
...no tiene narices»; tú has estado ju-  
...do con la suerte; pero descuida, que  
...jugará contigo.

Misita escuchaba este torrente de pa-  
...ras e improperios que la cólera ha-  
...a decir a su pobre madre, con la ca-  
...baja, y sintiendo en su corazón  
...especie de amargo consuelo que se  
...perimenta cuando con una sola pala-  
... podemos hacer que los vituperios  
... que nos cubren se tornen en adora-  
...ones.

Pero prefirió pasar a los ojos de su  
... madre y a los del mundo como una mu-  
... chacha sin fundamento, antes que des-  
... cubrir la fea conducta de aquel a quien  
... amaba tanto. La abnegación enmude-  
...ió su lengua; como una madre que lo-  
...ra los yerros de su hijo querido, cono-  
...ce el mal comportamiento de Pedro, pe-  
...ro no por eso cesaba de amarle.

Poco a poco, fué desmejorándose. y la  
...terrible enfermedad que la minaba pre-  
...sentó al fin su desgarrador aspecto, bur-  
...ndándose de los impotentes recursos de la  
...ciencia.

Pasaba casi todo el día en el mismo  
...cho en que Pedro acostumbra a sen-  
...arse, recostada en una pequeña buta-  
...ca, de donde apenas podía moverse. A  
... menudo llamaba a Mariquita y le ha-  
...ía repetir los versos a la Virgen que  
... en la víspera del día en que se marchó  
... Pedro dijo la niña sentada sobre sus ro-  
...llas.

Entonces lloraba y pedía a Dios que  
... la llevase pronto a su seno.

Una de las campanas de la parroquia  
... de San Miguel tocaba, no tranquila y  
... agentinamente como cuando dice al  
... cristiana: «Ven, ven», para atraerle a mi-  
...ra, sino que lenta y majestuosa, hacía re-  
...sonar su bronceada lengua, como si dijese  
... al hombre: «Tu hermano agoniza; ven a  
...compañar a su Padre, que lo es también  
...yo, y que va a visitarle». Los vecinos y  
...mucho que no lo eran, acudieron a este  
... llamamiento; algunas personas pudientes  
... hacían a sus criados, como si en obras  
... de caridad admitiese Dios sustitutos. Los  
... balcones de todas las casas se llenaban de  
... luces; las ricas se iluminaban con mag-  
...níficos candelabros de plata, cargados  
... de bujías, y las pobres con una humilde  
... velcico o con un candil de hojalata.

A las primeras podía encenderlas la vā-  
...riedad que destruye el mérito; a las se-  
...cundas sólo el sentimiento religioso, que  
... ofrece lo que tiene tal cual es.

Una viejecita se asomó a la ventani-  
...la de una miserable casa extendió por  
... encima una colcha, blanca como la nie-  
...ve, puso a un lado un velón de metal  
... con dos piqueras encendidas, y al otro  
... un candil de hoja de lata. Luego se arro-

dilló en medio tocándose el pañolón y  
diciendo entre dientes:

—Santísimo Sacramento,  
¿dónde vais tan liberal?

—Voy a visitar un enfermo  
que me ha mandado llamar.  
Voy a ponerle la mesa  
y que coma de mi manjar,  
porque tiene el alma cautiva,  
y se la voy a rescatar.

Mientras tanto, la puerta de la casa  
de doña Ursula se hallaba abierta y el  
patio cubierto de flores.

Misita, sentada en su cama y sosteni-  
na por almohadones, espera el santo  
Viático. En su pálido rostro se notan im-  
presas las huellas de la muerte; su pe-  
cho se levanta agitado; su voz se en-  
ronquece; sus narices se afilan; sus ojos  
se hunden, y su lengua borrosa no acier-  
ta a desempeñar su oficio.

A los pies de la cama hay, sobre un  
altarito, un hermosos Crucifijo, ante el  
cual arden cuatro velas. Doña Ursula,  
arrodillada ante él, ora fervorosamente,  
enjugando de cuando en cuando las lá-  
grimas que corren por sus mejillas, pá-  
lidas y arrugadas.

¡Cuán amargos son los pensamientos  
que embargan la mente de Misita! ¡Mo-  
rir a los veinte años, dejando una ma-  
dre querida, que caerá irremisiblemente  
en la miseria! ¡Morir con la firme con-  
vicción de que aquél por quien moría  
recibirá con indiferencia la noticia de  
su cuarto y puéstose a contemplar la bó-  
veda de los cielos tachonada de estrellas!  
Entonces, olvidando sus dolores para ad-  
mirar esa obra del Omnipotente, que es  
sólo una leve prueba de su poder infi-  
nito, deseaba con todas veras dormirse  
en esta contemplación para despertar en  
la de Dios.

Y ahora que veía abrirse las puertas  
de la tumba; ahora que veía la muerte  
tenderle sus fríos brazos, como si Dios  
cediese a sus deseos, retrocedía aterra-  
da y buscaba con ansia el resto de sus  
días. Y era porque el «haber muerto»  
es dulce, pero el «morir», terrible (1).

El confesor de Misita, hombre de ele-  
vada inteligencia y sensible corazón, en-  
terado de aquel amor que aun entonces  
llenaba su alma como había llenado to-  
da su vida, le hizo condenar, al borde

(1) Fernán Caballero.

del sepulcro, los extremos del amor a la  
criatura, y la religión le dió por su boca  
conformidad y consuelo.

Cuando doña Ursula entró después  
que hubo salido el sacerdote, la encon-  
tró más tranquila y sosegada que nun-  
ca. Si la fuerza del dolor físico la ha-  
cía acudir a los ojos una lágrima, se  
la oía repetir devotamente:

Dulce Jesús de mi vida  
que en la cruz estás por mí,  
en la hora de mi muerte  
apiádate, Señor, de mí.

Doña Ursula, enterada por el confe-  
sor, autorizado para ello por Misita, de  
la verdadera causa de su rompimiento  
con Pedro, admiraba la abnegación de  
su hija, y arrodillada ante el Crucifijo  
una campanillamah etaoi neu enuu  
pedía perdón por haberla ofendido. De  
repente se oye a lo lejos el sonido de  
una campanilla; la pobre madre se le-  
vanta tambaleando y dice a su hija con  
voz apagada:

—Ya está ahí, hija mía.

—No se apure usted, madre —mur-  
mura Misita apretándola la mano cari-  
ñosamente—. Me voy con mi hermani-  
to... para que seamos dos a esperarla  
a usted.

Entretanto había desembocado en la  
calle el solemne cortejo. Un monaguillo  
marchaba delante, agitando violentamen-  
te la campanilla, como si quisiese adver-  
tir a los hombres que Aquél, que lo mis-  
mo va a la casa del rico que a la del  
pobre —pues la religión es la única que  
práctica, no la soberbia igualdad que se  
humilla—, se dirigía a visitar a uno de  
sus hijos; seguían, marchando recogida-  
mente, dos largas filas de hombres de  
todas clases, que, descubiertos y silen-  
ciosos, llevaban cirios encendidos, o bien  
faroles. Detrás caminaba un anciano sa-  
cerdote con una mano sobre el pecho,  
y llevando en la otra los Santos Oleos;  
cerraba el acompañamiento una música  
que tocaba una triste marcha, y tres co-  
ches que de respeto venían.

Al llegar el monaguillo al umbral de  
la puerta calló la campanilla; los fieles  
se adelantaron hasta la alcoba de Misita.  
El sacerdote llegó majestuosamente a  
la mitad del aposento, por en medio de  
aquella doble hilera de luces que se in-  
clinaban a su paso; allí, exclamó con esa  
sublime sencillez de las ceremonias de  
nuestra religión:

—Hermana, aquí tienes a Nuestro Se-  
ñor Jesucristo, que viene a visitarte;  
¿Quieres recibirle?

—Sí, quiero —contestó Misita con voz  
desmayada.

Tres veces de acero tendría el pecho  
quien no derramara lágrimas ante aque-  
lla tan sencilla como sublime escena,  
digna de los primitivos tiempos de la  
Iglesia y de las Catacumbas.

Aquí, un anciano sacerdote que ofrece  
con mano trémula la Santa Forma a una  
virgen pura y hermosa, en cuyas mira-  
das se reflejan ya los goces celestiales, y,  
con el noble de Dios en los labios, mue-  
re con la mansedumbre de un cordero.

Allí, una pobre madre que siente des-  
garrado el corazón al ver que su hija  
única vuela a los cielos, dejándola so-  
la, anciana y desvalida.

Más lejos; un pueblo que asiste si-  
lencioso y conmovido a una ceremonia  
que le recuerda la inevitable muerte a  
que todos estamos sujetos.

—«Procedamus in pace» —dijo el sa-  
cerdote, después de concluida la ceremo-  
nia.

Poco a poco, el rumor de los pasos y  
el resplandor de las luces fué apagándo-  
se a lo lejos; después, todo quedó en si-  
lencio.

—Madre, venga usted a mi lado —  
murmuró Misita abrazándola—. ¡Ay! —  
continuó con un débil suspiro de bienest-  
ar—. Quisiera estar siempre así... Dios  
aquí —dijo poniendo la mano en su pe-  
cho—; mi madre aquí —añadió besándola  
tiernamente.

—¡Ese hombre te ha matado, hija mía;  
ese pícaro hombre! —gimió doña Ursula,  
sin poderse contener por más tiempo.

—¡Madre, lo último que te pido —ex-  
clamó con angustia la niña, no me lo nie-  
gues! ¡Madre, madre, perdónale, que  
Dios no perdonará al que no perdona!

Un cuarto de hora pasó así; doña Ur-  
sula, echada encima de la cama, apre-  
tada contra su pecho la cabeza de su  
hija, que, con las manos cruzadas y los  
ojos velados por las sombras de la muer-  
te, murmuraba palabras entrecortadas,  
entre las que se distinguían el dulcísimo  
nombre de Jesús. Un sacerdote, arrodi-  
llado a los pies de la cama, rezaba las  
oraciones de los agonizantes.

—¡Misita!... ¡Hija mía!... ¡Mi vida!...  
¡Mi alma!... —dijo ansiosamente doña  
Ursula, rompiendo aquel silencio, frío co-  
mo el soplo de la muerte, al notar que  
su hija apenas respiraba—. ¿No me con-  
testas?... ¿Nada me dices?...

La niña torció sus quebrados ojos ha-

cía su madre, y murmuró con una voz  
dulce y triste como un suspiro:

Vamos a ver la Virgen;  
es María más hermosa  
que el oro y la plata fina.

Poco a poco, y como el eco de un ar-  
pa celestial que a lo lejos pulsase el  
ángel de la melancolía, se fué apagan-  
do su acento, mientras murmuraba:

—«Es María más hermosa... que el  
oro y la plata fina...»

Aquella dulce y último recuerdo de tiem-  
pos felices, a que sólo hacía coro la gra-  
ve voz del sacerdote que encomendaba  
a Dios el alma de la inocente niña, des-  
garraba el alma y despedazaba el cora-  
zón.

Doña Ursula la cubría de besos y de  
lágrimas; de pronto la soltó buscamente  
y se dejó caer de rodillas; Misita cayó  
sobre las almohadas; su alma había vo-  
ladi al cielo, que era su patria.

¡Dios no deja mucho tiempo a sus án-  
geles entre los hombres!

## XIX

Son las doce de la noche. La calle  
de N. aparece alumbrada únicamente por  
una rojiza claridad que arroja la venta-  
na baja de la casa de doña Ursula, de  
par en par abierta. Sobre un catafalco  
rodeado de luces se halla Misita, con  
las manos cruzadas sobre el pecho, y cu-  
bierta con una larga mortaja blanca.

Nada interrumpía el silencio de la no-  
che, sino el continuo chisporroteo de las  
luces, que, agitadas por un suave viento,  
prestaban a los objetos una extraña mo-  
vilidad. De repente, rompieron aquel si-  
lencio, digno compañero de la muerte,  
los pasos de un hombre que se acerca-  
ba por el otro extremo. Sorprendido por  
el resplandor de la ventana, se aproxima  
a ella, y da un grito, a que contestó el  
eco como una acusación, y el estridente  
chisporroteo de los cirios como una pro-  
testa; los cabellos se le erizan; los ojos  
giran atropelladamente en sus órbitas;  
quiere huir, pero una fuerza irresistible  
le clava ante aquella reja.

Aquel hombre era el marqués de Val-  
mes; era Pedro, que, vuelto de Madrid,  
encontraba por primera vez a Misita, a  
quien tan cruelmente había engañado.  
Distraído por los innumerables placeres  
con que le brindaba aquella alta socie-  
dad, que era la suya, el recuerdo de  
Misita desapareció de su corazón, como  
desaparece el perfume de la violeta entre  
los de otras flores menos suaves y mu-  
cho más fuertes. Lo mismo que había  
empezado concluyó su entusiasmo, y ya  
hemos visto la manera brusca y poco ca-  
ballerisca con que cortó sus relaciones,  
sin que ni un triste recuerdo ni un re-  
mordimiento viniesen a decirle que no  
sólo se asesina a puñaladas. Cómodo pri-  
vilegio de algunos, cuya elástica concien-  
cia se agranda y achica a medida de su  
deseo.

Al verla tendida, en su ataúd, blanca  
como los paños de su mortaja, vino se-  
involuntariamente a la memoria aquel  
día en que, preguntando a Misita qué  
haría si él la olvidase, le había contesta-  
do ella con la más candorosa sencillez,  
lo que ahora había cumplido.

—Me moriría —le había dicho, mien-  
tras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Con las crispadas manos agaradas a la  
reja, contemplaba aquer rostro blanco  
como el alabastro y aquellas manos de  
marfil que sostenían sobre su pecho una  
azucena, símbolo de su pureza, cuando  
en su mente, alucinada por el terror,  
se le figura que alguien se apoya sobre

s espalda, y que una voz grave y severa murmura a su oído:

—¡He ahí tu obra! Creíste que se podía jugar sin peligro con un corazón y dejaste caer la semilla, sin acordarte que la acogía una tierra fértil y fecunda. Si tú no hubieses engañado a esa mujer, tal vez se habría escapado de una muerte temprana, y tú de un remordimiento eterno porque, a pesar de que ella te ha perdonado, eres responsable de su muerte ante Dios, lo mismo que si le hubieses hundido un puñal en el pecho...

Calló la voz y Pedro, delirante y fuera de sí, vino al suelo, gritando como un loco:

—¡Perdón... perdón!

—Dios te lo dé, como esa pobre niña se lo pedía —respondió el confesor de Misita, que era el que le había dirigido las anteriores palabras, habiéndole visto en la ventana, cuando él salía de fortalecer con sus sabios consejos el destrozado corazón de doña Ursula.

El dolor de ésta había aniquilado sus fuerzas físicas y morales; después de este último y cruelísimo golpe, habíase quedado como idiota; ni hablaba ni quería ver a nadie, y pasó cerca de un año encerrada con su dolor en la habitación en que había muerto su hija.

—No te canses, Petra —decía a la viuda de Sandoval, cuando ésta se afanaba por sacarla de su casa, con el fin de que su espíritu se distrajera. No he de pasar esa puerta hasta que me lleven con mis hijos, entre cuatro y con los por delante.

Pero ni aun aquella triste esperanza vió realizarse la infeliz mujer, porque un día vino la justicia, en forma de negros pajarracos, se apoderó de la casa y de todo cuanto encerraba, y sin consultar la voluntad de la pobre señora la puso en la calle. Aquellos hombres os mandaba don Celedonio Prosopopeya y Bellotas; la famosa hipoteca, en pacto de retro, producía sus resultados.

Doña Ursula se despidió de Brígida y salió de aquella casa, en que tan crueles recuerdos dejaba, sin volver la cara atrás para mirarla por última vez; a poco desapareció de la población, sin que se supiese qué camino había tomado.

## EPILOGO

### I

Pasaron varios años; muchos más de los que se necesitan para blanquear una caballera, antes negra como las alas de un cuervo; muchos más de los que se necesitan para secar un corazón, antes henchidos de ilusiones; pero no tantos como son necesarios para borrar del corazón de una madre el recuerdo de sus hijos. A una cabellera la blanquean las penas o los años; a un corazón lo secan los desengaños o los vicios. A una madre sólo la hace olvidar la tumba, que es la puerta de la eternidad; de ese día, como dice Massie, sin ayer ni mañana.

En una hermosa tarde de junio acudía mucha gente a rezar el Jubileo en las monjas de la Madres de Dios. Al entrar en el patio que precede al templo, sentíase un delicioso perfume, causado por el aromático cinturón que lo ciñe, y que parece ofrecer como una gigantesca corona a los pies de la iglesia. Las grietas de las paredes habían dejado escapar matas de reseda, como si quisiesen colgar sus casas en señal de alegría y regocijo, mientras las salamantinas, senos, celosía, veían pasar la gente; los suspiros, tan suaves y de tan corta vida como su nombre, desmayábanse al pie de los rosales, y enviábanles a pedir con su perfume un beso de amor; bajaban éstos la cabeza, cediendo a su súplica y al be-

sarles les dejaban clavada una espina, que les hacía murchitar antes de tiempo; ta hace el placer al dejar siempre su go. ta amarga. Las malvalocas, graves, tiesas y cortesanías, como diplomáticas vegetales, mecíanse suavemente, saludando con amabilidad a todo el que pasaba, sin que nadie se cuidase de contestarles, como sucede al soberbio con el saludo del humilde; un regimiento de pinos reunidos a lpie de una hermosa parra, que, asustada, se agarraba con todas sus fuerzas a un naranjo, se empeñaban en llevar a la casilla los rapaces gorriones, que hacían paz y guerra de las uvas; y ellos, a verse tan atos, refíanse de sus perseguidores, y azando la pata e inclinando la cabecita els decían:

—¡Ji, ji, jiiii!, tú no ancalzas aquíiiii

El chiquillo más chico de la portera, con sus manitas cruzadas a la espalda y la boca abierta, miraba los hermosos racimos de la parra, y no sabiendo decir, como la zorra de la fábula: «están verdes», se contentaba con mover acompasadamente los piecitos, cantando a su compás:

Pingo-pingo está colgando,  
Mango-mango está mirando;  
Si Pingo-pingo cayera,  
Mango-mango se lo comiera.

Por últimos, dos altos cipreses, serios y graves como guardias de Corps, estaban de centinela a la entrada del templo.

A la puerta de la iglesia, varias viejecitas, sentadas a a usanza turca, extendían silenciosas, pero elocuentemente, sus temblorosas manos hacía los fieles que se dirigían al templo.

Dentro de é las luces, el incienso, las flores, las preces de nuestros hermanos jaulas; los majestuosos sonidos del órgano, de ese instrumento esencialmente religioso, que parece compendiar en sus notas todo lo que es grande y cristiano acompañan la oración del desvalido y la alegre meloda de esos inocentes canarios, que cantan aprisionados en sus consuelan su corazón.

Si se vuelve la vista a los pies de la iglesia, se ve, a través del coro, a las religiosas tan tranquilas, tan alegres, y que, a dos pasos de la depravación, presentan un cuadro, cuya sencillez e inocencia recuerdan los bellos días de la infancia. ¡Cuán felices deben ser estas humildes penitentes, tan puras de corazón de espíritu y de costumbres! ¡Cuán no deberá amarlas el Dios que perdona, viéndolas en ellas personificada la virtud soberana, la inocencia coronada por la penitencia!

Aquel patio tan tranquilo, cubierto de flores, que, sin tener lengua, hablaban, pronunciando una sola frase, grande, magnífica consoladora: «¡Hay Dios!»; aquel patio, en que tantos inocentes pajaritos repetían con sus gargantas de plata y cristal, cual religiosas arpitadas esa misma grandiosa frase, podía muy bien compararse a la niñez, tan cándida, tan serena, tan alegre, tan amiga de Dios, y que refleja en su frente la inocencia celestial; porque los niños son las estrellas de la tierra, como las estrellas son las flores del cielo.

Luego venían aquellas viejas harapientas, que pedían limosna, y que representaban la vida del hombre, cubierta, como ellas, de miserias y de fatigas desde que sabe pensar.

Y, por último, aquel santo templo, que abría a todos sus puertas, era la vida eterna; la vida eterna, a cuya puerta, que es la tumba, cambia el hombre la cruz de la vida por la palma de la eternidad; la corona de lágrimas que en la tierra ciñe sus sienes, no por la del laurel, que es a de los soberbios héroes de aquí abajo, sino por la de rosas blancas y violetas, inocencia y humildad, que es la de los suaves héroes de allá arriba. ¡Oh, Dios mío! ¡Cuán ansia el alma cristiana por coger esas puras flores del paito, pasar por entre las mendigas, sin que aquéllas se marchiten, y depositarla a vuestros pies dentro del templo! ¡Si llegan lozanas, las colocis sobre vuestro pecho; si marchitas, una sola lágrima de arrepentimiento las tornará floridas!

Entre aquellas tristes ruinas humanas que a la puerta de la iglesia imploran la caridad pública, hallábase una, notable por su decrepitud, que ni aun se tomaba el trabajo de extender la mano como sus compañeras, con la cabeza apoyada en el quicio de la puerta, repasaba, entre sus dedos descarnados, las cuentas de un rosario.

Un caballero, e porte noble y distinguido, y una señora de elegante apariencia, llegaron a la puerta del templo, llevando de la mano a un hermoso niño de seis años, primorosamente vestido a la escocesa. El caballero dió a su hijo un puñado de cuartos, que el precioso niño, ruborizado y medio sonriendo, repartió a las mendigas en santas limosnas que, según los orientales, ebieron decir, al pasar de la inocente manita que so. corria a la de las infelices socorridas, estas profundas sentencias: —Yo soy pequeña, y vos me habéis hecho grande. —Mi valor es corto y vos lo habéis multiplicado. —Yo era interés enemigo, y vos me habéis vuelto amable. —Era pasajera, y me hicisteis permanente. —Vos erais mi guarda, y ahora yo soy la vuestra.

Al llegar a la vieja del rosario, le arrojó dos cuartos en su remendada y sucia falda. Tomó la mendiga el dinero, y, al levantar la cabeza para ver quién la socorría, se operó en ella una extraña mutación.

Como movida por un resorte, se levantó, erguida y amenazadora, con las narices dilatadas, y, arrojando por los ojos llámaras de cólera, hizo ademán de tirar la moneda al rostro del padre del niño.

Pero cuando sus dedos, crispados por la cólera, iban a dejar escapar el dinero, que indudablemente hubiera ido a darle en mitad del rostro, sus ojos tropezaron con un Niño-Dios, de soberbia escultura, que, sentado en un silloncito de caoba, estaba colocado en el pórtico, sobre una mesa. Había en los ojos de aquella sagrada efigie tanta mansedumbre, su boca sonreía con tanta dulzura; una de las manos señalaba con tan clara expresión la corona de espinas que ceñía su frente, que la pobre mendiga se acercó, como fascinada, y cayó de rodillas ante ella, depositando la moneda en una bandeja que había delante. Largo tiempo permaneció sumida en una fervorosa oración, y cuando se levantó hubiérase podido observar a través de los jirones del pañolón que cubría su cabeza blanca, la corona de gloria que Dios da a los héroes.

Porque aquella mujer era doña Ursula, y a los pies del divino Niño acababa de ofrecer todos sus sufrimientos por el perdón de aquel hombre, que era el marqués de Valmes.

Aquella alma, templada por el dolor,

comprendía y practicaba este sublime mandato, que hace un héroe de cualquier cristiano:

«Yo os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijo de vuestro Padre, que está en los cielos, que dispone que el sol salga para los buenos y para los malos, y que llueva para los justos lo mismo que para los pecadores» (1).

## II

El día 26 de agosto de 186... llegó a todo escape el conserje del cementerio de Jerez de la Frontera a casa del juez de primera instancia del distrito de San Miguel; venía a darle parte de que se había encontrado en el cementerio una mujer muerta. Trasládose allí el magistrado, acompañándole el médico forense, el escribano y dos alguaciles y encontraron a una anciana, miserablemente vestida, tendida boca abajo junto a un sepulcro.

El sepulcro era de mármol blanco y estaba rodeado de una verja de hierro, también pintada de blanco; en el espacio que quedaba entre la piedra y la verja habían nacido rosales blancos, que parecían querer tratar de cubrir con el perfume de sus flores el horrible hedor de la tumba. A la cabecera inclinaba un sauce sus ramas, como si viesiese a besar la blanca cruz de piedra que descansaba sobre el sepulcro, y derramaba sobre ella sus melancólicas flores, como si fuesen sus lágrimas; por debajo de la cruz se leía: «Mercedes Ardera». Por encima, estos sencillos e infantiles versos:

¡Qué sueño tan bienhechor,  
que al despertar me encontré  
fin de mis dolores fué,  
ángel puro del Señor!

De la inocencia y amor  
a El en las alas subí;  
no lloreis, porque me fuí.  
De mi dicha y de los cielos,  
¡oh, mamá!, no tengas celos...  
¡Te estoy esperando allí! (1)

Se levantó el cadáver de la anciana para reconocerlo, y fué imposible averiguar cual había sido su nombre, y qué papel había desempeñado en el gran drama de la vida; en la mano derecha se le encontró, entre sus dedos agarrotados, una onza de oro, engarzada como si fuese un broche para el pecho. El médico declaró que aquella mujer había muerto de vejez, de miseria y de hambre.

—Pero, señor —decía el juez examinando el extraño broche—, ¿cómo es posible que se muera de hambre una mujer que tiene en la mano una onza de oro?

El médico se encogió de hombros sin contestar.

Puede que algunos de nuestros lectores comprendan que se puede morir de hambre antes que vender el único recuerdo de un hijo perdido.

¡Ni la memoria quedaba ya de la familia de Ardera! El olvido había sellado sus tumbas, como un segundo ataúd aún más fuerte que el primero. Sus desgracias y sus penas, le habían allanado el camino de la tierra al cielo.

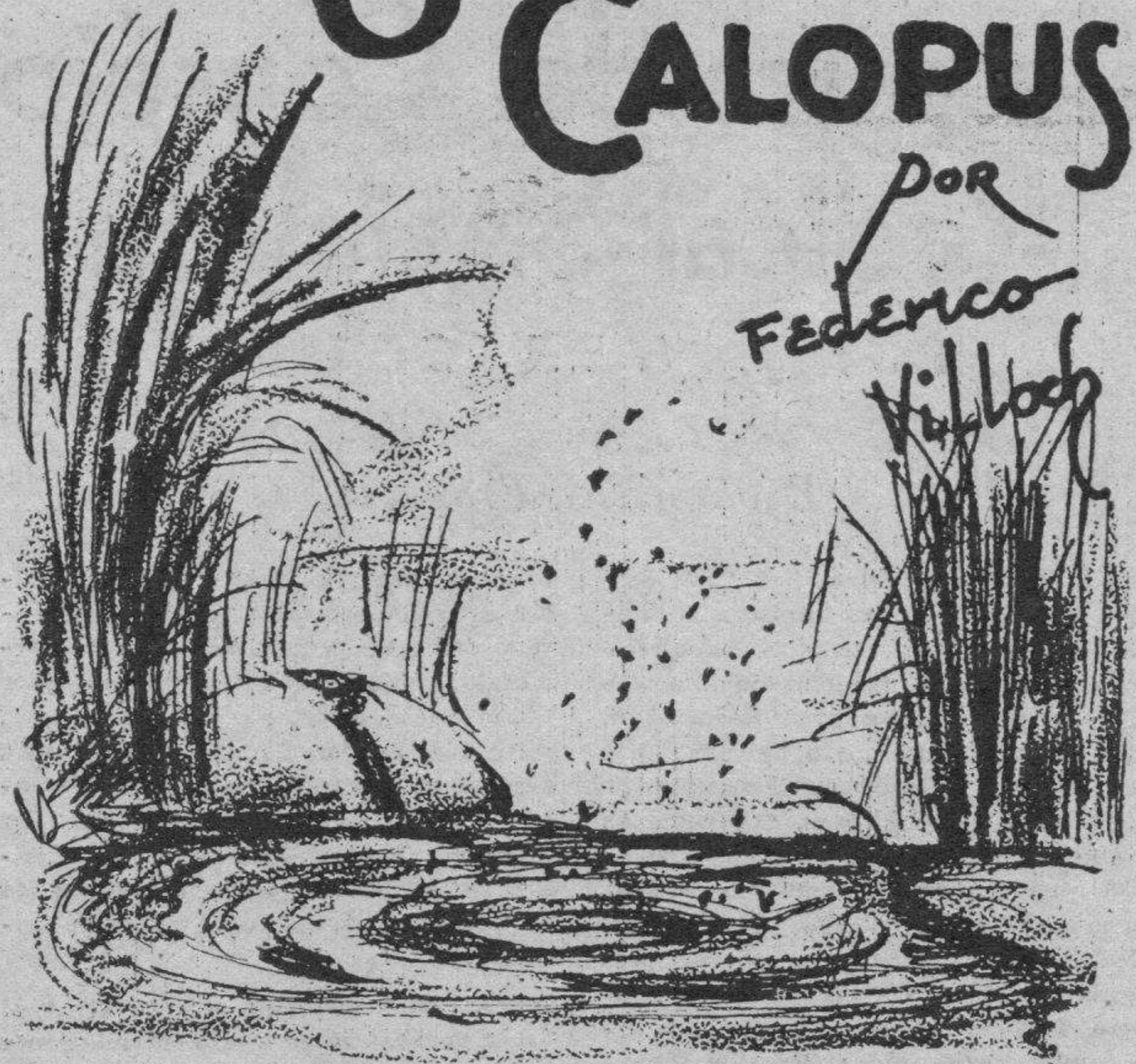
(1) Math., V, vers. 44.

(1) Este epitafio se halla en el cementerio de Jerez, en el panteón de la familia de Ardera. Ignoramos quién sea su autor.

# F I N

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

# EL STEGOMYA CALOPUS



ros y más carros de sillas defondadas; de cojas barras de catres; de abolladas y sucias bañaderas de latón; entonces en uso; de armarios sin puertas y de puertas sin armarios; de roñosos y agujereados vasos de noche esmaltados; de retorcidos palanganeros de hierro que no servían más que de estorbos; de mesas, de sillones, de cacharros; de bombines viejos y empolvados; de inútiles «botines» llenos de verdín de los rincones húmedos; de escobas viejas; de cajas de cartón viejas; de marcos de espejos sin espejos y de trozos de espejos sin marco; todo bamboleándose en los altos caramillos que iban formando en los carros los incansables despojadores, más odiados mil veces que el propio Atila si volviese a aparecer con sus elefantes, arietes, catapultas y salvajes legiones de saqueadores y asesinos.

La verdad que no podía imaginarse que hubiese tanta basura almacenada en nuestras casas. El hecho indiscutible fué que con aquella limpieza mejoró notablemente el estado sanitario de la población; y que el doctor Finlay, matando mosquitos por la derecha; Mr. Gorgas recogiendo tarcos viejos por la izquierda; y más tarde el doctor Enrique Núñez dando leña por la izquierda y por la derecha, acabaron con la fiebre amarilla y con las demás de todos los colores que desde hacía años y siglos venían segando a la población indefensa. Los autores cómicos vernáculos aprovecharon el asunto para sus sainetes y pasillos. En «Alhambra» estrenó Saladrigas un sainete titulado «La Desinfección», que hizo largar las tripas de risa al propio Mr. W. C. Gorgas; y no hay para qué decir que los anónimos Puccinis callejeros sacaron su correspondiente rumbita, entre las que se hizo la más popular aquella que cantaba:

¡Ay! Asunción;  
recoge el latón,  
que ya viene por Crespo  
la desinfección.

No se daba, a pesar de aquella razzia sanitaria, con el origen de la terrible enfermedad. Algo pudo atenuarse sin embargo con aquella limpieza llevada a cabo sin consideración ni respeto para nadie; pero el vómito seguía haciendo de las suyas. La ciencia, guiada por los trabajos que llevara a cabo hacia los años 1853-54 etc. el doctor Luis Daniel Beuperthy, afirmando que los mosquitos eran propagadores; de la fiebre amarilla y sosteniendo su hipótesis con lógicos argumentos que se creyeron «descabellados», seguía imprudentemente sus estudios, hasta que el doctor Finlay, modesto médico cubano—tan modesto que se escurria entre la multitud, gacha la cabeza, para que no lo reconocieran—mantuvo las afirmaciones de Mr. Beuperthy; y estudia que estudia y analiza que analiza, dió con el malvado «stegomya» que había causado tanto dolor y derramado tantas lágrimas.

Mr. Wood, gobernador entonces de la isla, nombró una comisión especial para que estudiara el asunto, compuesta de los doctores Walter Redd, Jess W. Lascar, James Carroll y Aristides Agramonte, y tras profundas y atinadas observaciones proclamaron la gloriosa victoria científica del ilustre médico cubano doctor Carlos J. Finlay. La prueba y la verdad definitiva no se alcanzaron sino con el sacrificio, como sucede en todos los órdenes de los héroes de la ciencia: el doctor Carroll, que contrajo la enfermedad por contagio con varios atacados; y el doctor Lassear, que se dejó picar por un mosquito de los que se estaban analizando. Pocas horas más tarde cayó Lassear con la enfermedad y murió de ella a los pocos días: contaba 34 años. ¡Qué cacho de hombre, ¿eh? Como dice la lápida erigida a su memoria en «Jons Hopkins Hospital»: «Con más valor y devoción que el soldado, arriesgó y perdió la vida, deseoso de demostrar cómo los estragos del terrible mal podían evitarse».

¡Fué entonces cuando verdaderamente surgió Cuba feliz (bella y rica, descubierta ahora por Finlay y sus compañeros, como lo había sido siglos atrás por Cristóbal Colón y los Pinzones!

De los análisis llevados a cabo por el doctor Finlay y sus esforzados ayudantes, se obtuvo la descripción física del malvado «stegomya calopus»; que es la siguiente: «No puede confundirse fácilmente con otros de sus afines. Tiene sobre el tórax unas líneas blancas a manera de lira—¿será un poeta de vanguardia?

(Continúa en la Pág. DIECISEIS)

W AYA con el estafalario nombrecito con que se presentó en la vida pública, una vez desenmascarado por la ciencia, el alevoso y colapado mosquito trasmisor de la fiebre amarilla, que, años tras años, en una serie infinita de ellos, agazapado y escondido, lo mismo en las lóbregas e insalubres barbacoas de las bodegas de barrio, que en las elegantes habitaciones de los más renombrados hoteles; igual que los inmundos camaranchones de los cuarteles, que en los más saneados hospitales de las quintas de salud, desechó para el otro barrio miles y miles de robustos mocetones peninsulares y de inmigrantes de todas las clases y colores. ¡Y esas posaban su planta en estas tierras tropicales, por lo demás, tan hospitalarias, fecundas y codiciadas de todo el mundo!

El vómito era el espanto de Cuba. Los médicos recién llegados—dicen cuantos han pasado aquel horrible período de veintio años—alegres, audaces, con la brillante frescura de la salud perfecta, pagaban el mayor tributo a la endemia; y lo pagaban en forma doblemente desahagante, por la juventud de los que habían y por el cuadro de impotencia absoluta de la vida en su duelo contra la muerte. La Gini, una bella tiple de la compañía de ópera de Sieni, murió en el Hotel Telégrafo; más adelante, en el mismo hotel, otro tenor de ópera, cuyo apellido no recordamos; el gran actor Cúchares; Don Francisco Manzanera, Capitán General de la Isla, y cien personalidades conocidas; acróbatas de los circos americanos, miles.

Efectivamente: se habían ensayado todos los métodos para combatir al vómito y todos resultaban inútiles. La «cámara polar», uno de ellos, fué el más espantoso de los fracasos. Después de permanecer encerrado el enfermo en un cuajero cajón a la más baja temperatura, pasaba definitivamente al ataúd. Se había de llevarse—aquella triste y famosa «cámara polar», en la que vivimos una vez, en la Quinta del Rey, el doctor Jover, congelarse un alemán atacado de la «fiebre», igual que si fuera un salmón en una nevera—, y como se cien tanteos y pruebas ineficaces que desesperaban a las eminencias médicas de aquel tiempo, entre las que recordamos a los doctores Desvernine, Bango, Arguosa, Cabrera, Cuba, Clairac, Ledredo, Benito Valdés, Plasencia, el padre Bruno Zayas, Gutiérrez—el de la voluntad—, Jover, el director y dueño de la Quinta del Rey, Cámara, Casuso, Adolfo Reyes, el glorioso octogenario especialista del estómago, Ildefonso de la Maza, y todo el cuerpo médico, en fin, de la época, que se declaraba impotente ante la terrible, misteriosa y traidora enfermedad. Ponia espanto en el alma ver desaparecer en lo más florido de sus años a aquellos muchachos que desembarcaban de los vapores correos españoles; y eran repartidos después entre los almacenes del comercio, ávidos todos ellos de trabajar con ahinco y labrar en lo porvenir una posición económica...

El ático escritor Enrique Hernández Miyares, autor más tarde del célebre y ramandado soneto «La Más Fermosa», escribió y publicó por entonces una sencilla crónica que obtuvo un gran éxito. Titulada «El Señor Alcalde» en la que pintada aquellas esperanzas tronchadas en flor. Describía Enrique en su crónica, uno de aquellos pintorescos carretones que iban hacinados los «Pachos», repletos sacados de abordo, con sus boinas, sus burdos y calurosos trajes de pana, sus chapas rojas en las mejillas y el tosco baúl de madera al pie, bajo la férula de un «Pachón», ya curtido y hecho al país, el cual, mediante una lista que llevaba, los iba repartiendo por los almacenes y bodegas de la ciudad a que venían consignados, como —era la frase— «ochinitos de Noche Buena».

Un chusco que pasaba decía al verlos: —¿Lo ven ustedes? Bueno; pues de aquí a unos años, todos capitalistas; y el que menos, «Señor Alcalde de la Habana».

Sólo que—¡ay!—al mes escaso, el «Señor Alcalde» caía víctima del maldito vómito negro; y era sacado de la trastienda de la bodega en un modesto ataúd. Enterrado de negro paño y conducido a la casa de Antonio Chiquito».

¿De dónde salía el vómito negro? ¿En

qué oscura madriguera se incubaba el bormo traidor, asesino de tantas vidas? Se supuso, y no sin razón, que el hacinamiento de trastos viejos en las casas y el amontonamiento de basuras en los solares yermos, podían ser los incubadores de la terrible enfermedad; y Mr. W. C. Gorgas, que era el encargado en 1900 de la Sanidad Americana, dictó en el acto las más drásticas medidas para acabar con los numerosos y nauseabundos focos nocivos que infestaban la población de la Habana.

Con tal justicia y severidad se llevaron a cabo aquellas disposiciones; y tan limpias de basuras y atrabancos quedaron las casas todas, que se hicieron necesarios nada menos que treinta y pico de años para que volvieran a llenarse otra vez de ellos; y se pudiese nuevamente en uso inmediato el salvador procedimiento, como se recordará que lo hizo meses antes de su muerte el inolvidable Jefe Local de nuestra Sanidad, el doctor López del Valle.

En la tragi-comedia por que acababa de pasar Cuba en 1900, aquello de la desinfección de las casas, los almacenes y los solares de vecindad, fué la consabida nota cómica que no falta nunca ni aún en los más serios trances de los pueblos y los hombres. Dice el refrán que parientes y trastos viejos, pocos y lejos; pero allí no fueron pocos, sino que no quedó ni uno solo para remedio...

No es raro encontrar personas que quieran a sus muebles tanto como a sus deudos y animales. La costumbre, que en este caso se disfraza de cariño, hace que una mesa escritorio o un banco de trabajo nos parezca nuestro hermano más cariñoso; y que el sillón, donde acostumbamos a reposar y descansar de nuestras molestias y fatigas, se nos figura nuestro más ferviente y servicial amigo. El hábito es una segunda vida y un compañero inseparable; y esos muebles inanimados tienen, no cabe duda, un alma que la costumbre de los años ha venido casi a hacer gemela de la nuestra. Aquellas exclamaciones que, acompañadas del más sincero y copioso llanto, lanzaban algunas mujeres al serles arrebatados por los empleados de la desinfección, los muebles que ellos creían estar dentro de la orden de recogida, demostraba con elocuencia el apego que aquellas les tenían.

—¡Ay! ¡Ese es el sillón en que murió

mi abuela!—lloraba una jovencita.

—¡Ese es el latón de bañar el perro!—clamaba una señora.

—¡Muchachos—gemía a lo mejor una vieja, suplicante—en esa mesa coja es donde me gusta a mí tomar el café con leche por la mañana!

—¿Y no lo puede usted tomar en otra?—preguntaba el cargador.

—¡Ay! no hijito—contestaba aquella—no me sabe igual.

Y luego, no se puede negar esa «compañía de la vista», esa costumbre de mirar siempre una misma cosa y en un mismo sitio. Si algún día nos quitasen a los habaneros el Morro de donde está ¿creen ustedes que nos quedaríamos como si tal cosa; y que no sufriríamos un trastorno de consideración en nuestro organismo? Pues eso les pasa a ciertos seres con el escaparate viejo, por ejemplo, que desde años y más años están acostumbrados a ver en un mismo rincón de su cuarto; o con el baúl destartado, sobre el que se sientan desde niños. La costumbre hace ley; y nada más grato al espíritu que el culto de las antiguas tradiciones. He ahí, además, esos artistas músicos que no pueden tocar sino en sus mismos instrumentos; esos albañiles que no pueden ser largos en el trabajo sino con sus mismas cucharas; esos escritores que no se avienen a escribir sino con la misma pluma o porta-lápiz con que viene llenando sus cuartillas desde hace una caterva de años... —Servidor de ustedes—.

Pero volvamos a Mr. Gorgas y sus carros de la desinfección de 1901. Desde que las gentes los oían venir por la «otra cuadra», en medio de la gritería de los desalojados y de la rechifla de los curiosos callejeros, todo el mundo se apresuraba a poner en salvo, ocultándolo en algún escondido rincón de la casa, el artefacto que deseaba sustraer del desinfectante degüello.

—¡Eso es un abuso!—gritaban unos, al verse desposeído de tanta inútil basura.

—¡Y para esto nos hicieron libres!—vociferaban otros.

No eran escasos lo que llegaban a proferir este insulto:

—¡Mejor estábamos antes!

Pero los Herodes de la desinfección hacían caso omiso de tales lamentaciones; y llevaban adelante su obra, tan científica como humanitaria, amontonando ca-



Eduardo Daladier

**E**L partido radical-socialista acaba de celebrar su Congreso anual en circunstancias que pudiéramos llamar únicas, después de la guerra. El Presidente Herriot ha considerado con justeza a este Congreso como histórico. Los debates han sido desgraciadamente entristecidos por la terrible catástrofe de Marsella, el incendio más terrible que Francia ha conocido desde hace cincuenta años. El mundo entero se ha asociado a nuestro duelo.

La cuestión que había de resolver en esta reunión del partido radical-socialista, era aprobar el programa saneamiento de los señores Daladier y Marchandeu y la política de paz del Presidente del Consejo y de su Ministro de Relaciones Exteriores señor Bonnet. Sobre esos dos puntos, la respuesta ha sido unánime. Por aclamaciones entusiastas el Presidente del Consejo ha sido reelegido Presidente del Partido y ha regresado a París así como el señor Bonnet, alentado por el apoyo de sus amigos.

Empezaremos por las cuestiones que interesan a la situación interior. El señor Daladier no ha silenciado la gravedad de esta situación a causa de un presupuesto en déficit y de una renta nacional insuficiente. Es pues, necesario, restablecer el orden en las finanzas, reducir las cargas de la tesorería y realizar un vigoroso esfuerzo para el equilibrio del presupuesto, para acrecentar la renta nacional y de la producción, es decir un esfuerzo entre patronos y obreros. Pero ese restablecimiento sólo es posible que tras la ruptura con el partido comunista al cual en dos ocasiones—acuerdos de Munich y llamamiento al trabajo—ha coartado y paralizado la acción del Presidente del Consejo. Esta ruptura ha sido consagrada por la resolución final del Congreso radical, lo cual significa la dislocación del Frente Popular. El Presidente, aludiendo a las cuarenta horas ha dicho que no se trataba de suprimirlas aunque no estén aplicadas por ninguna gran nación, sino que era indispensable adaptarlas a la exigencia de la vida económica, según las circunstancias. Contra los extranjeros que no respetan la hospitalidad francesa y cuya intrusión en nuestra política es intolerable, el Presidente ha hecho una seria advertencia y ha anunciado medidas rigurosas.

Sobre los proyectos del Gobierno, el señor Gentin, Ministro de Comercio y el señor Marchandeu han ofrecido las líneas generales. El primero ha preconizado una línea política orientada. El proyecto del señor Marchandeu, que anunciaba grandes sacrificios, no ha sido aceptado por el Gobierno. Durante un con-

# LA POLITICA FRANCESA

## después del Consejo Radical-Socialista

Por J. HERICOURT

Miembro de la Asociación de la Prensa  
Diplomática Francesa

sejo de Gabinete celebrado en París después del regreso de los ministros radicales, el Ministro de Hacienda ha ofrecido su dimisión y reemplazado inmediatamente por el señor Paul Reynaud, el cual ha pedido un plazo de cinco días para estudiar un proyecto de saneamiento. El nuevo Ministro de Hacienda ha hecho inmediatamente una declaración a la prensa afirmando que no pensaba en una nueva desvaluación y que el problema del saneamiento no era un problema monetario sino económico y financiero. El Gobierno no ha sufrido de este cambio, puesto que el señor Marchandeu ocupa ahora el Ministerio de Justicia que dirigía antes su sucesor señor Reynaud.

Las intervenciones de los señores Daladier, Bonnet y Herriot sobre la política internacional ha llamado sobre todo la atención del pueblo francés y de la opinión mundial.

Primer punto, el más importante: el acuerdo de Munich ha saldado la paz, y es el resultado de una entente leal en la cual, Francia no ha capitulado. El Presidente del Consejo ha afirmado con fuerza que por la civilización europea, por el ideal de la libertad de Francia y por la misma Checoslovaquia, la situación resultante de los acuerdos de Munich es preferible a la situación que resultara hoy si no se hubiera evitado la guerra. Esta tesis ha sido desarrollada por el señor Georges Bonnet, quien recordó las horas trágicas del Anschluss. La cuestión de los sudetes estaba por resolver, sobre todo en la noche del 21 de mayo, durante la cual, según la propia expresión del señor Daladier, nos encontrábamos a un centímetro de la guerra; después fueron evocados los tristes días de noviembre después del Congreso de Nuremberg. Gracias a la colaboración franco-británica, la paz ha sido salvada. Francia ha mantenido sus compromisos frente a Checoslovaquia y ha evitado la guerra.

Esta paz hay que organizarla ahora. ¿Sobre qué bases? ¿La Sociedad de Naciones? ¿La Seguridad Colectiva? El señor Bonnet ha afirmado, no sin razón, que si Francia se hubiera visto obligada a entrar en un conflicto para cumplir sus compromisos con Checoslovaquia, se hubiera visto sola o casi sola en los primeros días del conflicto. El mismo Presidente Herriot, padre del Protocolo de 1924 ha reconocido la crisis de la Sociedad de Naciones.

La política exterior francesa se basa ante todo sobre la entente con Ingla-

terra, la cual ha dado sensibles resultados en estos últimos meses y ha salvado dos veces la paz, así como ha permitido, gracias los esfuerzos del señor Chamberlain cerca del canciller Hitler, salvar la paz en Munich. Jamás esta entente no fué más confiada y más íntima. En consecuencia, según la expresión del señor Georges Bonnet, la piedra básica de la política exterior francesa es en primer lugar la entente franco-británica.

Pero esta entente no es exclusiva y el deber de Francia es establecer relaciones cordiales con los países vecinos, es decir con Alemania e Italia. Esta tesis ha sido expuesta por el señor Daladier. El Presidente del Consejo ha recordado con emoción que en Munich había oído batir el corazón del pueblo alemán y que había pensado cómo en Verdún, en medio de la guerra, que entre el pueblo de Francia y el pueblo de Alemania, hay potentes razones de estima que deben conducir a una colaboración leal. En el discurso que pronunció en la Cámara a su regreso de Munich el Presidente del Consejo tuvo frases para Alemania que produjeron un profundo eco al otro lado del Rin. No cabe duda que éstas han tenido como resultado la invitación del canciller Hitler a nuestro embajador en Berlín, señor Francois Poncet, a una entrevista que duró dos horas y durante la cual parece probable que se han estudiado las bases de una colaboración franco-alemana. Lo cierto es que actualmente hay negociaciones y debemos desear en el interés de la paz europea, que estas negociaciones se vean coronadas por el éxito.

### ARENAS DE ORO

Quien está obligado a vivir entre los hombres debe adoptar la resolución de respetar muchas extravagancias.—Say.

—000—

A nadie desprecies, que el enemigo más pequeño puede darte mucho que hacer.

—000—

Cuanto más fuerte es nuestro espíritu, tanto más le conviene agitarse; muere en el reposo y su vir consiste en la actividad.—Pope.

—000—

Una espada, por muy larga que sea, y aunque esté tan bien tem-



André Francois-Poncet

El restablecimiento de las relaciones diplomáticas normales entre Italia y Francia con el envío del nuevo embajador, señor Francois Poncet, que abandona su puesto en Berlín, y el cual reconocerá el Imperio italiano de Etiopía, ha liquidado la situación difícil de estos dos últimos años. Hay aún varias cuestiones importantes que resolver entre Italia y Francia. El señor Francois Poncet procurará liquidarlas con la misma voluntad que ha mostrado en Berlín. Las relaciones entre Italia y Francia pueden ser muy mejoradas, sobre todo si se tiene en cuenta que el acuerdo anglo-italiano ha entrado ya en vigor. Este acontecimiento tendrá como consecuencia aportar una real mejora en el Mediterráneo y de estudiar el medio de terminar la guerra de España.

El esfuerzo de paz de Francia va mucho más lejos aún, puesto que nuestro país está dispuesto a participar a una organización racional de la producción mundial y a la explotación en común de las riquezas inexploradas que permitirán asegurar la circulación y la consumición de productos.

Podemos, pues afirmar que el Congreso radical-socialista, cuyo partido es la base del régimen republicano, ha servido los intereses de la paz.

### VIEJAS POSTALES...

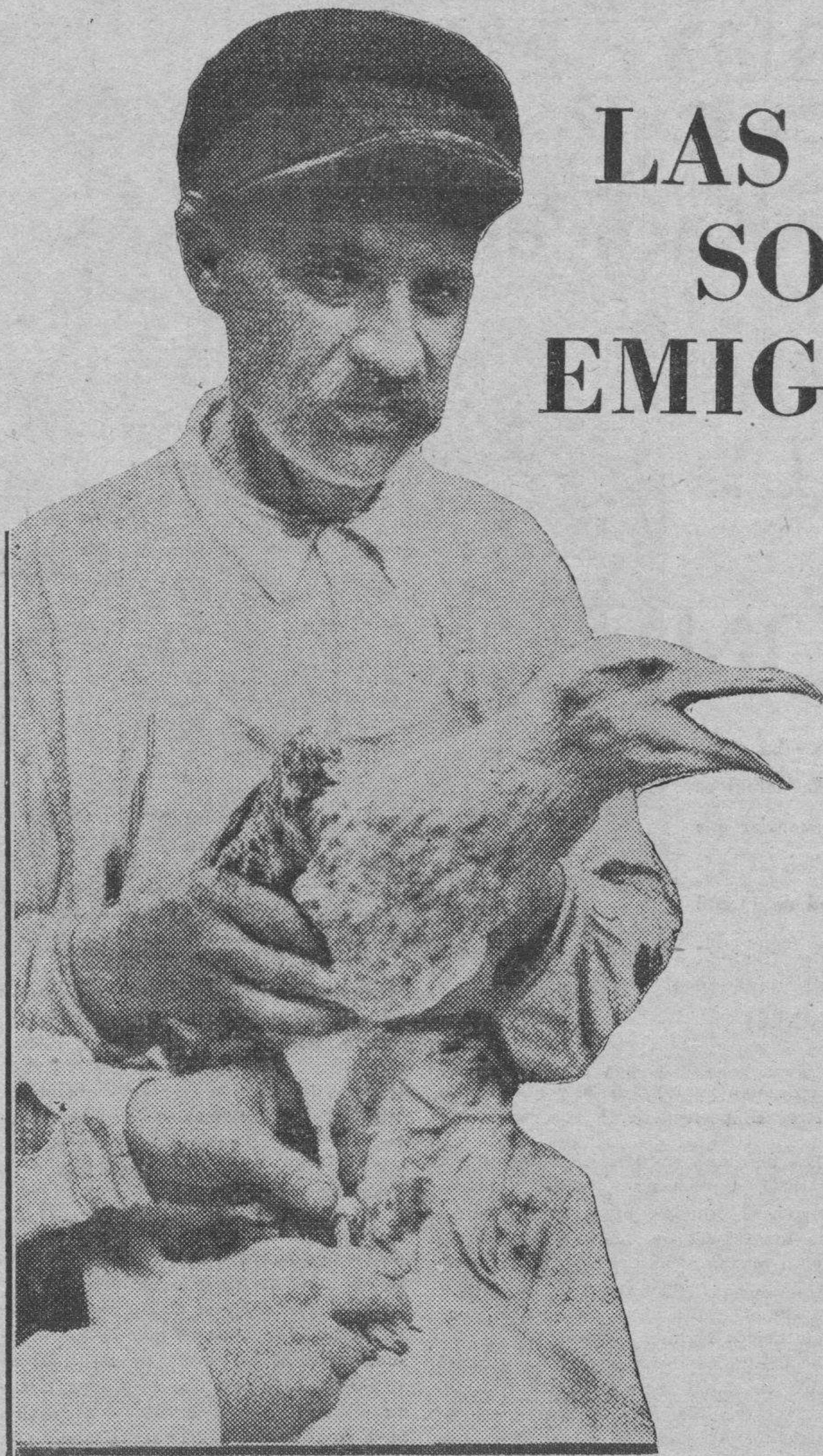
dia?—la extremidad de los palpos es blanca y son también las bases de los tarsos. Es esencialmente urbano y deposita sus huevos en las aguas dulces, estancadas de las viviendas y sus alrededores.—Petróleo, Costales Latatú, petróleo!

Y publicamos estas señas particulares del stegomya asesino, como se hace con las de los criminales perseguidos por la justicia: para que si se lo encuentran ustedes por ahí le den un reverendo papitotazo y lo hagan polvo; que no otra cosa merece el villano, por los infinitos crímenes que ha cometido. ¿A ver si también van a amnistiario?

plada como la de Napoleón, si no se pone al servicio de una idea es siempre un mal espadín.—Campoamor.

# EL VUELO DE LAS AVES Y LAS LEYES SOBRE EMIGRACION

por  
Julio ABRIL



Cómo se coloca en las patas de las aves el anillo de identificación.

## ESTUDIOS CIENTIFICOS

para explicar clara y fundamentalmente el fenómeno tan conocido, pero no tan bien conocido, de la emigración.

El gran número de aves que han de ser marcadas, ha hecho, que en lugar de pedir los anillos para marcarlos, a la industria privada, el Museo instale en el viejo y famoso laboratorio, una verdadera fábrica de tales artilugios, en que una prensa imprime, convenientemente manejada, las placas de aluminio muy pequeñas, como es natural; una guillotina apropiada los corta, y después, son marcadas o contraseñadas a mano, mediante un punzón.

Los anillos así contruídos, tienen diversos tamaños, en relación con los de las aves que han de ser marcadas, y todos llevan una inscripción, que traducida, es esta: «Aves-Museo-París», y debajo una letra mayúscula y unos números, que constituyen la contraseña identificadora de cada ejemplar.

Puesta esa contraseña en la pata del ave, y lanzada ésta de nuevo al espacio para que continúe su viaje, cuando retorne, se podrá saber exactamente cuánto estuvo en París, en qué dirección partió y por qué camino vuelve.

Eso, sin embargo, sería muy poco en



Inscribiendo las cifras en los anillos

El hombre se afana buscando por todos los medios los secretos de la Naturaleza y de la vida, y en ese afán, cada día idea un nuevo medio de investigar lo que la Naturaleza parece empeñarse en ocultar.

Ahora ha sido el profesor del Museo de Historia Natural de París, monsieur Bourdelle, especializado en el estudio de las aves, el que ha discurrido un sistema para recolectar datos que sirvan para llegar a conocer más exactamente el proceso de emigración de las aves. Las líneas generales de ese proceso eran ya conocidas; pero monsieur Bourdelle, se propone llegar a conocerle mejor, y para ello ha establecido en el Museo, precisamente en el pabellón que fué laboratorio de Claudio Bernad, un nuevo servicio que tiene por objeto hacer posible la obtención de datos nuevos, y sobre todo los más concretos, acerca del camino recorrido por las aves en su emigración y de la velocidad con que le recorren.

La idea fundamental de ese medio de investigación, no es nuevo; la novedad es su aplicación.

Antes de ahora, en efecto, habían sido utilizados para identificar aves en general, y particularmente, palomas mensajeras, anillos, generalmente de celuloide, con números, palabras o signos convencionales, que en unos casos permitían distinguir un ave de todas las demás, y en otro saber, de qué palomar procedía la mensajera.

Esos anillos, colocados en una pata del ave, eran una verdadera tarjeta de identificación, que servía a las palomas mensajeras perdidas, o agotadas por la fatiga, para ser reintegradas a su palomar.

La idea del profesor Bourdelle es, sencillamente, aplicar ese mismo sistema a las aves emigrantes que no viven en domesticidad; pero que al pasar por París, en sus viajes de emigración, son capturadas.

Lo que da importancia al nuevo servicio es que, en realidad, el Jardín de Plantas de París, donde el Museo de Historia Natural tiene sus edificios y principalmente los pabellones en que se exhiben las aves vivas, son como una estación de etapa en que se detiene al pasar, muchas de esas aves emigrantes.

En lo sucesivo, y gracias al profesor Bourdelle, cada una de esas aves, al regresar el viaje, llevará su «cédula de identidad», en forma de un anillo de aluminio, que rodeará, como una pulsera, una de las patas del animal y servirá en todo caso para reconocerle, identificarle y determinar de su paso, comprobado por diferentes lugares, la ruta que sigue y la rapidez con que la recorre. Multiplicando cuanto se pueda esas observaciones, de casos individuales, naturalmente, podrán deducirse leyes generales que sirvan



Haciendo la punción de las «tarjetas de identidad» de las aves



# COMO SE CONSTRUYE EN LOS ESTADOS UNIDOS LA NUEVA INDUSTRIA DE LA TELEVISION

Los tres factores principales en su desarrollo.—La etapa comenzó en 1923.—El tamaño de la pantalla actual se ajusta a los requerimientos del hogar.—Frecuencias que transmiten el sonido y frecuencias que transmiten las imágenes.—Un aparato que 'lee' a una velocidad de 11.200 kilómetros por hora. (La Biblia entera en unos segundos).



(Por O. B. HANSAN, ingeniero jefe de la NBC)

1 y 2: Una actriz en el estudio de televisión y su efigie llevada al aparato receptor a través del éter.  
3: Cómo se toma una escena en un programa de televisión. 4: Estos barquitos, mar y puerto de juguete, en la pantalla televisivista dan la impresión de cosa formidable y auténtica.

**D**E los tres factores principales de la televisión moderna —el programa, la parte financiera y la técnica— en los Estados Unidos ha sido esta última la que ha recibido mayor consideración.

Pero el hecho de que ahora le tengamos que hacer frente a los problemas de programa y finanzas, indica que los técnicos han resuelto muchos de los otros detalles que, como obstáculos insuperables, se levantaban ante nosotros tres años atrás.

La verdadera etapa de adelanto de la televisión comenzó en 1923, cuando Vladimir Zworyn, director de los experimentos en televisión de la RCA, introdujo su revolucionario sistema enteramente electrónico, echando a un lado torpes dispositivos mecánicos de estudio. Desde entonces los aparatos se han perfeccionado y al presente podemos decir llenos de confianza que la televisión adelanta rápidamente a una base de cosa corriente.

Al convertirse en cosa corriente, en cuestión de todos los días, los ingenieros tenemos que considerar que la televisión se destina al hogar y que todo factor técnico tiene que subordinarse a las necesidades de un público casero.

Por ejemplo, la pantalla actual de la televisión, de 19 por 25 centímetros, es a todas vistas demasiado pequeña para una recepción ideal, pero no se desea aumentarla demasiado. En la sala común, según lo indican los experimentos efec-

tuados, una pantalla de 30 por 40 centímetros es perfectamente adecuada.

Las imágenes emitidas actualmente por la NBC, se reciben en blanco y negro, aunque al principio aparecían en verde. Las tonalidades del nuevo color se asemejan mucho a las del cine, que han sido halladas inofensivas y agradables a la vista. Durante los últimos meses también hemos logrado proporcionar a los televidentes condiciones visuales y agradable diversión mejorando los contrastes, las tonalidades y la nitidez de las imágenes. Al presente transmitimos en 441 líneas y a razón de 30 imágenes por segundo.

La etapa siguiente es la construcción de un estudio de 15 por 24 metros con techo de 9 metros de alto para acomodar las diversas operaciones incidentales en la transmisión de un programa. Pueden necesitarse, además varios estudios auxiliares y a la postre, probablemente se requerirán también parcelas similares a las de los estudios del cine.

En la televisión, las labores de «revisión» y «abreviación» están reducidas a la mayor sencillez: el supervisor, con sólo apretar un botón, transfiere la acción de una cámara a otra. Esto, aunque muy sencillo para el técnico, complica la labor de los actores, la de los encargados de la producción, y la de los operadores de las cámaras, que tienen todos que aprender de memoria sus partes respectivas y estar constantemente alerta.

El televidente ve la acción exactamente

te como la emite la cámara y cuando la «revisión» y «abreviación» se llevan a cabo con botones conmutadores, tenemos que dar la representación de una hora exactamente en una hora.

Nos es imposible juntar los pedazos de un drama tomando trozos de películas sacadas en un período de meses, como hacen los productores de Hollywood, donde de una filmación de diez horas se reduce para el teatro a una sola. En la televisión, lo mismo que en el cine, el aspecto real depende de una ilusión óptica pero en el cine se produce con una serie de fotografías fijas, cuya sucesión da la ilusión de movimiento, mientras que en la televisión se ve una sucesión de cuadros verdaderamente en movimiento, emitidos a medida que pasan las «rayas» horizontales ultra-rápidas de un «lápiz» electrónico. Este paso se efectúa a razón de 3.2 kilómetros por segundo, o sean, 11,200 kilómetros por hora, de izquierda a derecha; y a 112,000 kilómetros por hora de derecha a izquierda. Como se ve, leyendo con esta rapidez, podríamos devorar la Biblia entera en unos diez segundos.

Como la imagen «fluida» que aparece en la pantalla se proyecta en un tercero, no existe período apreciable de tiempo entre la acción original y viva y la que se reproduce en la pantalla. De modo, pues, que para todo fin práctico, la televisión es instantánea.

La parte técnica de la televisión ha dejado tan atrás a la parte del programa, que pasará mucho tiempo antes que ésta

pueda alcanzarla, pues los humanos carecemos de la velocidad mental necesaria en la televisión, la que dicho sea de paso da la impresión de que el teatro y el cine son lentos y tardíos.

La electrónica no solamente reduce al mínimum el espacio requerido para complejas y delicadas reacciones, sino que acelera las operaciones corrientes incidentales, es decir, que la televisión es la quinta esencia de la concentración, y para poder aprovechar sus beneficios tenemos que someternos a disciplina y adaptarnos a condiciones enteramente nuevas.

Los directores y técnicos a cargo de estas emisiones tienen también que tener en cuenta que simultáneamente atienden a dos emisiones: la visible y la auditiva. Por lo tanto, hay que tener preparados dos juegos completos de transmisores, amplificadores, líneas de transmisión, etc. El receptor colocado en la casa es un compacto aparato que combina ambas recepciones, la visual y la auditiva, pero afortunadamente no hay dificultad alguna en sincronizar la visibilidad y la acústica por radio, aunque las audiodfrecuencias (las que transmiten el sonido) varían de 30 a 10.000 períodos mientras que las visofrecuencias (las que transmiten las imágenes) varían de 30, a 3.500.000 períodos y aún más. Desde el punto de vista del funcionamiento, el difusor debe recordar siempre que a todos los problemas corrientes de la acús-

(Continúa en la Pág. VEINTE)

# La Víspera de la Huelga Francesa, se Declara un Paro en CHICAGO

El propósito, la finalidad de la huelga, no ha podido al menos todavía, ser puesta en claro. Pero es lo cierto que el 28 de noviembre, los trabajadores de Chicago, de cuya actividad depende para su aprovisionamiento de carnes, buena parte de la nación, detuvieron no trabajar. Acaso con la fecha de la huelga francesa, tan próxima, se sintieron invadidos del deseo de emular «no dar un golpe».

Los huelguistas, pertenecían al CIO, antiguo Comité para la Organización Industrial, que dirige Mr. Lewis y está a la greña con la Federación Americana del Trabajo, que preside Mr. Green. Y parece resentida la industria de los mataderos, por lo que estimaba una huelga arbitraria, se dirigió a la Federación Americana del Trabajo, para que le enviara trabajadores que vinieran a ocupar los puestos de los de la organización rival. La federación mencionada, hizo la promesa de enviar a los mataderos los proletarios pedidos, pero cuando llegó la hora de la «verdad», éstos no se presentaron, con lo cual acaso se evitó una pequeña guerra.

## UNA HUELGA DEL C. I. O. PARALIZA LOS MATADEROS DE CHICAGO

Declarada de repente la huelga por una unión del C. I. O. que comprende varios centenares de trabajadores de los mataderos de Chicago, toda actividad quedó paralizada. La huelga constituyó una sorpresa para todo el mundo y ninguna explicación se le dió a la misma.



Ninguna justificación se le dió al inesperado movimiento que quebrantó la actividad de los mataderos de Chicago.—La rivalidad de la Federación Americana del Trabajo hacia el C. I. O., no fué suficiente a vencer el paro. Mientras tanto, el C. I. O. toma forma permanente y sustituye una palabra de su nombre, sin tener que cambiar sus iniciales célebres

Mientras tanto, el catorce de noviembre, se había reunido en Chicago, el Co-

mité para la Organización Industrial, con el propósito de tomar forma permanente

y adoptar unos estatutos o constitución. Y lo primero que hizo, fué cambiarle el nombre a la organización, sin tener que renunciar a las iniciales CIO que se han hechos famosos en el mundo. Para ello, hubo que cambiar la palabra «comité» por la de «congreso», de manera que ahora en adelante, el nombre de la organización es Congreso de la Organización Industrial.

Hace tres años, cuando se creó la CIO, lo formaban ocho uniones representando 900,00 obreros. A la convención a que nos venimos refiriendo, concurrieron delegados de 41 uniones representando a cuatro millones de trabajadores.

El Congreso se reunió en un templo masónico, de Pittsburgh, y puso de relieve el completo dominio que John J. Lewis tiene sobre su organización. En cuanto se le nominó para presidente los delegados se volvieron locos y durante media hora, se arrojaron confeti unos a otros, como si hubieran estado en Carnavales. Después, por unanimidad, emitieron sus votos en favor del fiero y gigantesco líder.

Lewis aprovechó la oportunidad para desautorizar a los comunistas que, como es bien sabido, militan en gran cantidad en las filas del CIO. Refiriéndose a Harry Bridges el líder de los estivadores de la costa del Pacífico, a quien se quiere deportar como extranjero pernicioso,—si bien la secretaria del Trabajo Miss Perkins, parece brindarle toda su protección—Lewis, desafió «Si usted cree que puede hacer algo sin contar con nosotros, pruebe. Lo derrotaremos con facilidad...»

(Se había dicho que Bridges intentaba producir un cisma en las filas del CIO, a cuyo líder acusaba de tácticas dictatoriales).

Respecto a la cuestión de hacer la paz con la Federación Americana del Trabajo, esa paz que tanto ansía el presidente Roosevelt, y que se asegura el primer magistrado de Norteamérica, tratará de imponer dentro de poco, Lewis rugió: «No estamos dispuestos a hacer del CIO otra Checoslovaquia...»

Se dice que al mencionar el nombre de la nación centro europea, un estremecimiento agitó a los delegados como si hubiera aparecido de repente ante ellos, la figura de Hitler.

# LOS CICLOS de la MODA y las OREJERAS FEMENINAS

Cien años justos necesitó la moda femenina para completar un ciclo que la está devolviendo a la época en que Fernando VII era rey de España y los reyes hispanos de América, con pequeñas excepciones, iniciaban su vida libre.

En 1805 la emperatriz Josefina, aquella criolla desconcertante que no logró vencer al hombre que la había sacado del todo para sentarla en un trono, envió su cuerpo trigueno que sabía de las flaquezas de la carne; en un traje tubular y escurridizo que apenas si aliviaba de relieve la amplitud turgente de las caderas.

En 1830 la forma tubular del vestido femenino ha ido tomando, al llegar a la última, abultamiento de campana. Ese abultamiento, toma ya proporciones descomunales en 1840, cuando se inicia la época o período de la reina Victoria, y alcanza su mayor esplendor de 1850 a 1860, cuando la emperatriz Eugenia y las reinas de todo el mundo proclaman el reinado del emperador miriñaque.

En 1870, la reina Alejandra inicia el reinado de las ampulósidades del traje femenino, y en 1900 se inicia de nuevo

el ciclo tubular que alcanza su expresión más uniforme y rígida con las «flappers» de 1925. Ahora, en 1938, el traje femenino vuelve a la falda campanuda que se estrecha extraordinariamente en la cintura y alcanza una gran amplitud en el borde. Todavía las féminas—o quien dicta sus modas—no se han decidido por los esqueletos de alambre a la manera de los globos, pero es posible que lleguen hasta ellos.

Pero no es sólo en el traje donde la moda femenina vuelve sus ojos al pasado. Aquí en la fotografía que ilustra estas líneas tenemos un peinado que pretende desenterrar métodos de los egipcios, es decir, de una vejez de miles de años. El abundoso y fragante pelo de la muchacha se adorna con un racimo de bayas. Luego, con un poco de imaginación, es fácil trasladarse a la sombra de las pirámides y meterse en la barca de aquel príncipe desconsolado que sólo le encostraba sabor a la vida remontando las turbias aguas del Nilo a la sombra de las muchachas en flor...

En cuestión de peinados se vuelven los ojos al pasado y uno de los artifices más reputados de Nueva York le da a uno

el nombre de «Boldini», porque tiene reminiscencias del que usaba una bella y exqu coasta mujer pintada por el famoso artista. Pero también se utiliza alguno modernísimo, del que hasta ahora no se han encontrado precedentes. Ese peinado es el que impone la orejera, que cubre el apéndice auditivo femenino con una gran mota, de la que surge una cinta en forma de diadema a la manera de los ariculares dobles que usan las telefonistas.

En los Estados Unidos, el año pasado se vendieron cuatro millones de esas orejeras y se espera que este año la cifra aumente a cinco millones.

Esas orejeras o motas para las orejas, fueron inventadas hace 64 años por el desaparecido Chester Greenwood, un muchacho de Farmington Falls, estado de Maine, que tenía oídos sensitivos. Por casi 60, él solo se decidió a fabricar orejeras para los carteros, policías, agricultores y otras personas que pasaban gran parte de su tiempo al aire libre. Tenía solamente un estilo, y ése, naturalmente, era el más conservador y estaba dedicado casi exclusivamente a uso de los hombres. Pero hace cuatro años los skiadores y las muchachas universitarias que practican los deportes de invierno hicieron de la orejera un artículo santificado por la moda. Y la demanda por la citada mercancía se hizo tan grande, que se abrieron varias fábricas del producto. Desde entonces las orejeras se han venido haciendo tan agradables a la vista y al tacto, que las chicas no han visto la hora de ponérselas y los muchachos de admirarlas con ellas. Por último, la orejera se ha incorporado al peinado, de manera que resalte más su «charm» en la belleza femenina.

**E**N el 1934, el Almirante Richard E. Byrd, único hombre que ha explorado ambos polos del planeta, se marchó solo a la base avanzada de su expedición antártica, situada a 123 millas hacia el sur de la Pequeña América. A pesar de estar rodeado de todas las facilidades modernas, casi pereció en una temperatura de 83 grados Fahrenheit bajo cero; no pudo, pues, llegar hasta las 200 millas al sur que se proponía originalmente para estudiar los cambios meteorológicos, las auroras y demás fenómenos del polo austral. Las vicisitudes y las extrañas experiencias que tuvo allí constituyen el tema de su libro «Soledad», recién publicado por la editorial G. P. Putnam's Sons, de Nueva York.

Había llevado a la Pequeña América una caseta para tres personas; pero la demora del transporte por tractor y otros accidentes mermaron considerablemente las provisiones, y por ello el Almirante decidió irse él solo a la proyectada base. El 22 de marzo hizo un vuelo hasta allí; el 28, se quedó sin compañía, con los alimentos necesarios, un radioreceptor que funcionaba por medio de un generador con motor de gasolina, velas, dos lámparas de kerosén y una estufa. Cuatro meses y medio pasó en la más increíble soledad. Se mantenía en comunicación constante con la Pequeña América, más al norte, y cuando perdió su libro de recetas de cocina, le hizo una consulta radiográfica al eminente gastrónomo Oscar, del Hotel Waldorf, de Nueva York.

Poco a poco, la soledad empezó a causarle terror. Los gases de la estufa fueron envenenándole, y enfermó. La debilidad física por un lado, y el efecto psicológico de su aislamiento por el otro, destruyeron su resistencia. Sin embargo, no quiso alarmar a sus compañeros de la Pequeña América y los mantuvo en la ignorancia hasta el 11 de agosto en que, sospechando que algo grave sucedía, ellos vinieron a socorrerle.

Cuatro años han pasado desde su retorno a la civilización, y ahora, cuando la perspectiva de las cosas es más diáfana, el valiente explorador revela en este libro una experiencia psicológica sin igual en los anales de la literatura. La obra contiene descripciones detalladas de los fenómenos del polo y da a conocer por primera vez la grandiosa escena de la noche austral. Contrario a lo que se supone, esta transición a la tiniebla no es nada de espectacular, pues la oscuridad va apoderándose de las latitudes remotas en forma gradual y por acumulación. Cada día que pasa, la tiniebla avanza más y permanece más tiempo en la atmósfera, mientras la claridad va retirándose a trechos. El observador no ve señales de premura, sino de paciente desenvolvimiento de un acontecimiento cósmico de gran importancia. Cuando, por fin la luz se aparta más allá del horizonte, todavía el sol despidió un pálido reflejo de vida, y ese instante, dice Byrd, «es el mejor y el de más exquisita sensibilidad».

#### LOS ESCANDALOS DE LA PROVINCIA FRANCESA, IGUALES A LOS DE PARIS

¿Está evolucionando Louis Aragon?

Desde los tiempos de Rabelais, no ha habido un novelista francés a quien no le preocupen los escándalos y los pecados de París. Los escritores de la joven generación, sin embargo, creen que la Ciudad Luz es un ejemplo de austeridad comparada con los escándalos de la provincia. Guilloix en su «Amarga Victoria»

y Romain en «Los Arrogantes y los Humildes», nos han relatado cómo en las aldeas más insignificantes del país florecen el adulterio, la perversión y el vicio. En su último libro, «Sección Residencial», Louis Aragon nos ofrece el panorama de las pasiones amorosas aldeanas de Francia en todo su esplendor.

Esta otra obra narra las experiencias de dos jovencitos burgueses, Edmundo y Armando Barbentane en la aldea de Sérrienne le Vieux, cerca de Marsella. Edmundo, abandona la carrera médica para dedicarse a las finanzas y a compartir con el galeno de la villa los amores clandestinos de la esposa del cobrador de los impuestos, cosa muy natural en un pueblo donde el agente de pompas fúnebres acaricia a la muchacha que tiene amores con el hijo del maestro de escuela, quien, por su parte, se entienda con la hija del propietario de la fábrica de chocolates.

Armando, más romántico, acaba sin un penique en la bolsa, pero con un vasto conocimiento de Kant y de las doctrinas socialistas. Con semejante equipaje intelectual no era de extrañarse que se marchara a París, foco de las rebeliones espirituales y los movimientos subversivos del Viejo Mundo.

Leyendo la novela de Aragon nos asalta la idea de que quizás estas complicadas aventuras amorosas han influido profundamente en la desorientación política del pueblo francés en los últimos años. El autor es, profesionalmente, un político, como director del primer periódico comunista de la república. Tuvo una época de dadaísta, surrealista y pensador autónomo. Procede de buena familia, y por sus gustos elegantes y su indiscutible talento literario no cae en la vulgaridad de avasallar al lector de sus libros con descabelladas interpretaciones marxistas, como suele suceder con

la mayoría de los novelistas de izquierda. No podemos, por tanto, acusarlo de ser un oportunista de las letras, por el hecho de que mate la trama de una salsa política bien condimentada, en la que el tema principal es el efecto destructivo de la barbarie sangrienta de la guerra sobre las tradicionales de la provincia, basadas en los conceptos de la propiedad, el patriotismo y la iglesia. Ante el derrumbe de las creencias, prelude un estado espiritual anárquico, hasta los comunistas más radicales tiemblan. Louis Aragon no exterioriza su pánico escribiendo párrafos histéricos, pero hasta la presentación dramática de los hechos de su libro para comprender que la zozobra empieza a apoderarse de su alma. Desde este punto de vista, «Sección Residencial» es una escuela natural de su anterior obra, «Las campanas de Basel», producto de la etapa turbulenta y desesperada porque pasaron las juventudes europeas de la post guerra.

# Cileros

## Y AUTORES

### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

## EL ALMIRANTE ANGLOSAJON EN LAS TENEBROSAS SOLEDADES DEL POLO

## BREVES MUY BREVES

o o o

#### SIMPLOTES

Una estrella de Hollywood dice que ella ama las cosas simples de este mundo. Se casó con tres de esas cosas.—Screen and Radio).

o o o

#### FILOSOFIA

«En estos días, dice un escritor, las muchachas prefieren a los jóvenes que son suficientemente inteligentes para hacer dinero».

Y suficientemente estúpidos para casarse. agregaría yo.—Karikaturen).

o o o

#### JUSTICIA

Orson Wells, el joven dramaturgo del radio que hace poco causó el más extraño pánico de la historia con su farsa sobre una invasión de los marcianos en Estados Unidos, debería recibir el Premio Guzmán que desde hace 38 años está en poder de la Academia de Ciencias de Francia para ser entregado a la primera persona que se comunique por medio de señales con cualquier planeta menos Marte. Son 100.000 francos que Wells merece por haber engañado a un pueblo entero con la más fantástica de las mentiras.—Kitty Kat).

:: ::

#### EL ETERNO FEMENINO

El Guarda de Aduana: Puede usted cerrar su baúl señora, ya he visto suficiente.

Ella: No, señor, no ha visto usted aún mis dos vestidos Paquin, ya verá usted que lindos son.—(Hme and Country).

## COMO SE CONSTRUYE EN LOS ESTADOS UNIDOS...

(Continuación de la página 18)

tica en el radio, se aunan los de la transmisión de las imágenes.

Aunque una sola antena de 400 metros de altura puede cubrir un radio de unos 13.000 kilómetros cuadrados y quedar dentro del radio de visibilidad de millones de televidentes, tropezamos con el número de personas que fuera de dicho radio pueden estar interesadas en el mismo programa. Con los medios existentes no podemos extender la televisión, puesto que requiere una línea de transmisión especial, el cable coaxial, cuya instalación cuesta alrededor de \$3125 por kilómetro, o un costosísimo sistema de relays transportadores de microondas de radio. Con este alto costo inicial de la extensión del servicio, es probable que no existan en mucho tiempo las difusiones internacionales de televisión. El cable coaxial goza de la ventaja de proteger al programa de toda otra clase de transmisión, asegurando una especie de «éter privado» para el funcionamiento entre las ciudades, pero los relays trans-

#### COMO BRILLAR EN SOCIEDAD

He aquí un aviso del aristocrático «Times», de Londres, que enseña cómo debe brillar en sociedad la dama que no tiene medios suficientes para hacerlo «en grande».

«Tiara.—Dama de posesión social desea alquilar una tiara de brillante que sea imponente, por una noche. Tiene referencias de firmas bancarias. Pagaría hasta 15 libras esterlinas y el seguro. Respuestas confidenciales.—(Del Times, Londres).

portadores de radio carecen de este «campo privado».

Una vez que salen del transmisor, las visioondas llegan al receptor de la casa con la velocidad de la luz: 299.000 kilómetros por segundo. Nada se interpone a ellas y sólo se las detiene en su carrera en el espacio, moviendo el selector del aparato receptor.

La velocidad y espontaneidad de la televisión a nuestro entender la dotan de una novedad única que quizá sea la atracción principal que tiene para el público, pero con el fin de explotar éstas y muchas otras ventajas de nuestro medio, tenemos que desarrollar y perfeccionar la técnica, pues la televisión es, en todo sentido, la ciencia más compleja y diversa que conoce la humanidad y con el tiempo será necesaria una categoría nueva de técnicos capaces de entender cabalmente las velocidades electrónicas y de pensar en términos adecuados a ellas.

Por ejemplo, a medida que adelanta la técnica de los programas, habrá de perfeccionarse simultáneamente un supervisor de cámaras iconoscópicas cuya labor exigirá eficacia máxima y gran adaptabilidad mental, un supervisor que por medio de aisladores de sonido y rejillas dirigirá toda una batería de cámaras iconoscópicas, vigilando al mismo tiempo la calidad del tono, la intensidad de la luz, los conmutadores de las cámaras, y manteniendo comunicación telefónica con todos los técnicos que estén en el escenario. Este hombre o superhombre, el supervisor de cámaras, lo mismo que todos los que se dedican a la televisión, tiene ante sí una labor abrumadora.

# CUANDO a AUSTIN LE QUISIERON INCENDIAR EL PARACAIDAS

Un compañero medio loco comenzó a arrojarle bolas incendiadas que prendieron fuego a la seda del aparato.—Lo que le ocurrió cuando quiso darle a su mujer un paseo por el espacio y cómo estuvo a punto de matarse al querer «presumir» ante una chica linda.—La impresión que se siente cuando se para el motor en el aire.—Cómo Austin tomó por lago un invernadero, y lo que le ocurrió al descender sobre él...

(Por Gene Austin, miembro del pelotón de suicidas.)

El morir es un trabajo que tarde o temprano todos estamos obligados a ejecutar, pero sin exageración puede decirse que el aeróbata es el que siempre está mejor preparado para esto. Esta idea está fija en su mente, y es natural, puesto que se gana la vida precisamente ofreciendo su cuello a la guadaña de la que todo el mundo ha convenido en llamar La Infallible. Nosotros en realidad sacamos la cabeza ofre-

ciendo el cuello, que se deja ahí esperando que la guadaña baje vertiginosa sobre él. En el momento en que va a tocarlo, hacemos una mueca, retiramos el cuello y la Pa-ca queda burlada. Por supuesto, más o menos pronto le llegará el desquite.

Pero sentado aquí en mi mesa, pensando en ello, me vienen a la memoria las cuantas y cuantas veces en que he visto mi vida pendiente de un hilo, de un cabello fino, con el corazón en la



Al principio me pareció una hazaña digna de mí, aunque después lo consideré una idiotez. Pero allí estaba en el ala, sin paracaídas, el motor apagado y el avión en un ángulo de 70 grados.

garganta y con un inmenso espacio vacío entre mi humanidad y la tumba, momentos en que cerré los ojos para borrar la visión de mis huesos sobresaliendo por la piel y saltando en pedazos sobre la madre tierra.

#### UN INSTANTE DE DESCUIDO

Un solo instante de descuido puede ser la causa del desastre. Cuando un sujeto, sea cual fuere, se pone a jugar con la huesosa de la guadaña, tiene que tener los ojos tan abiertos que los párpados desaparezcan, sus nervios tienen que estar de punta, el cerebro perfectamente lucido. Pero en un instante que puede sentirse seguro, afloja la tensión y ¡zas! ¡se acabó! Recuerdo bien al Signor Mónaco, uno de los acróbatas más eminentes que han dado un salto mortal. Este «signor» se bajó de un coche, se enredó, tropezó, se desnucó y falleció instantáneamente. Todo esto en el momento de llegar tranquilamente a su casa, después de hacer en un circo mil piruetas a cual más peligrosa.

La vez en que estuve más cerca de verme—o no verme—, difunto y llorado, fué un día en que decidí dar el gusto a mi esposa en un vuelo con ella y la dije:

—Querida, deja tus quehaceres y vamos a dar una vuelta espléndida por el aire...

—Siempre que no haya piruetas...

—Convenido—respondí con un apretón de manos que sellaba el trato.

Así nos fuimos al aeropuerto de Long Island donde un amigo me prestó su avión, un viejo biplano Waco, con su tanque muy lleno de gasolina y muy listo para lanzarse al aire. Dije a mi esposa que primero lo probaría yo, en un corto vuelo, y que si lo consideraba seguro, subiríamos en él. En esto subí a la cabina y la dije alegremente:

—Vuelvo en seguida, querida.

Y me elevé.

#### UN MOTOR PARADO ATERRA

Me hallaba todavía subiendo lentamente y a unos ciento cincuenta metros de altura, cuando el motor falló y dejó de funcionar. No dejéis que ningún aviador os engañe: esto dá una sensación horrible, espantosa. El zumbido ensordecedor del motor cesa de pronto y nos envuelve un silencio mortal, con el viento susurrando como un suspiro. Este silencio súbito y aterrador se introduce en la cabina como un soplo de muerte y de pronto, dentro de uno mismo, se siente el correr de la sangre, mientras el corazón golpea contra el pecho con violencia tremenda. No hay tiempo para pensar, el pánico nos invade.

Coloqué el avión en posición vertical para dar la vuelta y volver sobre el campo que acababa de dejar y bajábamos veloces, pues tuve que poner la trompa hacia abajo con el fin de planear a velocidad de vuelo. Así, en silencio y como hoja que cae en el viento, me vi rozando casi los alambres del teléfono pasando junto a una carretera y bajando en dirección de uno de los hangares. Mirando hacia abajo en el instante de la colisión, observé que apenas había unos palmos entre las ruedas y el techo. Pero ese día no tuve suerte. Uno de esos vacíos del aire tuvo la ocurrencia de plantarse precisamente sobre el techo, y me estreché contra él, volando todo en estillas para caer a tierra en grandes volteretas. Cuando vinieron por mí me hallaron sentado en medio de los escombros, perfectamente inmóvil.

#### FRACTURA DE LA ESPINA DORSAL

—¿Está usted herido?—me preguntaron.

Yo no sabía si lo estaba o no. No sen-



Todos caminamos hacia la muerte, pero la verdad es que a mí me gustaría morir de vejez...

(Continúa en la página 24)

Voy a contaros un cuento de la gran noche que me refirió un viejo peregrino cansado de recorrer todos los caminos y senderos de este mundo y deseoso únicamente de recostar la cabeza en una piedra y morir olvidado.

Si el cuento es algo sombrío, atribuído a la fatiga y a las muchas desventuras del que me narró esta especie de sueño.

La noche de Navidad de uno de estos últimos años, habéis de saber que Nuestro Señor Jesucristo en persona quiso bajar a la tierra y recorrerla, porque, como nadie ignora si ha leído el texto santo, las delicias de Jesús son morar entre los hijos de los hombres.

Dejó, pues, su trono y su asiento a la diestra del Padre, y ocultando la majestad y belleza de su aspecto bajo forma que no deslumbrase o los ojos mortales y que a veces ni aun fuese visible para ellos, descendió al mundo, deseoso de encontrar piedad, amor y fraternal regocijo. La naturaleza parece asociarse a la solemnidad del día: en el firmamento, claro como una bóveda de cristal, brillan los as-



# JESÚS en la TIERRA

por Emilia Pardo Bazán

tros de oro y de esmeralda pálida, titilando cual una mirada cariñosa; ni corre un soplo de aire, ni una partícula de humedad condensada en figura de nubecilla empaña la magnificencia de la hora nocturna. En el polo, cuando se apoya sobre la helada extensión el pie sagrado de Jesús, enciéndose súbitamente, como para festejarle, una espléndida aurora boreal: reflejos abrasadores, purpúreos y anaranjados, colorean la nieve y arrancan de los enormes témpanos centelleo diamantino. Más ¿qué le importa a Jesús la magia del espectáculo? Lo que él busca es luz de aurora en los corazones; le atraen los fenómenos del alma, no los juegos de un meteoro en las rocas insensibles y en las heladas estepas. Y pasa adelante.

El primer lugar donde encuentra hombres, es una llanura árida, el fondo de un valle que altas montañas limitan y coronan. Hombres, sí, cubren el suelo, apretados como la mies cuando la tumba la guadaña del segador; pero hombres inmóviles, yertos, crispados, en posiciones violentas; y en sus rostros lívidos vueltos hacia el cielo resplandeciente de dulce claridad estelar, en sus ojos abiertos y sin mirada, una expresión de rabia o de espanto persiste, a despecho de la muerte... Porque son cadáveres los que cubren la llanura, y la llanura es un campo de batalla. Jesús, pensativo, los contempla breves instantes. En los pechos abiertos, las heridas bermejas parecen bocas; en las frentes destrozadas, los negros coágulos de sangre mariposas fúnebres, de esa horrible especie llamada Atropos, que lleva sobre el corselete la figura de una calavera. Algunos de los hombres que yacen en la llanura respiran todavía: prestando oído, se percibe su ronco estertor agónico. Una mujer anciana, deshecha en llanto, amparando con la mano trémula lucecilla, cruza inclinándose para ver los rostros: busca tal vez a su hijo entre los muertos. Un caballo

sin jinete pasa, olfateando la carnicería y huyendo enloquecido... Y Jesús sigue: se aleja.

Entra en una ciudad populosa. Por las calles circula gente alborozada, gozando la deliciosa templanza de una noche tan apacible como las primaverales. Voces vivas, entonan cantos desafinados; las guitarras acompañan con su rasgueo procaz coplas equivocadas; las panderetas repican insensatamente, y discordes sonidos de rabeles, zambombas, chicharras, carracas de metal, se enzarzan en el aire cual brujas volando el sábado. La multitud, desparramándose por las calles, se arremolina ante los cafés atestados, sofocantes de calor; a veces un grupo se cuele por la puerta de alguna hedionda taberna, de donde salen pateos, algazara, blasfemias y vaho de aguardiente.

Ante una de estas innobles guaridas se para el Nazareno. Ve allá en el fondo un grupo alrededor de una mesa: dos hombres y una mujer. Ella da cuerda a entrambos; los provoca, los enreda; ellos beber copa tras copa y disputan. El uno arroja un vaso a la cara del otro; el vaso se hace pedazos, el hombre se incorpora charreando heces de vino mezcladas con sangre. Los demás bebedores intervienen, amonestan al sano, aplacan al herido, le enjugan la faz, bromean, obligan a los adversarios a reconciliarse, les incitan a que se abracen riendo; el sano tiende los brazos, con cordialidad y sin recelo alguno; el herido desliza en el bolsillo la mano abierta; corta el relámpago de una navaja; y cae un hombre con el pulmón partido.

Jesús se desvía, sigue andando, y ve un portal grandioso, iluminado, sostenido en columnas de rojo mármol con capiteles de bronce. Sube la escalera, que reviste densa alfombra y decoran nobles tapices de batallas y cacerías, y penetra en una proporciones, donde hacen la guardia criados de calzón corto y armaduras ecues-

tres auténticas. La antecámara da acceso a un saloncito sin muebles, alumbrado por centenares de globos eléctricos, y en el fondo del saloncito, bajo celajes de tul fino batidos como espuma, aparece un encantador Belén, un Nacimiento para niños millonarios, obra de arte más que de ingenua devoción. Al través de los campos y los oteros imitados con musgo y piedra pómez salpicados de palmeritas enanas y de sicomoros gentiles y diminutos, se deslizan murmurando riachuelos naturales, que, sin duda, algún ingenioso mecanismo hidráulico hace correr. De los montes de piedra pómez en cuyas cimas reluciente polvo blanco remeda la nieve, desciende el torrente Cedrón, y del césped verdadero de los jardines se lanzan y se pulverizan en el aire enhiestos surtidores. Un lago en miniatura refleja en su cristalino seno las torres de Jerusalén, el circuito de sus murallas, las cúpulas del templo y los apretados olivos del huerto de Getsemani, que trepan por la ladera. Los mil pintorescos detalles de los Nacimientos no faltan en éste, sólo que las figuras perfectamente modeladas, son muñecos primorosos, y desde el grupo de pastores que se arrodilla como en éxtasis, hasta los Reyes Magos que, caballeros en sus dromedarios, asoman por una garganta salvaje, todo revela la mano de hábil escultor. El prodigio es la gruta; hecha de cristales de roca menudísimos y cristalizaciones de amatista, se irisa con múltiples cambiantes al herirlas la luz del foco eléctrico en forma de estrella, que, suspendido de un hilo de perlas, oscila a gran altura. Y en la gruta deslumbradora, entre un asno y un buey de plata cincelada, la Virgen, de oro, vela al Niño, de oro y esmalte también, con la cabecita de madreperla. Para ostentar dignamente aquel grupo, joya de la orfebrería florentina del Renacimiento, tal vez de Benvenuto Cellini, aquellas efigies en que la riqueza de la materia compite con lo ines-

timable de la ejecución, se ha armado, sin género de duda, el Belén suntuoso, y han corrido los torrentes y las cascadas bajos las palmeras y los olivos. Lo extraño era que no hubiese nadie, nadie absolutamente, en el salón; nadie para admirar tal maravilla, nadie para acompañar al niño Jesús de oro y piedras, a fin de que no se helase en su gruta de cristalizaciones, entre los reflejos violáceos de amatista y los destellos multicolores de la diáfana roca. Y sin embargo, el palacio no debía de estar desierto, sino al contrario, lleno de gente: se notaba en la atmósfera esa vibración, esos efluvios tibios que sólo produce el aliento de muchos hombres y mujeres reunidos para una fiesta. Del fondo de una galería llegaba a veces prolongado murmullo, las rotas cadencias de una música alada y sensual, el gorjeo de las risas. Jesús adelantó y se encontró en la galería, bello jardín de invierno, decorado por gigantescas plantas y árboles de remotos climas, gomeros y lantanas de enormes hojas, cicas y pandanos de complicada estructura semejantes a pagodas y obeliscos de porcelana verde. Espartidas por el jardín se veían las mesas donde cenaban alegres grupos, mujeres engalanadas, acribilladas de pedrería, hombres que ostentaban sobre la solapa de raso de su frac grana gardenias ya mustias por el calor. La orquesta de cuerda, oculta en un kiosco árabe que revestían floridas enredaderas, acompañaba suavemente el rumor de las conversaciones y de las cajadas melodiosas, el ticliteo de las transparentes copas que el champán orlaba de espuma, y el levísimo choque de los platos, que la destreza de los criados amortiguaba lo posible. Era una lujosa cena de Navidad. Jesús retrocedió, volvió al salón de Nacimiento, donde se vió otra vez en el establo, Niño y solo. El roce de unos pasos sobre el pavimento de incrustaciones de madera se dejó oír, y una mujer, una jovencilla, de ojos azules, de blanco traje

... apenas escotado, penetró en el saloncito, se acercó a la derecha al Belén, y envió una tierna mirada a Niño, que contempló despacio el amor. Después, como el que tiene que escapar una escapatoria, volvió precipitadamente a la galería, donde tal vez la esperaba de menos. Era la hija del dueño de la casa. El niño de oro ya no sentía frío, y Jesús, extendiendo la mano, le dio a la doncellita, la única que se acordaba del Misterio...

Salió del palacio sin volver atrás la vista y alejóse del pueblo, de la gran ciudad y fangosa, como se había alejado del siniestro y sangriento campo de batalla. Un cambio repentino en la atmósfera presagiaba temporal; nubarrones oscuros como plomo corrían por el cielo; ráfagas de cierzo glacial azotaban los árboles, y se oía el mugir pavoroso del mar rompiéndose contra los escollos. Allí se encontró en una aldea de pescadores, misero grupo de chozas, colgado de nido de gaviotas en una escarpadura de la costa salvaje. A pesar de la luz bastante avanzada para gente que quiere economizar luz, nadie duerme en la aldea; ábrense de golpe las puertas de las cabañas, y hombres y mujeres, provistos de faroles encendidos y de largas perlas, de bicheros, de cesto y de sacos, se precipitan en tropel hacia la playa, desprecando el viento que las azota el rostro y la lluvia que empieza a caer sacudida por las rachas furiosas del huracán. Imponente aspecto el del océano: olas gigantes, con cresta de espuma, se encrescan descubriendo abismos, y el sulfuroso rayo de un relámpago alumbraba en el fondo de la sima a una embarcación que corre sin rumbo. Los ribereños alzan las voces, las hacen brillar, y el barco, que en las olas cree distinguir la salvación, el puerto amigo, maniobra hacia la costa, y precipitándose, va a chocar contra el bajío, donde se clava despedazado. Los naufragos, que a la luz de otro relámpago habían podido verse sobre el puente, en acordes de terror y desesperación, se arrojan al agua asidos a tablas, agarrados a cuerdas, montados sobre barriles; y luchando con la monstruosas olas que los arrastran y los zapatean contra el peñascal, nadan desesperadamente para alcanzar la playa, en que brillan y corren las olas, en que ven agitarse seres humanos. Y entonces se verifica algo espantoso: los que en la playa esperan a los naufragos, al verlos llegar moribundos, con las pértigas, con los bicheros, con los palos, con cuchillos, los rechazan hacia el agua otra vez; pero antes les despojan de la cintura de cuero en que salvaban oro y papeles, de la cartera que se ataron bajo el sobaco al comprender el peligro, de la ropa, de cuanto poseen; y por si las olas tardasen en hacer su oficio, aturden a los infelices de un golpe en la cabeza, y así los arrojan al piélagos, burlados ya. Y danzando de júbilo o gruñendo como canes por el reparto del botín, esperan la madrugada al pie de los escollos, para recoger los despojos del buque que el mar escupirá bien pronto, aprovecharse de la feliz albana, y celebrar después, con grosero y copioso banquete el día de la Navidad del Señor...

El Redentor ha huido de la playa: sus ojos están nublados, su alma triste hasta la muerte, según estaba cuando sudó sangre en Getsemaní. Y su corazón, abrasado de caridad como nunca, insaciable en amar a los hombres, siente las espinas de la corona que se le clavan, agudas e inextinguibles. ¡Para esta raza había nacido en el establo y había muerto en la cruz! Entrando en una de las cabañas que los pescadores dejaron desiertas al salir a su

### CAMINO DE SING SING Y UNA CONDENA DE 139 AÑOS

Sentenciado a 139 años de prisión por el triple asesinato de Verónica Gedeon, su madre Maria y el inquilino Frank Byrnes, Robert Irwin —izquierda— se ríe a carcajadas mientras esposado a un detective, se le conduce al tren que lo llevará a Sing Sing.



CIENTO treinta y nueve años en Sing Sing, es la condena que le fué impuesta a Robert Irwing, el escultor loco que en la madrugada de Pascuas de Resurrección de 1937, asesinó a la bella modelo Verónica Gedeon a su madre Maria y a Frank Byrnes, un ciudadano inglés que residía en la misma casa. El crimen, descubierto por Joseph Gedeon,—padre y marido de las muertas—cuando acudió a la tarde siguiente a la comida familiar a qué había sido invitado—vivía separado de las mujeres—causó gran consternación en toda América y los periódicos, durante días, semanas, y meses, dedicaron una publicidad extremada.

Al fin se supo que el matador había sido Robert Irwin, un escultor que había estado recluido en un manicomio y que había vivido una temporada con los Gedeon. Cuando fué detenido en Chicago,—tras larga búsqueda, el mismo se entregó a las autoridades—hizo una completa y detallada confesión del crimen añadiendo que no había intentado matar sino a Esthel Kudner, hermana de Verónica, de quien vivía enamorado.

El inspector de la policía, John A. Lyons, dijo a raíz de la captura de Irwind: «A este hombre no se le podrá condenar nunca. No pagará en la silla eléctrica su terrible crimen. Ya no se trata de un caso criminal, sino de la irresponsabilidad de un loco...»

De la defensa de Irwind, hijo de un pastor protestante, se encargó el célebre criminalista San Leibowitsh. Y se anticipaba que no le sería difícil lograr la libertad de su defendido, toda vez que las pruebas de la locura del criminal iban apareciendo por todas partes: así se publicó que en una ocasión quería someterse a una operación que lo privara de la virilidad, para no tener que sufrir lo que él estimaba imposiciones del sexo.

Por regla general, los juicios de los

horrible pesca de naufragos, divisa, en un rincón, cerca del fuego, un niño arrodillado. Al verse tan solo, el rapaz ha tenido miedo, se ha acercado al hogar buscando abrigo, y reza buscando amparo y protección. Jesús le toma en brazos, le besa, le acuesta, le pone la mano en los ojos y le deja tranquilamente dormido,

## El Epílogo del Drama de un Domingo de Pascuas

CONDENADO A 139 AÑOS DE PRISION, EL ESCULTOR LOCO ROBERT IRWING, MATADOR DE LA MODELO VERONICA GEDEON, DE SU MADRE Y DE UN BORDANTE, ES RECLUIDO EN LA TETRICA PRISION DE SING SING, DONDE PASARA EL RESTO DE SUS DIAS.—EL CELEBRE DEFENSOR DE IRWING HIZO QUE SE DECLARARA CULPABLE, EVITANDO EL JUICIO EN QUE EL JURADO PODIA ENVIARLO A LA SILLA ELECTRICA O DARLE

### LA LIBERTAD

criminales importantes, se realizan en Nueva York con rapidez sorprendente. Es el propósito de llevar a los asesinos a la silla eléctrica lo más pronto posible. Sin embargo, el juicio de Irwind comenzó a celebrarse al año y medio de realizado el delito, y ello en unas circunstancias que aseguraban que los tecnicismos de la ley no habían de someter a la comunidad al peligro de un loco suelto.

De haberse continuado el juicio, a Leibowitsh no le hubiera sido difícil llevar al jurado la convicción de que se les habían con un loco, por un hombre que había matado a tres personas pasando por ese estado de irresponsabilidad que no pena la ley. Pero entonces, había un peligro: ¿Y si un día se declarara a Irwin sano,—al menos, transitoriamente—en condición de volver al seno de la so-

ciudad donde pudiera cometer nuevos delitos...?

Si Irwind hubiera estado en su juicio al cometer el triple asesinato, la silla eléctrica hubiera sido poco castigo para él. Pero no lo estaba y como no se quería tampoco declararlo loco—un loco que se podía curar,—su abogado le aconsejó que se reconociera culpable, ya que de ese modo se evitaba el juicio y el fallo del jurado que podía enviarlo a la silla eléctrica o dejarlo en libertad.

Como resultado de esas declaraciones de culpabilidad, el juez le impuso tres sentencias una por cada asesinato que elevaron la pena hasta 139 años. De esa manera, las autoridades están ciertas de que ese hombrecillo que pesa cien libras y se reía a carcajadas cuando esposado a un detective era conducido a Sing Sing, morirá en la prisión. Por cierto, los médicos anticipan que su «demencia precoz», seguirá la trayectoria natural hacia la tuberculosis, y que no pasará a media docena de años antes de que Irwind vaya a darle cuenta al Creador de sus actos. (Si es que los locos del mundo son llamados ante el tribunal de Dios).

## Cuando a Austin...

(Continuación de la página 21)

tía nada. Traté de levantarme, pero no pude.

—No puedo moverme—dije. —Algo me impide moverme.

Todos tenían miedo de acercarse a mí temerosos de que se desprendiera cualquier pedazo del avión, cuyos restos parecían juntos por milagro.

Comencé a perder el sentido. No me desmayaba del todo, sólo experimentaba cortos lapsos de inconsciencia, como si el mundo y mi vida estuvieran parpadeando.

—Algo debe detenerme aquí—pensé—por eso no puedo moverme.

Peró después el médico declaró que me había fractura la espina dorsal.

Tuve en el hospital un descanso muy largo y al fin salí perfectamente bien, pero durante mucho tiempo tuve miedo. Primero, tenía miedo de morir. Después temí no volver a caminar, pero todo sanó a perfección y pronto volví a las andadas para derribar una montaña de deudas que se acumularon durante mi estancia en el hospital.

### BATALLA AEREA CON VELAS ROMANAS

Recuerdo bien la primera tarea que tuve que realizar después del accidente. Fué en la playa Art, lugar de recreo cerca de Long Beach y fui contratado para dar una exhibición nocturna de aerobacia coronando el espectáculo con dos hombres descendiendo en paracaídas, descenso adornado con un combate entre los dos disparándose con velas romanas mientras bajábamos. Advertí al compañero que había de hacer de adversario, no disparar su vela romana sobre el paracaídas.

—Dispara hacia mis pies o por debajo de ellos—le dije. —Así ninguno de los dos tendrá que arrepentirse mañana.

Todo fué muy bien hasta el momento del combate. La muchedumbre gozó de grandes emociones al ver el avión describiendo volteretas a la luz de los proyectores, perdiéndose en la oscuridad para relucir de nuevo bajando o subiendo en la imaginaria batalla aérea y después los dos hombres nos lanzamos de la cabina, cada uno con su paracaídas, bajando en la luz cegadora de los proyectores.

Bajamos armados de velas romanas y no teníamos más que arrancar el capillo de encendido y dejar que las bolas de fuego salieran lanzadas al espacio. Nunca he podido comprender qué ocurrió en el cerebro de mi compañero, si es que lo tenía. El hecho es que desde que lanzó su primera bola de fuego hacia mí nunca más nos hemos hablado. Esa primera bola pasó junto a mi cara, zumbando; después otra zumbó muy cerca de mi oído. Le grité que anduviera con cuidado, que en qué pensaba. Una tercera bola luminosa pasó aún más cerca de mí.

### EL PARACAIDAS INCENDIADO

En la luz cegadora de los proyectores dirigidos desde abajo hacia nosotros yo no podía ver nada y tuve que esperar varios segundos de agonía antes de verme envuelto en la oscuridad. Lo que vi entonces hizo que el corazón me saltara a la garganta, ahogándome y provocándome un temblor general de miedo, porque lo que vi fué una luminosidad en la seda seca del paracaídas. Las chispas habían hecho su efecto, dos, tres puntos de fuego en la comba de seda devorando vorazmente lo que me sostenía con vida en el espacio. Sólo tuve tiempo de



De aquella aventura salí con la espalda deshecha. Y mis compañeros todavía lo echaron a broma y pusieron el cartelito de «¡Vuele! \$1.00».

pensar, decidir y proceder, todo a la vez. Levanté el brazo y agarré un puñado de las cuerdas cerrando con ello la mitad del paracaídas, y comencé a bajar como una roca en el vacío. Ahora, la mitad de un paracaídas no vale lo que uno entero, ni mucho menos, y bajé, alejándome de aquel idiota y sus malvadas bolas de fuego, a razón de dos y medio kilómetros por minuto. Entonces, sólo a unos sesenta metros del suelo, solté las cuerdas y el paracaídas se abrió de nuevo detonando. Pero el daño causado por las chispas se había extendido y el viento pasaba silbando por los agujeros. Cuando toqué tierra sentí una sacudida tal que los dientes parecieron clavarse dentro de las encías y como si la tierra entera hubiera temblado.

Fueron necesarios varios minutos para comprender que estaba vivo y que ya no bajaba bajo una lluvia de bolas de fuego y cuando volví de nuevo a mis cabales, el socio había ya aterrizado y venía corriendo hacia mí. Cuando lo vi perdí la cabeza; estaba todavía lleno de sobresalto, mis nervios estaban de punta a causa de aquel viaje ultra rápido, y le propiné un puñetazo en la quijada, al mismo tiempo que de palabra le dije cuantas lindezas pude recordar.

### UNA BROMA QUE CUESTA CARA

Cayó sobre una rodilla, lleno de sorpresa.

—¡Qué! ¿No puedes soportar una broma?—preguntó.

—¡Claro! ¿por qué no? ¡Aquí va una para tí! —Con esto me lancé sobre él. Era de mayores proporciones que yo y quizá en cualquiera otra ocasión habría podido vencerme con facilidad, pero yo estaba ciego de cólera y él no sabía de su sorpresa y cuando nos separaron le había propinado tantos golpes que yo me sentía muy aliviado. Nunca le he vuelto a ver ni tengo el menor deseo.

Hay ocasiones, como en la que apenas había unos palmos entre las ruedas de

avión y el techo del hangar, en que un accidente es sólo cuestión de mala suerte, pura mala suerte; pero hay otras en que el accidente se debe nada más que a idiotez. Todos somos idiotas de vez en cuando, por ejemplo, cuando vemos una chispa en el aire o en los ojos de una mujer y la vida nos parece linda y sacamos el pecho sintiéndonos llenos de algo muy grande e indefinible y de la idea de que algo ha de suceder... y en efecto sucede.

Hallábame un día en el aeropuerto de Jamaica cuando un joven a quien llamábamos Lindy (precisamente porque no sabía volar bien) se presentó con su novia y me dijo que querían hacer un vuelo.

Los tres subimos a un biplano Eagle-rock, de tres asientos, y yo me senté atrás con la muchacha, que estaba llena de animación. Los ojos parecían quererles salir de las órbitas, su cara estaba roja y sus dientes brillaban entre sus labios entreabiertos. Se inclinó a mi oído y me dijo:

—¡Esta es la primera vez que vuelo!

### UN PASEO A PIE EN EL AIRE

A poco me vino la idea de hacer alguna travesura y la dije cuando estábamos a unos cuatrocientos cincuenta metros de altura:

—Vamos a dar un paseo por la terraza.

Y le señalé el ala, en la que había notado un ancho larguero, que me sugirió la idea. La joven me miró riendo y moviendo negativamente la cabeza. Seguramente pensó que yo me chanceaba, pero cuando uno quiere hacer espavientos ante una muchacha bonita no vacila. Le añadí:

—¡Usted no querrá estirar las piernas, pero yo sí!

Yo no llevaba paracaídas, motivo por el que tal vez fué la ocasión es para mí histórica, ya que fué la última vez que me

elevé sin llevar uno. El caso es que así diciendo salí al ala y comencé a pararme de manos y de cabeza. Me divertía enormemente. La muchacha parecía asustada, aterrada, y Lindy, cuando me miró ¡oh! casi se traga la lengua. No sé si temió que yo dañara el ala o que hiciera algo que provocara un desastre. Lo que hice fué incorporarse en la cabina, hacerme una seña con la mano y decirme algo que no pude entender.

En ese momento vimos otro avión que venía hacia nosotros y el piloto nos hacía señas de que bajáramos. Más tarde supimos que se trataba de un agente del Departamento de Comercio, furioso porque yo estaba sobre el ala sin un paracaídas. Pero en aquellos momentos ni Lindy ni yo sabíamos de quién se trataba y Lindy, que no sabía cual otra locura podía ocurrírseme, y pensando en que en el otro avión estaba alguno de mis mismos locos amigos que se elevó para divertirse con nosotros haciendo cabriolas, creyó ver venir lo peor, se llenó de pánico y acabó por apagar el motor.

### ATERORIZAJE SIN MOTOR

Yo estaba de pie en el ala en aquel momento y al inclinarse súbitamente el avión en un ángulo de setenta grados, por fortuna fuí lanzado hacia delante contra los alambres del fuselaje y de ellos me agarré, demasiado asustado para siquiera blasfemar. En un instante una simple travesura se había transformado en intenso drama, en cuestión de vida o muerte, lo mismo que si el telón se hubiera bajado de pronto sobre una comedia para presentar una tragedia. La muchacha miraba con ojos espantados hacia delante, con la boca enteramente abierta, en aterradora expresión de horror. Y el joven, Lindy, permanecía sentado en la cabina, inmóvil, lívido, con la lengua colgando fuera de los labios.

—¡Hijo—pensé si has de hacer algo ties que hacerlo al instante, pues eres el

(Continúa en la página 26)

# Los OJOS del Obelisco

**M**ANOLO García Hernández nos hace un anuncio escueto de una cosa importante. Como al descuido, en una línea final de su carta, agrega: «En estos días sale «Los Ojos del Obelisco». ¿Qué es esto de los ojos del Obelisco? ¿Una ocurrencia, nada más que una ocurrencia? Absolutamente. Es una cosa extraordinaria en la vida de un escritor. Es el libro de presentación en el caso de Manolo García Hernández, es el título que le dará el resultado de su prueba. La condensación de esperanzas largamente trabajadas en el corazón, que se materializa, que gana lugar en el ambiente literario del país. Ya ve el lector hasta dónde es serio este anuncio y con qué sencillez candorosa nos lo entrega Manolo García Hernández.

Queda dicho, pues: en estos días aparecerá el primer libro de un escritor que ha madurado la voluntad en una larga jornada de trabajo afanoso en las letras argentinas y extranjeras. Si nosotros no contáramos con la colaboración semanal del escritor para las páginas de «Orientación», tendríamos la obligación de narrar pormenores sobre las condiciones excepcionales de este cronista que es más ilustrado que ilustre. Llevamos la ventaja de que el mundillo de lectores a quienes estamos dirigiéndonos, han ganado la delantera en el juicio y saben tanto como nosotros de él. Sin embargo, «Los Ojos del Obelisco» es un libro cuyos originales conocemos, por haberlos tenido apretados acá, entre una piedra y el corazón, sin poder hacer de ellos lo que nos propusimos, y esta situación nos permite adelantar palabras a su respecto. Las palabras que determinarán el anticipado elogio que corresponde al libro de un cronista, de un literato, que ha merecido el halago de las grandes publicaciones del Continente y la reproducción de sus páginas por centenares de periódicos, al extremo de que le han hecho el colaborador de todo el mundo que ignora estar presente en públicos múltiples.

El escritor que anuncia «Los Ojos del Obelisco» es de los que trabajan sin esfuerzo. Escribe naturalmente, cosas que conoce. Por eso su estilo, de una agilidad elegante, se deja gustar como los ojos suaves y de mirar tranquilo de la mujer que con su mirada nos ha dicho que nos quiere... Ahora nos ocurrirá que la espera se nos hará una inquietud agradable. Recibiremos la correspondencia con esa curiosidad con que se espera la carta que por ser grata parece que demora más, y el cartero que nos la entregue se llevará constancia de nuestra pena si no ha puesto en su entrega el legajo que contenga las bellas páginas de «Los Ojos del Obelisco».



ASI COMO EL BUEN DIRECTOR DE ORQUESTA CONOCE CON LOS OJOS CERRADOS, CUANDO ALGUIEN HA DADO UNA NOTA FALSA,

*Así también, quién conoce lo bueno a ciegas usa*

# Dentol

Fabricado según los trabajos de Pasteur, el DENTOL destruye todos los microbios nocivos de la boca y en pocos días dá a los dientes una blancura resplandeciente.

**AHORA:**

Tubo media no \$0.20  
Tubo grande \$0.40



Representantes Exclusivos

**Apartado 2143**  
Habana.

El ocurrente título de este libro es una mera ocurrencia. Es una intención. Rodó llamó a su libro «El mirador de Próspero»; Manolo García Hernández ha subido el suyo unos escalones más alto; pasó el mirador. Desde el obelisco pue-

de dominarse Buenos Aires. Puede verse lejos. Desde esa cumbre, este escritor puede mirar lejos y ver hondo.

Queda dicho el acontecimiento que esperamos. Desde hoy, que lo sepa Manolo García Hernández por mí, su responsa-

bilidad aumenta considerablemente frente al público. El bautizo literario es cosa tremenda cuando el concepto del hombre que escribe se siente la gravitación de la responsabilidad moral de lo que enseña.



# MILAGROS Y BEATIFICACION DE LA MADRE CABRINI

La primera ciudadana norteamericana beatífica, necesita ahora realizar otros dos milagros para que se la lleve al santoral. — El día que nació, una bandada de palomas blancas pasó sobre su casa y una de las aves vino a la mano de su padre.—El genio organizador de la Madre Cabrini, que una vez atravesó en burro los Andes.

**E**L día 15 de julio de 1850, el agricultor italiano Agostino Cabrini, residente de la pequeña localidad de San Angelo Lodigiano, vió cómo una bandada de palomas blancas se posaba sobre su pequeña, humilde y campesina casa. Trató de ahuyentarlas pero una de ellas en vez de irse le vino a la mano y se dejó coger. Al entrar en su casa con la palomita, su mujer dió a luz una niña de

**UNA RELIQUIA DE LA MADRE CABRINI, LLEVADA A LA TIERRA DE SU NACIMIENTO**  
En esta solemne procesión, en la que tomaron parte altos dignatarios de la Iglesia, la reliquia de la Madre Cabrini—un pequeño hueso—llega al pueblo de San Angelo Lodigiano, Italia, donde nació. La Madre Cabrini acaba de ser beatificada.



la que el mundo había de hablar algún día, nada menos que la santa—o camino de ello—Madre Cabrini.

María Francesca Cabrini, trabajó once años, ya una mujer, como maestra y enfermera religiosa. Y como era demasiado débil y frágil para ingresar en cualquiera de las órdenes religiosas existentes,

en 1880 creó su propia orden, la de las Hermanas Misioneras del Corazón de Jesús. La orden progresó debido al genio organizador de la Madre Cabrini. Sus viajes al extranjero fueron frecuentes y así atravesó el Atlántico veintitrés veces y cruzó las altas cimas de los Andes montada en un burro. Construyó 67 institu-

ciones—hospitales, noviciados, orfanatos, escuelas—la mayor parte de ellos en los Estados Unidos donde murió en 1917.

Había residido en Norteamérica desde 1889, fecha en que el Papa León XIII la había escogido para que fuera al Nuevo Mundo a velar por la conducta y religiosidad de los muchos millares de inmigrantes italianos que cada año abandonaban las costas de la patria rumbo a la gran nación del Norte. Y como estimó que su labor la podía realizar mejor adoptando la ciudadanía norteamericana, así lo hizo. Ello fué causa de que sus nuevos compatriotas sajones, hayan podido echar al vuelo las campanas de su júbilo, al ser beatificada por primera vez una mujer que en vida fuera ciudadana yanqui.

La beatificación es el segundo de los tres pasos que conducen a la santidad. El primero de esos pasos fué decretado en octubre del año pasado, cuando la Madre Cabrini fué hecha «Venerable». Tal grado había sido ya conquistada por otra norteamericana, la Madre Elizabeth Seton, fundadora de la orden de Hermanas de la Caridad, muerta en 1821.

El testimonio de dos personas, presentes en la solemne ceremonia de la beatificación, fué el que le valió a la Madre Cabrini la segunda de las etapas que la llevará al santoral. Fueron ellos el muchacho de 17 años, Peter Smith, nativo de Nueva York, y la Hermana Delfina Grazioli, de Seattle. Cuando Peter llevaba solamente unas semanas de nacido, se quedó ciego al serle lavados los ojos con un antiséptico muy fuerte y se enfermó, además, de pulmonía. Pero se le prendió a las ropas una reliquia de la Madre Cabrini y a los pocos días había recobrado la vista y vencido la enfermedad.

La Hermana Delfina se encontraba moribunda en un hospital de Seattle y ya se le había administrado la extremaunción en 1929, cuando se le apareció la Madre Cabrini. Inmediatamente comenzó a mejorar y le desapareció la que se creía incurable enfermedad del estómago, que la había puesto al borde de la sepultura. El reconocimiento de esos dos milagros por la Congregación de Ritos del Vaticano, trajeron como consecuencia la beatificación de la Madre Cabrini.

Si ahora, después de la beatificación, la Madre Cabrini realiza otros dos milagros que puedan ser autenticados, se la canonizará. Entonces será la primera santa norteamericana de que se tienen noticias.

## Cuando a Austin...

(Continuación de la página 24)

único que puedes salvarnos a los tres!

El aterrizaje sin motor no es nada fácil para un aficionado, y por lo tocante a mi seguridad tenía que ser perfecto en tres puntos, pues de todos modos el sostenerme en el ala requeriría un esfuerzo tremendo, aun cuando todo saliera a perfección, y de haber cualquier cabriola al bajar, mi destino estaba cumplido. Pero Lindy tuvo éxito en los tres puntos y cuando el avión aterrizó, salí lanzado hacia arriba y creí que atravesaría el ala superior, pero seguí asido de los alambres, y casi me arranqué los brazos. Sin embargo, no solté y me hice profundas cortadas en las manos. La muchacha no quiso ni mirarme y pasaron dos semanas antes de que Lindy me saludara otra vez.

La primera vez que salí maltrecho ejecutando una de mis labores fué en Maine, en los días en que acostumbraba lanzarme desde la barquilla de un globo en un gran paracaídas de tela blanca, azul y roja. Justamente en el momento en que grité a la dotación de tierra que soltaran el globo, en el terreno de la feria, vino una ráfaga de viento, poderosa como un huracán, ladeó al globo que se elevaba y lo arrastró furiosamente sobre los campos, chocando la barquilla conmigo adentro contra las piedras, la tierra y cuanto obstáculo se oponía a nuestro artollador paso. El globo se rajó en la parte inferior. Yo esperaba que no se rajase o que de rajarse fuera lo suficiente para que no se elevara en absoluto. Pero la suerte quiso que no se rajara lo suficiente y al espacio fui dando locas bandadas a cada golpe de viento. Me sentía como colgado de la nada con sólo las uñas. Sin embargo, no me quedó más remedio que sentarme a esperar que se elevara lo suficiente para lanzarme en mi vistoso paracaídas blanco, azul y rojo. Después de un rato que fué una eternidad, que pasé orando y esperando vivir salté fuera de la barquilla como quien da el postrer adiós a un acreedor persis-

tente, feliz de marcharme.

### UN LECHO DE ROSAS

Era un día brillante, lleno de sol. El aire relumbraba y después de abrirse mi gran saco tricolor, miré hacia abajo y ví que aterrizaría en un charco. La cosa no tenía importancia, pues ya en otras ocasiones había caído en el agua. El procedimiento para estos casos es desprenderse el correaje del paracaídas y colgarse de él con las manos hasta que se está a poca altura sobre el agua, para dejarse caer sin enredarse en las cuerdas y el inmenso sudario de seda, y nadar tranquilamente a tierra. Ya me había quitado el correaje y colgaba como un mono de un trapecio cuando al mirar otra vez hacia abajo para calcular a qué distancia estaba de la superficie, noté que lo que había tomado por charco no era otra cosa que un invernadero, cuyos vidrios, heridos por el sol daban desde arriba el efecto de agua.

Ya era demasiado tarde para cambiar de rumbo y lo que hice fué seguir colgando hasta chocar formando una aterradora confusión de vidrios y caer sobre un lecho de rosas. Cuando me pude levantar y quitarme todos los escombros que tenía encima, en todo mi cuerpo no había prácticamente un solo pedacito de carne que no tuviera espinas y astillas de vidrio.

Un ápice de negligencia puede ocasionar también graves dificultades. Un domingo, no hace mucho tiempo, Bob Galloway, uno de los mejores pilotos de transporte que he conocido, me dijo que ese día tenía libre un avión de catorce pasajeros, de tres motores, y que podríamos ganarnos buen dinero llevando a la gente del campo en paseos aéreos, a peso y medio por cabeza.

—Muy bien—le contesté—iremos primero a New City y si ahí no hay quien quiera volar, vamos a Caldwell, después a Teeterborough y al aeropuerto de Holmes. Para entonces tendremos bastante gente.

### ATERRIZAJE EN UN SELLO DE CORREOS

Nos buscamos un par de sujetos para que anunciaran los vuelos y vendieran

los boletos y nos dirigimos a New City. En el camino tratamos de avisar, volando muy bajo, a cuanta gente encontrábamos. Cuando llegamos al aeropuerto descubrimos lo que a mí se me había pasado por alto, o sea, que el campo era demasiado pequeño y que ningún avión grande podía aterrizar en él. Sin embargo, no podíamos desperdiciar tantos preparativos y Bob dijo que trataría de aterrizar.

Volamos muy bajo, por sobre los árboles, y quisimos bajar más, pero a poco vimos la imposibilidad y nos elevamos de nuevo, alejándonos del campo y dirigiéndonos a los bosques. Bob subía veloz.

—Trata de entrar al campo por el otro lado—le dije. Entremos contra el viento.

Pero tampoco pudimos hacer nada y entonces pensé que de aterrizar realmente, no tendríamos medios de salir. Pero Bob movió la cabeza diciéndome que ahora no se trataba de hacer negocio, sino que era cuestión de orgullo personal, de honor.

—¡Firmes, muchachos!—grité yo en la tercera tentativa entrando al campo arrancando las hojas de los árboles. No obstante, las ruedas tocaron efectivamente el suelo del aeropuerto de New City, pero apenas lo tocaron salieron disparadas por el campo, como conejos, hasta perderse en una hendidura del terreno. Más allá, el terreno subía en fuerte pendiente hasta una colina en la que descansaba tranquilamente un granero.

Los frenos en aquella circunstancia, no valían nada, y Bob lo sabía, y tan lo sabía que aceleró cuanto pudo los tres motores, dió una vuelta brusca al volante y nos elevamos verticalmente. Yo cerré los ojos, no queriendo ver más. Oí un ligero y alarmante choque al arrancar una de las tejas del granero e inmediatamente un ruido aterrador de hojarasca y de ramas, al pasar por las copas de los árboles. Después estábamos en el aire.

Ambos permanecemos en silencio. Transcurrido largo rato, Bob preguntó:

¿En qué dirección está Caldwell?

—Mejor es que volvamos a casa—repliqué yo débilmente.

# EPISODIOS ALEGRES DE SALZBURG

Un puerto activo a centenares de kilómetros del mar.—Aguace-  
ros "de sorpresa".—Cerveza excelente por millones de litros.  
Grandes beneficios de una publicidad ingeniosa.—La música  
como lazo de unión entre los pueblos.

Por BOB DAVIS

pacios abiertos para otros tantos.

Desde la calle hasta la terraza superior hay que subir una altura de siete pisos, para dominar desde allí un espectáculo de grandeza sublime. La animación natural del lugar se realza con bellas camareras austriacas, para proveer el líquido ambarino a los secos paladares están obligadas a subir la pendiente donde están las terrazas, con agilidad de gacelas. Los clientes que prefieren traer su propio pan, queso y salchichas y comprar solamente la cerveza en la cervecería, son libres de hacerlo así, aunque la gran casa sirve también excelentes comidas.

Es verdaderamente asombroso el río de cerveza que sube por la pendiente de las terrazas cuando están compleamente llenas y la noche baja como manto de terciopelo desde un cielo estrellado. Este cuadro puede forjarse con la imaginación.

Ahora, sucede de vez en cuando en esta región de los altos Alpes, que de

modo totalmente inesperado y mucho menos deseado, un fuente aguacero se derrama sobre la región de Salzberg, cayendo copiosamente sobre sus festivos habitantes. El espectáculo de uno de estos aguaceros inopinados cayendo sin aviso previo sobre las terrazas, es algo inolvidable y emocionante, pues de setecientas a mil personas llenas de alegría, convertidas de pronto en Niágara humano, riendo y chapoteando se lanzan hacia abajo de terraza en terraza, azotadas por el diluvio. Igualmente sorprendente es la rapidez con que una multitud seca y ordenada que se lanza en busca de abrigo, puede convertirse en una chusma chorreando agua. Al despejarse de nuevo el cielo, vuelven a subir, mojados, pero satisfechos.

La gente de Salzburg toma con igual alegría el sol o la lluvia.

He llegado a la conclusión de que la música es gran unificadora, pues provoca emociones enteras o prácticamente

idénticas, que convierten a los humanos en seres de sentimientos recíprocos que se consolidan en una causa común.

Hallándome aquí, en el país de Mozart, visité al doctor Franz Schneiderhan, quien durante siete años, de 1900 a 1907, fué director de la Sociedad Coral de Viena, que constituye una potencia en el mundo de la ópera; fué igualmente director gerente del teatro Bundes de Salzburg y director internacional de los Rotarios, fundadores de la idea de «servicio a los demás por sobre nosotros mismos». Su residencia, situada en la ribera derecha del río, es un verdadero museo de curiosidades musicales de los últimos doscientos años.

«Uno de los acontecimientos más importantes de mi vida, me dijo, se refiere al país de usted, cuando en 1907 pude convencer a la Sociedad Coral de Viena, entonces bajo mi dirección, de que debíamos visitar los Estados Unidos para dar recitales en varias ciudades del Atlántico. No se trataba de hacer dinero. Por 550,000 marcos fletamos un barco de Albert Balin, y en número de 600 zarpamos para Nueva York, pagando cada uno de nosotros su propio pasaje de ida y vuelta. Los ingresos totales de los diversos recitales fueron entregados a distintas sociedades para fomentar la música en los Estados Unidos. La gira, bajo los auspicios del Presidente Theodore Roosevelt y de distinguidos músicos del país, fué un gran triunfo, un verdadero éxito, tomando nosotros, los visitantes, como pago la satisfacción de haber servido a ambos países en armoniosa demostración, sin utilidad pecuniaria alguna.

«Otro de mis recuerdos imborrables data de 1902, en Viena, en un gran baile que duró toda la noche, dirigiendo Richard Strauss diversas selecciones de su «Elena de Egipto». A las siete de la mañana, mientras los invitados bailaban, Johan Strauss hijo, el autor de «El Danubio Azul», entró en el salón, se sentó al piano y tocó hasta las ocho y media. El lenguaje de la música es universal; ha hecho florecer mi vida y por ella vivo contento».



LOS ANCIANOS, LOS NIÑOS ANEMICOS,  
LAS JOVENES QUE FATIGA LA  
FORMACION ENCUENTRAN EN EL

QUINIUM  
LABARRAQUE

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS  
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



ESTA ciudad festiva, a la que llamo «vieja» porque hace dos mil años era ya una villa populosa, no obstante hallarse a centenares de kilómetros del mar, es de gran actividad, formado por el río Salzach, cuyas aguas veloces recorren la municipalidad a razón de siete kilómetros por hora.

En mis artículos anteriores escritos en Salzburg, hablé exclusivamente de la vida triunfal y la influencia del gran compositor Mozart, materia esta de gran actualidad. Ahora, sin embargo, hablaré de los alegres aspectos de la vida de esta ciudad centenaria.

Despierto una hermosa mañana por las principales calles comerciales, veo pequeños grupos de gente haciendo con gran animación gesticulando a ciertos escaparates y leyendo en blanco y rojo, de hermosas letras, pintadas en los cristales. Durante la noche más de sesenta tiendas están así decoradas en las quietas horas que la gente honrada y decente desea a un tranquilo reposo y en las que en ninguna parte se ve un guardia. Lo sorprendente era que cada anuncio, exactamente ejecutado, hacía grandes elogios de la mercancía que se vendía en la tienda, por ejemplo:

«Los que usan zapatos Delka gozan de comodidad y tranquilidad».

«Vendemos el jabón Keltin, el que limpia y eleva al consumidor».

«La muchacha que compra sus vestidos aquí fija, en seguida la fecha de su boda».

«A la mañana siguiente otro gran número de anuncios apareció en otra calle importante y todo Salzburg se desbordaba en conjeturas. Intervinieron las autoridades, se plantaron guardias y todo se aprestó para la acción. ¡Eureka!

«A la noche siguiente un vejete portador de pinceles y pintura blanca y roja fué sorprendido por los polizontes en una calle de otro barrio, cuando se disponía a ejercer su arte en el cristal de un escaparate. Su arresto fué inmediato.

«¿Qué pretende usted— preguntáronle sacudidas las autoridades.

«—Muy sencillo—respondió el noctámbulo artista.—Vivo de pintar carteles decorativos, pero desde hace meses no encuentro trabajo. He hecho esto para atraer la atención del público hacia mí. Como veis, la publicidad, al mismo tiempo que ciencia, es un arte».

«Oficialmente se le arrestó por perturbador del orden, pero al siguiente día un magistrado bondadoso y comprensivo lo dejó en libertad. Al atardecer había recibido una respetable suma en pago de los magníficos anuncios que produjeron grandes negocios a las numerosas tiendas que favoreció en sus andanzas nocturnas.

«Habiendo hallado el medio de darse un éxito una gran publicidad, este artista es ahora el furor del comercio de Salzburg.

«En el año de gracia de 1492, cuando las brujas marinas empujaban a Colón hacia América, un grupo de graves bebedores de cerveza organizó en Salzburg, lo que actualmente se conoce como Cervecería Stieglkeller, corporación que hasta estos momentos continúa produciendo el líquido espumoso para las masas a razón de más de medio millón de litros en la estación veraniega, para Salzburg solamente. Esta notable capacidad de absorción se ejerce en tres grandes terrazas descubiertas, en un jardín y en una espaciosa sala a cubierto, ésta última con espacio para mil consumidores y los es-

**E** S extraordinaria la devoción de Francia por mantener vivo el recuerdo de sus grandes figuras. En cualquiera de los vastos dominios de la existencia en que éstas hayan brillado, sus personalidades no se dejan empalidecer por el polvo del olvido. Por eso Francia es la tierra prodigiosa de los museos, de las estatuas, de los recodos donde palpitan y perduran los espíritus de sus hombres selectivos.

Hace quince años exactamente—el 23 de octubre de 1923—que murió la más grande de sus trágicas, la que por antonomasia se llamó Reina de la Actitud y Princesa del Gesto: Sarah Bernhardt. Cincuenta años de su vida glorificaron el arte de Talía a la luz de las candlejas. En Francia y probablemente en todo el mundo, no se ha producido jamás una trágica de la fuerza de la excelsa Sarah. Sus triunfos son como la música de una cascada infinita cuyos ecos no se borrasen nunca de los espíritus refinados. Nadie como ella supo imprimir a la tragedia tanta fuerza emotiva ni decir los versos clásicos con más desgarradores acentos. Fué una verdadera elegida de los dioses, fundida en un molde creado especialmente y que se rompió para siempre el 23 de octubre de 1923.

Pero aunque Sarah ya no existe, sus recuerdos perduran. Es una especie de sanatorio donde sus amigos pueden ir a recogerse ante los «souvenirs» de la artista. Aunque todavía el museo no es asequible para el gran público, bien pronto lo será, al igual que hoy se visitan en París las casas de Victor Hugo, de Honorato de Balzac, de Clemenceau... Es una vasta pieza, recogida por Madame Jeanne Dorys, nos aproximamos lo más posible a las cosas tangibles que restan de Sarah. Más de mil quinientas fotografías repartidas entre los muros, nos permiten ver a Sarah Bernhardt en toda clase de poses y encarnando las heroínas que vivió en casi todos los escenarios del mundo. Allí la vemos reviviendo a Medea, a Teodora, a Margarita Gautier, a Fedra, a Tosca, a Cleopatra y a cien otras figuras hijas de la historia y de la fantasía de los poetas a quienes Sarah supo vivificar sus almas con el beso divino de su arte.

También has sido guardados y celosamente ordenados otros recuerdos de la artista. Programas de sus días de triunfo, telegramas y cables de reyes y emperadores, sus «memorias» ilustradas por Splinder, autógrafos, retratos y algunas esculturas debidas al cincel de Sarah que también navegó con éxito por los dominios de Praxiteles. Y mil reliquias más. Pero no hagamos una descripción detallada de todas ellas pues mucho me temo que el espacio iba a faltarnos.

Sarah Bernhardt, según informan sus biógrafos, nació el 2 de octubre de 1844 en la ciudad de París, contra la opinión popular que la cree oriunda del puerto del Havre. Su madre se llamó Julia Bernhardt, vino al mundo en Berlín y era hija de un oculista holandés. Mucho tiempo residió en el Havre la madre de Sarah y en esta ciudad tuvo otros hijos. Pero el destino de la futura artista era nacer en París, próximo marco de sus grandes triunfos. Sobre la personalidad del padre de Sarah hay teorías diversas, aunque todo parece indicar que lo fué un grisáceo burócrata que deslizaba su vida entre los apollados infolios de una oficina pública del Havre. Todo, pues, lo que se sabe de cierto sobre los orígenes de Sarah Bernhardt es que nació en París, de raza israelita y de padre desconocido.

Aunque su madre frecuentaba las sinagogas, Sarah cuando llegó a la edad en



Sarah Bernhardt, al regresar de una «tournée» por América, fotografiada en el puerto de El Havre.

# Recordando a Sarah Bernhardt

EL PEQUEÑO MUSEO DE LA GRAN ARTISTA.—SARAH BERNHARDT, ESCULTORA.—LOS EQUIVOCOS DE SU RAZA Y RELIGION.—LA VIDA DE SARAH, SUS LEONES, SU CATAFALCO.—SU GRAN AMOR: EL ARTE.—SUS DOS «TOURNEES» A LA HABANA...

por

RENATO VILLAVERDE

que hay que empezar a instruirse en la vida fué internada en un Convento católico, apostólico y romano, emplazado en Versalles. Allí, a los diez años y habiendo asimilado la fé que Cristo predicara en el mundo, recibió el bautismo conjuntamente con el nombre de Rosa. Sin embargo, continuó utizando su patronímico semita durante toda su vida. Rosa Bernhardt existió sólo para su vida privada y posiblemente para la gloria ultraterrena mas para la gloria que cosecho en este mundo fué siempre Sarah Bernhardt

La artista francesa, a pesar de ser una convencida y hasta una practicante de la religión católica, siempre se la creyó israelita. Así fué que treinta y ocho años después de haber recibido las aguas del Jordán en el Convento de Versalles, la prensa mundial anunció su conversión a la Santa Madre Iglesia Católica. Un año más tarde, en Inglaterra, contrajo nupcias con el comediante Damaja, en un ambiente de prisas, entre dos trenes sin fausto de ninguna especie. Tanto estaba adentrada en el sentir popular la idea de que Sarah era israelita, que el pastor que

unió los destinos del artista griego a la trágica francesa, siempre creyó que había echado su bendición a dos espíritus de convicciones judaicas.

Y es que en realidad en la existencia meteórica que llevó Sarah Bernhardt, es muy difícil seguir paso a paso las distintas fases de su vida; y mucho más intrincado fué, aun para sus contemporáneos, conocer con certeza las ideas religiosas que albergaba el espíritu inquieto de la trágica. De ahí pues, perfectamente explicados los equívocos que siempre hubo sobre la sangre que corría por sus venas y sus creencias en relación al destino de su alma.

La vida privada de Sarah fué un tobogán de sensaciones epidérmicas. Amanente del amor, sus aventuras se cuentan por docenas. Pero sobre todas las pasiones que combatían en su ser, la más sincera, a la que nunca traicionó, a la que dedicó sus años todos, fué la pasión de su arte. Primero y sobre todas las cosas, Sarah fué una artista—la más completa artista que haya existido—aunque también haya quemado sus ansias en otros amores más unipersonales.

Siempre vivió rodeada de lujos. Su era famosa por el boato que en reunió, tanto como por los dos perfectamente amaestrados e incapaces de todas reacción selvática, que con la genial artista. Fantástica en cosas—en todo gran artista reside siempre un anormal—durante muchos años imitando a Carlos V, tuvo en su tucioso hogar un catafalco, revestido en su interior de satín blanco, al objeto de ser enterrada en él cuando muriera. Hay una fotografía famosa de Sarah acostada en su ataúd, y es una lástima que entre la colección recogida por Madame Jeanne Dorys, no aparezca un ejemplar de esta fantasía de Sarah.

Envanecida por la gloria y el incienso de los aplausos, creyó que su arte podía sobreponerse al obstáculo de los años. A los setenta cumplidos trabajaba aún a pesar de faltarle una pierna, que tuvo que amputarse después de cruel enfermedad. En París seguía teniendo éxito. Francia es siempre consecuente con sus artistas mimados que se obstinan en no retirarse cuando la juventud les talca. Pero Sarah, vieja, coja, con la voz cascada y siendo sólo una sombra de lo que fué, continuó haciendo sus «tournée» al extranjero. Todavía en plena gloria, a finales del siglo pasado, estuvo en la Habana. No sé exactamente lo que sucedió entre el público habanero y Sarah. Pero la «voz populi» registra que al abandonar el Morro dijo que los cubanos éramos indios con levita. En todo caso, esta displicente expresión de Sarah no debe ni siquiera molestarnos lo más mínimo. Sarah Bernhardt, en las tablas, era una trágica inigualable; pero en la vida normal de relación, fué sólo una mujer corriente, de mentalidad desquiciada por la gloria y cuyas expresiones—cuando no iban dictadas por un libretto previamente aprendido—no tenían más trascendencia ni más originalidad que las que querían atribuirle su corte de admiradores.

Años más tarde, ya en plena decrepitud y faltándole una pierna, hizo una segunda «tournée» a la Habana. Yo tenía unos diez o doce años, y como la Habana entera fué a verla con mis padres al teatro Payret. Reconozco que pocas veces me he aburrido tanto en el teatro, y al noventa por ciento de los espectadores les sucedió lo mismo. Era lógico. Vimos a una señora proyecta de edad, que por ser coja tenía que actuar siempre sentada, con la voz cascada y recitando con entonaciones clásicas unos versos en francés que podían ser de una belleza indescriptible, pero que, al mismo tiempo, resultaban incomprendibles para casi todo el público. Esta segunda visita a Cuba resultó, naturalmente, un completo fracaso.

Murió pocos años más tarde. Hoy, además del recuerdo imborrable que de ella queda en el mundo, subsiste el Teatro Sarah Bernhardt, en la Plaza de Chatelet y el museo semi-privado de que hablé al comienzo de esta crónica. Son dos antorchas que animan la memoria de la más genuina representante del arte de Talía. Sarah Bernhardt fué uno de esos seres que esporádicamente produce la naturaleza y que, para desgracia de la humanidad, no se prodigan fácilmente. En su arte ha sido única y probablemente el mundo no conozca nunca su duplicado. Evoquemos, pues, con emoción respetuosa el nombre inmarcesible de Sarah Bernhardt, mujer extraña en la vida, snobista en la mayoría de sus cosas, pero única en la gloria que tributó sin tasa al arte exquisito de la tragedia.

París, noviembre de 1938.

# No dejen que los Pecadillos del Marido Destruyan el Hogar Construido en una Vida

Por KATHLEEN NORRIS



«Mi marido se había sentido sólo, se había encontrado con una viuda que había sido su novia en otro tiempo, y había traspasado todos los límites de lo permisible».

rales, rudos y vulgares, hasta desaseados e insociables.

Otros defectos mayores aún, se encuentran en los maridos después del matrimonio, groseros en el lenguaje y maneras, ebrios, jugadores, deshonestos etc. Una mujer me escribe que está segura de que el dinero que le está dando su marido, procede de estafas en su oficina.

Entiéndanme bien. Yo sé que esta larga lista de imperfecciones, puede muy bien ser comparada con otra lista parecida de imperfecciones de las mujeres. Pero en este caso, me estoy refiriendo a cartas que he recibido de mujeres, por eso enumero las imperfecciones masculinas. Sin duda, que algunos de estos defectos son irritantes e intolerables. Por eso quiero formular esta pregunta: ¿es la infidelidad, la peor de todas las faltas de un marido? Creo que no.

«Tenemos tres hijos, me escribe una señora. El mayor es hijo de Samuel y de mi muy querida amiga, que fué su primera esposa. Murió hace siete años, y hace seis que Samuel y yo nos casamos. Tenemos dos adorables hijas. Jamás habría soñado yo que Samuel no fuera dedicado exclusivamente a nuestros hijos y a mí. Cuando los niños y yo regresamos del verano, hace poco noté sin embargo, un cambio. Algo había en su mente, y finalmente me lo dijo. Se sentía solo, se había encontrado con una viuda que había sido su novia, había pasado todos los límites de lo permisible. Señora Norris, esto casi me mató. Aún vivimos en la misma casa, pero yo no le hablo. El tiene 47 años y yo 44, la mujer que le ha robado el seso, sólo tiene 25 años. ¿Cómo puedo yo competir con una muchacha así, ahora que yo he perdido el frescor de la juventud? Pero mis hijos aman a sus padres. ¿Cree usted que puedo arreglarme creyendo en sus protestas de arrepentimiento y de amor?»

Pues bien, mi respuesta es ésta: déjese de hacer más caudal de todo eso; perdóuelo y siga su vida. ¿Qué no será lo mismo ahora? Es evidente que no será. Pero sólo los idiotas pueden esperar que la vida sea siempre la misma. La vida cam-

bia después de cada matrimonio, de cada cambio de empleo o de casa o de un viaje a otra ciudad. Los niños crecen y se hacen cicatrices en sus caritas y se quiebran los brazos y las piernas, y desarrollan cosas aún más graves que éstas en sus almas y mentes. Ciertamente, que usted no es tan atrayente a los 44 como era a los 20, pero lo más estúpido del mundo es amargarse por eso.

Haga frente a los hechos y hágalo con valor. Si su marido es débil con mujeres, lo que usted debe agradecerle a Dios es que usted no sea débil como él frente a los hombres. El que debe estar apenado es él, y no usted. Nada hay más dispa-

rado que romper un matrimonio, dañar la vida entera de sus hijos, porque una viuda alegre cruzó un verano el camino de su marido. Usted es una mujer que parece inteligente. Entonces, afrente la situación de la edad mediana, como debe. Reajústese al hecho que no puede evitar y no deje que nada de lo que eso trae, altere su vida o hiera sus sentimientos. Le aseguro que si procede usted así, nallará que los días por venir, serán los más plácidos, los más interesantes y los que mayor dicha le den en su vida. No permita jamás que un hombre y sus pecadillos destruyan todo lo que usted ha construido en torno de él.



—Vaya un aprendiz. Midiendo la tubería con una regla. Vete y tráete un par de... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

# Del BUEN HUMOR

## ::: AJENO :::

### PENSAMIENTOS

Se necesita algo más que una capa de pintura para cubrir la edad de una mujer.

o o o

Si, Roberto, la belleza de la mujer es la roca donde encalla la inteligencia del hombre.

o o o

Fenómeno es el hombre que nunca ha perdido un manojito de llaves.



Hay unos trajes femeninos que están pidiendo a gritos un descosido.

El mejor amigo del abogado es el hombre que redacta él mismo su testamento.

o o o

Popular es el hombre que no hace chistes a expensas de sus amigos.

o o o

Si prefieres morir de muerte natural no llames al médico.

o o o

Se dice que a la pobreza le gusta la compañía. Por eso debe ser que tanta gente se casa.

o o o

Hay gente que cree en la suerte precisamente porque no la tienen.

o o o

La razón porque alguna gente tiene dinero para tirar es porque no lo tiran.

o o o

Cierto que no es malo tratar de matar dos pájaros de una pedrada. Hay que usar una escopeta.

o o o

Muchos de los males atribuidos al vaso son causados por la copita.

o o o

Los profesores de oratoria pueden enseñar a un hombre cómo hablar pero no qué decir.

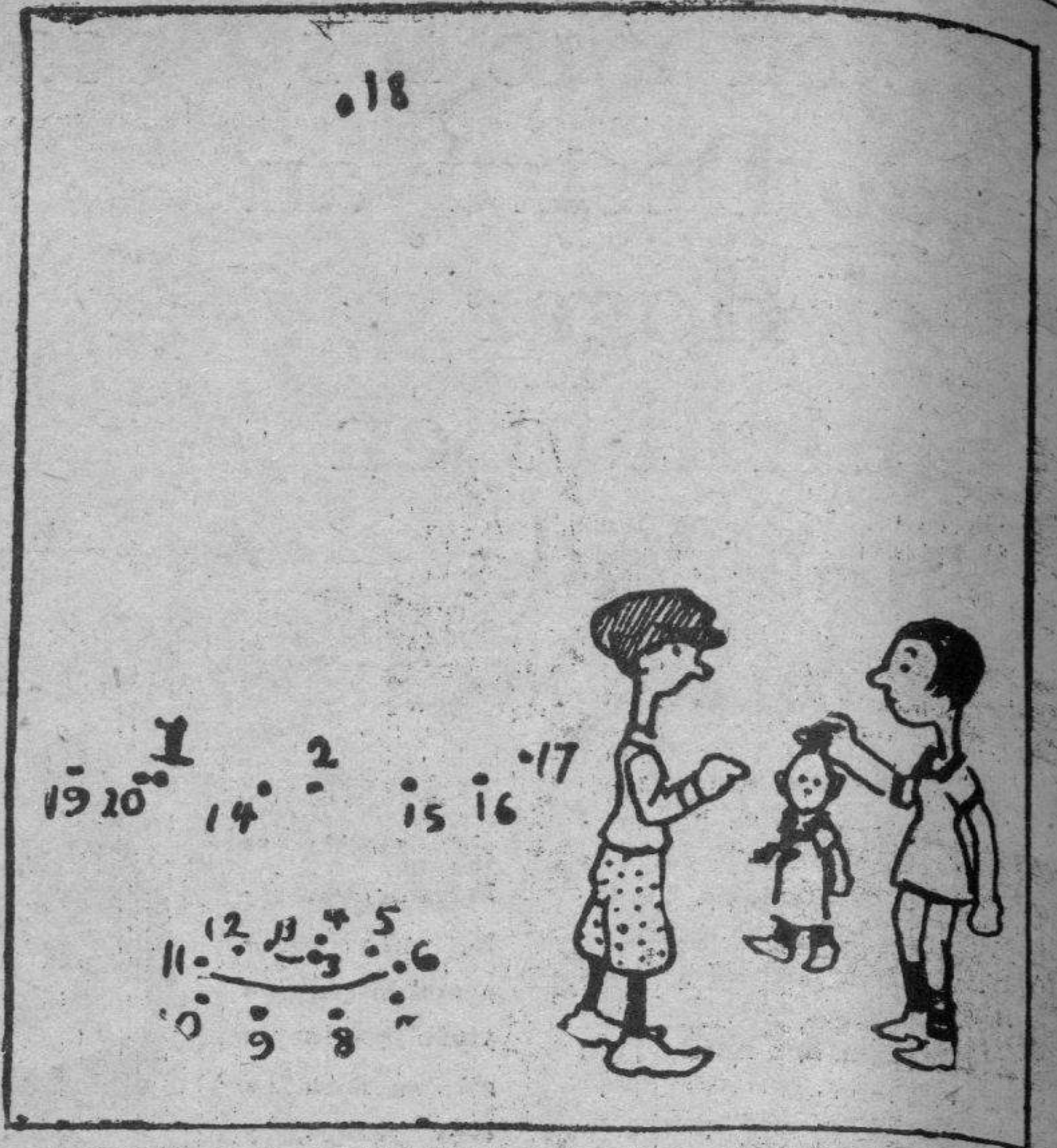
o o o

El amor es como la tos convulsiva; muy grave cuando ataca a los hombres ya maduros.



—Cada vez se te está pareciendo más la boca a la de un mono, Robustianito... ¿Qué es lo que haces con ella?

—Es que ahora me dedico a tocar la... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).



—¿Qué te parece la piel que le conseguí a mi muñeca?  
—Que debes haberla sacado de un... (Vaya trazando líneas rectas entre los números).

Hay muchos calvos que parecen tener los pelos en el cerebro.

o o o

Es más fácil detener a una locomotora que a un hombre que va a contar un cuento que cree divertido.

o o o

No sólo de buenas intenciones sino que de tiempo perdido está lleno el infierno.

o o o

Cualquiera que sea la altura a que vuele un hombre tiene que descender a la vulgar tierra para techo y comida.

o o o

El matrimonio es sin duda una lotería, pero es el único juego de azar que los sacerdotes no prohíben.

o o o

Congreso es una asamblea de hombres que se impiden unos a otros hacer cualquier cosa con la sola excepción de esquilmar al contribuyente.

o o o

La mejor forma de caridad es guardar consideración a los demás.



Para algunos hombres no sólo comienza la vida a los 40 años, sino también los trabajos fuertes.



La flojera puede que no conduzca al éxito fulminante, pero indudablemente deja fuerzas para seguirlo buscando.

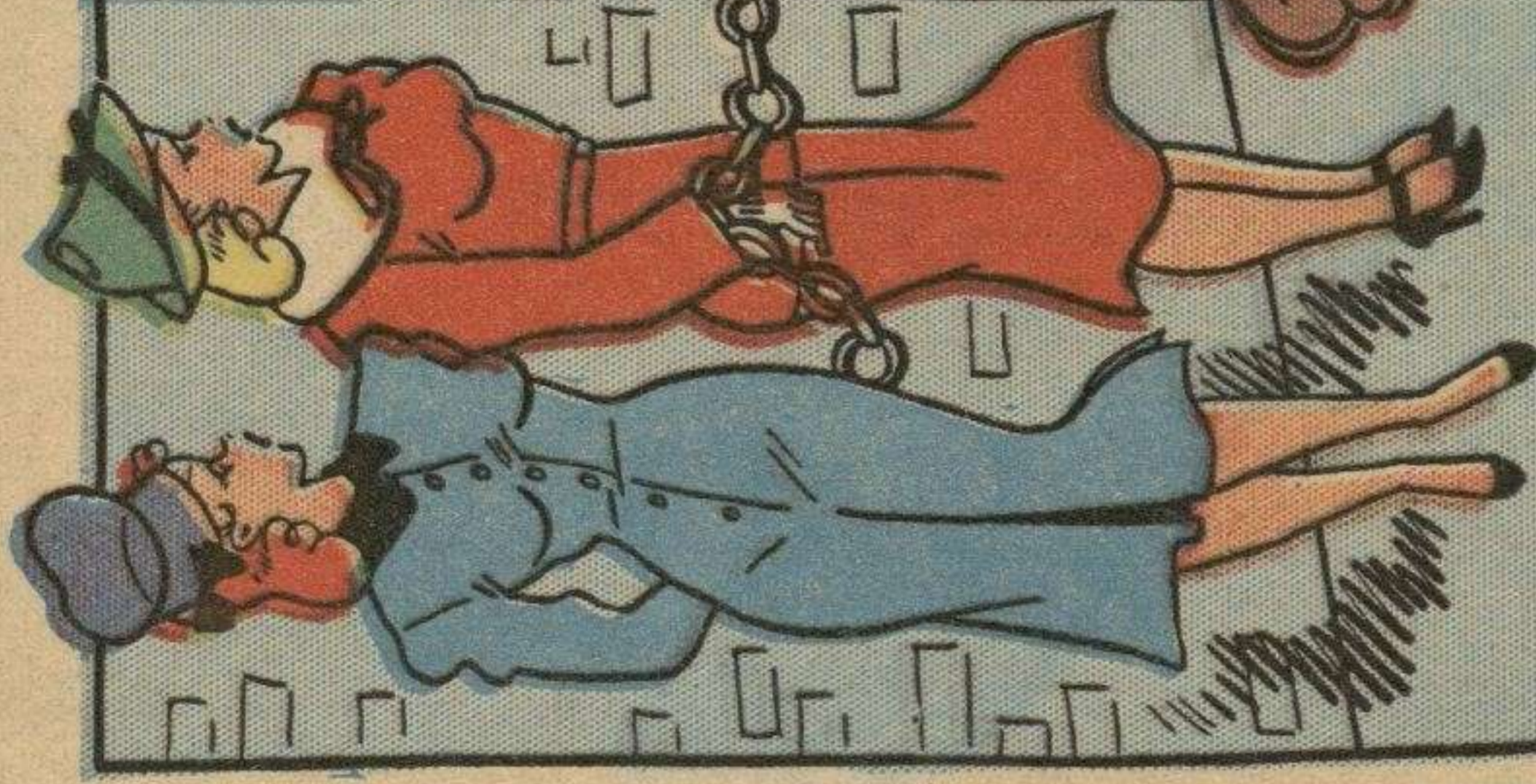
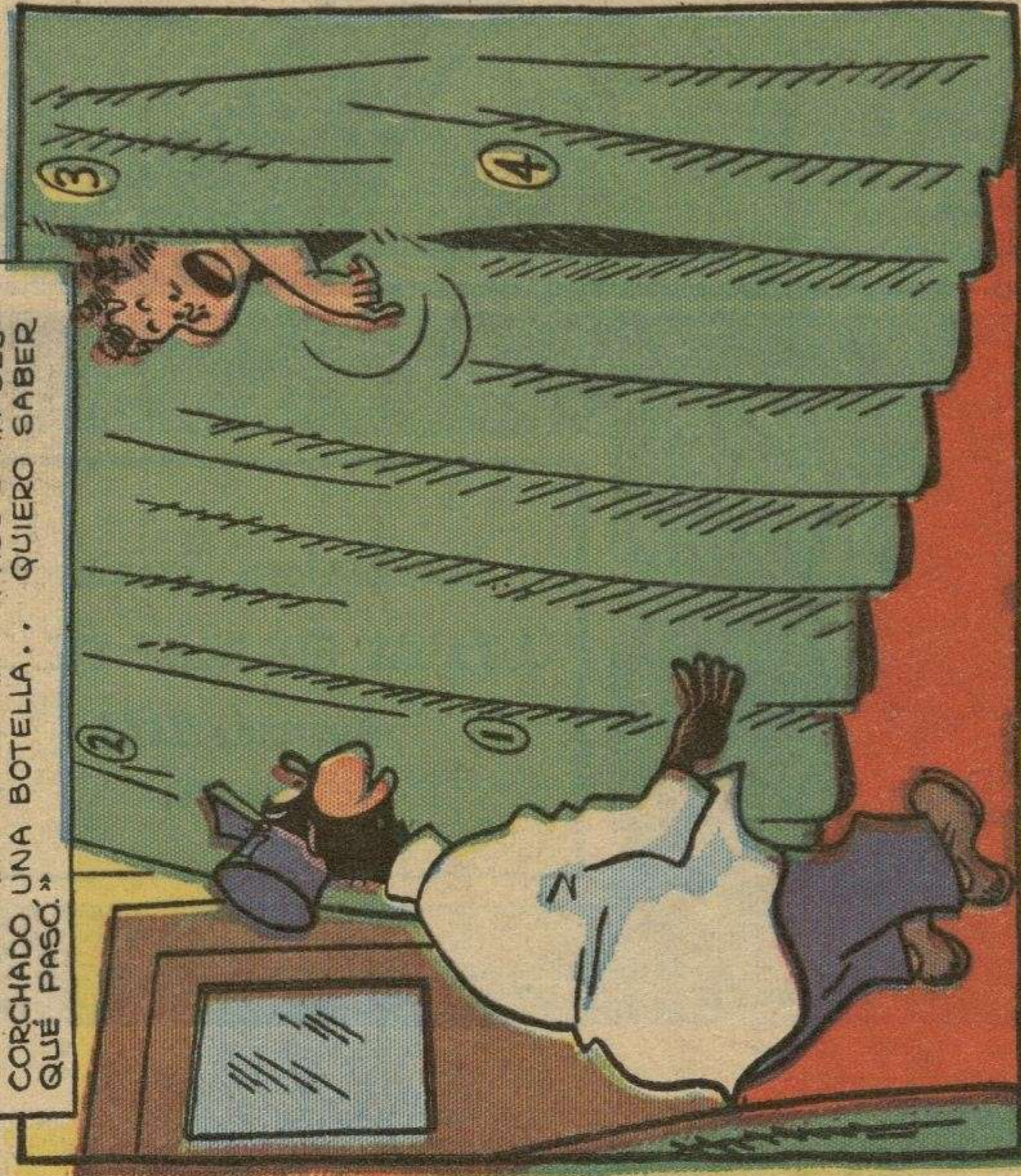


La mayoría de las crisis domésticas son producto de la verborrea.

# LA VIDA ES ASÍ...

Por FRED NEHER.

EN EL PULLMAN: « O SE HA MATADO O HA DES-CORCHADO UNA BOTELLA... QUIERO SABER QUE PASÓ.»



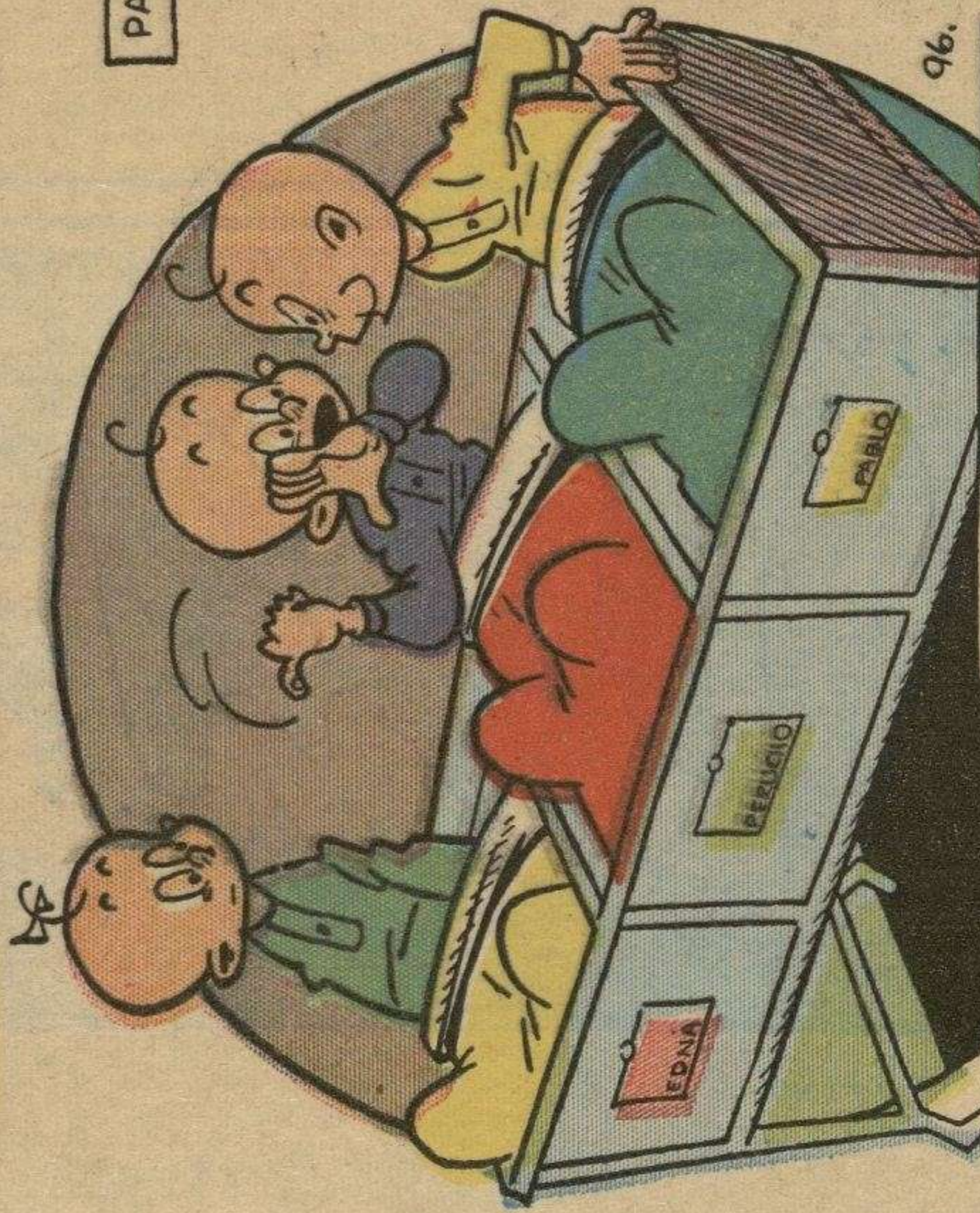
« OIGA, SARGENTO ¿ QUE TIENE EN PROYECTO PARA ESTA NOCHE ? »



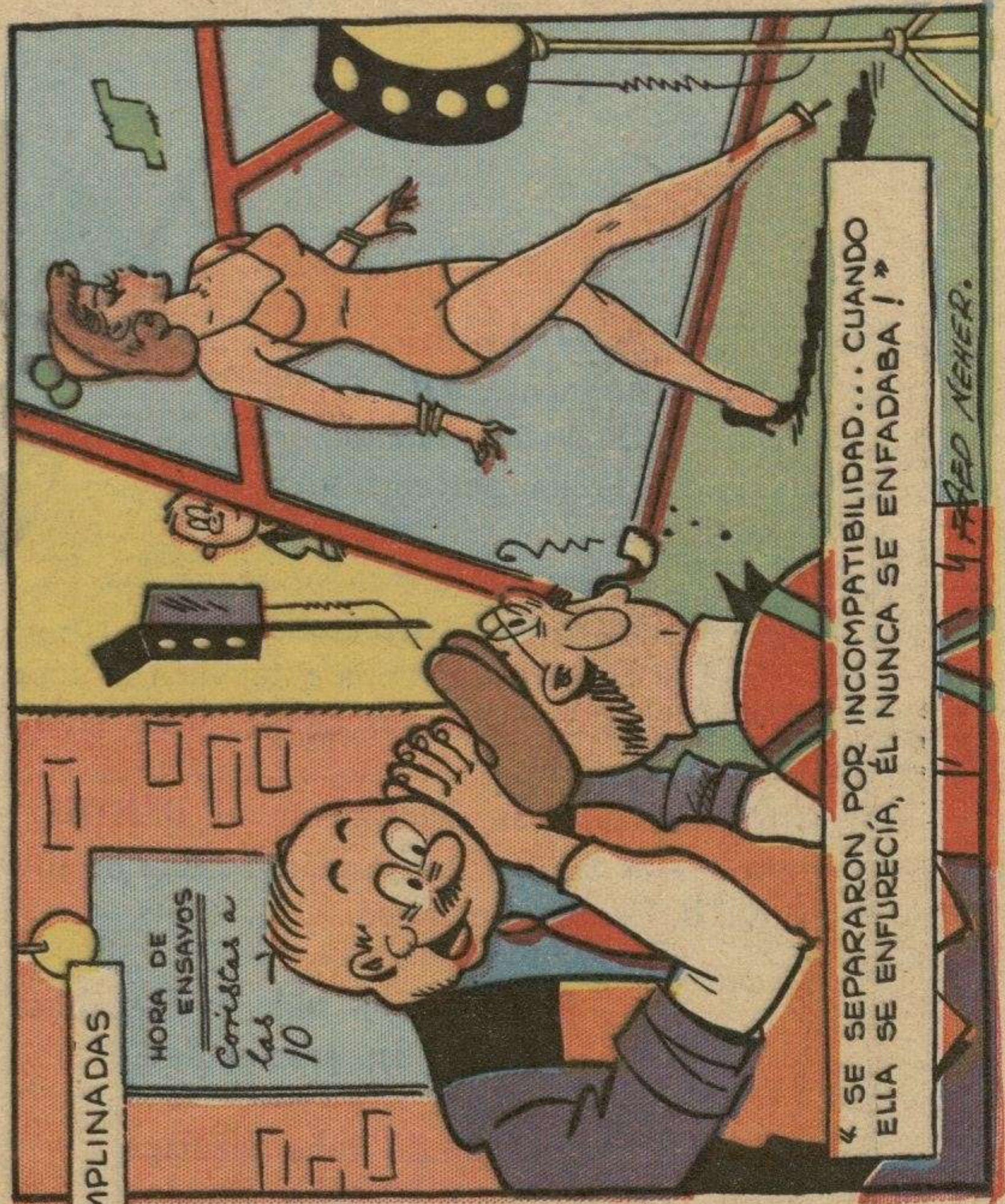
« ¡ QUE CASUALIDAD! ¡ ME ESCRIBE UN INDIVIDUO ENAMORADO DE MI MUJER QUE QUIERE QUE YO LE ACONSEJE! »



REDACTOR DE CONSEJOS A LOS AMANTES.



« ¡ CUIDADO CON EL LENGUAJE QUE USAS, QUE AHORA TENEMOS AQUI UNA DAMA! »



PAMPLINADAS

HORA DE ENSAYOS  
Comedias a las 10

« SE SEPARARON POR INCOMPATIBILIDAD... CUANDO ELLA SE ENFURECÍA, EL NUNCA SE ENFADABA! »



PERINQUILLA

« ¡ ESTE SE PONE CALIENTE! ¿ NO ES VERDAD, PAPA? »



El DENTOL es el dentífrico conocido universalmente, por ser un excelente antiséptico, estando, además, dotado de un perfume muy agradable.

El DENTOL, que está fabricado, según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes y las inflamaciones de las encías.

Acostúmbrase a usar diariamente el DENTOL, y se sorprenderá de la blancura resplandeciente de sus dientes. El DENTOL destruye el sarro.

De venta en toda la República a los precios de:

\$0.20 tubo mediano  
0.40 tubo grande.

BRUNET Y HNO

# Dentol

Distribuidores Exclusivos:  
J. PAULY, SES FILS & CIE. LTD  
Apartado 2143  
Habana.

# DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 25 DE DICIEMBRE DE 1938

**EL BUEN TOMASÍN**  
POR WALT DISNEY

TOMASÍN ES PRESENTADO A GACHÓGORILA, EL ACTUAL NOVIO DE FELINA.

¡VAYA! ¿TE LASTIMÓ MI APRETONCITO?

¿VERDAD QUE NO HAY QUIEN GANE A FUERTE A GACHÓ?

¡ENSEÑALE A TOMASÍN COMO SE PARTEN LOS COCOS!

¡ESO ES FÁCIL!

¡ESTUPENDO! ¿NO TE PARECE?

¡BAH! ¡YO HAGO COSAS MÁS DIFÍCILES!

A MEDIDA QUE GACHÓ VA EXHIBIENDO SUS FUERZAS, TOMASÍN VA PERDIENDO LOS ESPERANZOS.

¡MIRA, TOMASÍN! ¡QUÉ ENORME PIEDRA!

¿ESO? ¡ESO NO MUERDE! ¡SERÍA DIFERENTE SI FUERA UN COCODRILO!

¡SI TU ME VIERAS COGER UN COCODRILO Y HACERLE UN NUDO EN LA COLA... ASÍ!

¡JA, JA!

¿TÚ, TOMASÍN?

¡SI HUBIERA UN COCODRILO POR AQUÍ, ENTONCES VERÍAS! ¿HAY ALGUNO?

¿COCODRILOS? ¡NO, BOBO!

BUENO. SUPONGAMOS QUE ESTA MATA ES EL COCODRILO. ¡LO AGARRO POR LA COLA Y...!

¡VAYA UN DOMADOR DE COCODRILOS! ¡JA, JA!

BUENO... ESTE... ¡ESO NO ERA UN COCODRILO! EN FIN, TENGO MUCHO QUE HACER.

¡ADIÓS, FELINA! ¡NOS VEREMOS OTRO DÍA!

¡POR MÍ, NO VUELVAS!

CONTINUARA

WALT DISNEY

## EL RATÓN MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

¡CÁSPITA! ¡TENÍA QUE DESCARRILARSE EL TREN CUANDO APENAS NOS FALTABAN DOS HORAS PARA LLEGAR!

HOTEL PRADO

¡PUES YO, PARA DORMIR, PREFIERO LOS HOTELES! ¡TIENEN MENOS PULGAS!

BLANDITA, ¿SABES?

¡FALTA QUE PODEMOS DORMIR CON TANTOS TRENES COMO PASAN POR AQUÍ!

DESPIÉRTENOS A LAS SEIS EN PUNTO

¡MUY BIEN SEÑOR!

¡DIABLO! ¡TRAS EL RUIDO TAMBIÉN NOS LLEGA EL HOLLÍN!

¡NO IMPORTA! ¡CON LA LUZ APAGADA NO SE VERÁ!

ZZZZ

¡LAS SEIS!

¡PUM! ¡PUM!

¡EH! ¿QUE DEM...?

¡METETE DE NUEVO EN LA CAMA!

¿QUE NO ES HORA DE LEVANTARSE?

¡NO! ¡EL IDIOTA ESE SE EQUIVOCÓ Y DESPERTÓ A UNGOS NEGROS!

WALT DISNEY



# WONG-LA

POR BRANDON WALSH

PARA DESPISTAR A LOS CRIMINALES, WONG OFRECE PARA LA VENTA UNAS PÉRLAS FALSAS, Y TOMÁS FINJE UNA RIÑA CON ÉL, ALEGANDO QUE LO HA ESTAFADO. LUEGO LOS DOS SE RECONCILIAN... PERO LOS LADRONES SOSPECHAN QUE TODO HA SIDO UN ARDID PARA DESORIENTARLOS Y SIGUEN ESPIANDO A NUESTROS AMIGOS.



¡SI... NOS SIGUEN RONDANDO COMO UNA MANADA DE TIBURONES.

¡NO LE TALEMOS LE VIGILAL CON CIEN OJOS!



¡ABRE, CAMARADA, Y HAZTE A UN LADO!

¡EL QUE PEL'ONA EL VICIO ES INTUSTO PALA CON LA VILTÚ!



¡POR LAS BARBAS DE NEPTUNO, QUE ES SAMUEL, EL PRIMER OFICIAL DE NUESTRO BARCO PERDIDO!

¡CARAMBA! ¡PARECE ME OIO MUERTO DE HAMBRE!



¡NO SE CÓMO NOS HEMOS SALVADO, CAMARADAS! ¡EL HURACÁN NOS LLEVO EL PALO MAYOR Y EL TIMÓN, Y EL BARCO QUEDÓ ANEGADO! ¡CON LA TRIPULACIÓN EXHAUSTA LLEGAMOS AQUÍ AYER!



ESTA ESCLITO: LAS GLANCES PLIVACIONES SON SEGUILAS POL ÉPOCAS LE BIENESTAL, ¡SIN LEMOLAS INNECESALIAS PLEPALAMOS UN BANQUETE PALA LOL CAMALAS!



¡ANIMENSE, HITOS MIOS, QUE YA NO SUFRIRAN MÁS! ¡CUANDO NOS ESCAPAMOS DE LA ISLA, WONG SE TRATO UNA FORTUNA EN PERLAS COSIDA EN LA ROPA!



¿PERLAS AUTÉNTICAS? ¡ALABADO SEA DIOS!

¿QUIÉN NEGALÁ QUE UNA BOLSA BIEN LLEPLETA ES UNA ALMOHALA BLANLA? ¡NUESTLO QUELILLO BALCO SELÁ LEPALALO Y PLOVISTO PALA QUE HAGAMOS FELIZ VIATE.



¡AH...! ¡SI TÚ MIEN-TÉS!

¡JURO QUE VI A WONG VACIAR UNA BOLSA BIEN REPLETA DE ORO SOBRE LA MESA Y QUE OÍ DECIR TENÍA UNA FORTUNA EN PERLAS!

# ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

Brandon Walsh



TENDREMOS QUE APECHUGAR CON LA NIEVE, ANITA, PUEDE SEGUIR CAYENDO DURANTE TODA LA NOCHE, Y DOÑA MACLOVIA, SE PREOCUPARÁ POR NOSOTROS!



YA NO NIEVA TANTO, SR. BARNES CLARO QUE NO SE VE BIEN; PERO "HUESITO", AUNQUE CHICO, ES COMO UN PERRO DE SAN BERNARDO. NOS GUIARÁ CON EL OLFATO, Y CAMINAREMOS APRISA.



¡DEJENSE DE DISCUSIONES Y BAFEN AL COMEODOR! ¡HACE UNA HORA QUE DEBÍAN ESTAR CENANDO!

¡ESLOCHE ESTA ADVERTENCIA, FIERA!... ¡SI ALGO SUCEDE!... ¡ESOS CHICHARRONES!



CON ESTA NIEVE QUE ME EMPAÑA LAS GAFAS, ESTOY CIEGO. ¡SI NO FUERA POR TUS OJITOS!

¡NO SE, APURE!... ¡EL "OLFATO" DE "HUESITO" NO FALLA!



¡HURRA! ¡YA ESTAMOS EN CASA! ¡EN UN MINUTO CENAREMOS, DORMIREMOS BIEN...

¡POBRECITA! ¡HABLANDO DE DORMIR BIEN SOBRE ESE BANCO DE LA COCINA!



NO ES MUY DURO, Y EL SR. DON PACO, EL DE ESE MAGNÍFICO ACTO DE LOS CABALLOS, ME PRESTA UNA DE SUS MANTAS CUANDO NO TRABATA, Y YA SABE UD. QUE CASI TODOS ESTÁN SIN TRABAJO AHORA; PERO DOÑA MACLOVIA LES FIA. ¡ES UNA SANTA!



¡HABLO POR TODOS LOS HUÉSPEDES AL DECLARAR QUE ES CRUEL E INTUSTO HACER DORMIR A LA NIÑA EN UN BANCO!

¡POR FAVOR, DON LUIS, NO HABLE ASÍ DE DOÑA MACLOVIA! ¡SU CASA ESTÁ TAN LLENA...!



¡CARAMBA! ¡HIP...! ¡ESTE ES EL CUARTO MÁS LINDO DEL MUNDO! ¡HIP...! ¡NO SE COMO DARLE LAS GRACIAS!



★ TOCADOR



# MODESTO RIZOS



¿TIENE EL SEÑOR UN NUEVO ENCARGO PARA MÍ?

SI Y QUIERE VERLO EN SEGUIDA.



¿HA OÍDO HABLAR DEL ERMITAÑO DEL CERRO AZUL, MODESTO?

¿SE REFIERE AL VIEJO ADAN PITA... LOCO, AUNQUE INOFENSIVO?



HAY QUIENES SOSPECHAN QUE PITA TENGA ANTECEDENTES CRIMINALES. UNA ENTREVISTA CON EL PODRÍA SER INTERESANTE PARA LOS LECTORES.

TOME EL PRÓXIMO TREN PARA CERRO AZUL, Y VEALO



¿QUEDA LEJOS LA CABAÑA DEL HERMITAÑO?

LO LLEVARÉ A CASA DE POMARES, QUE ES EL ÚNICO QUE LO PUEDE CONducIR HASTA DONDE VIVE EL ERMITAÑO.



¡HABLO EN SERIO, POMARES!, ESTE SEÑOR QUIERE HABLAR CON EL ERMITAÑO!

BUENO. LE ENSEÑARÉ LA SENDA QUE SUBE A LA CASA DE ESE AVENCHUCHO.



TENDRÁ QUE SUBIR MEDIA LEGUA POR AQUÍ, PERO LE ADVIERTO, AMIGO, QUE EL VIEJO ESE TIENE MALAS DUILGAS.

¡MUCHAS GRACIAS, SEÑOR POMARES!



HUM... NO CONTESTA A MI LLAMADA. ENTRARÉ EN LA CASA A ESPERAR HASTA QUE VUELVAN.



¡VIRGEN SANTA! ¿QUE HABRÁ PASADO AQUÍ?



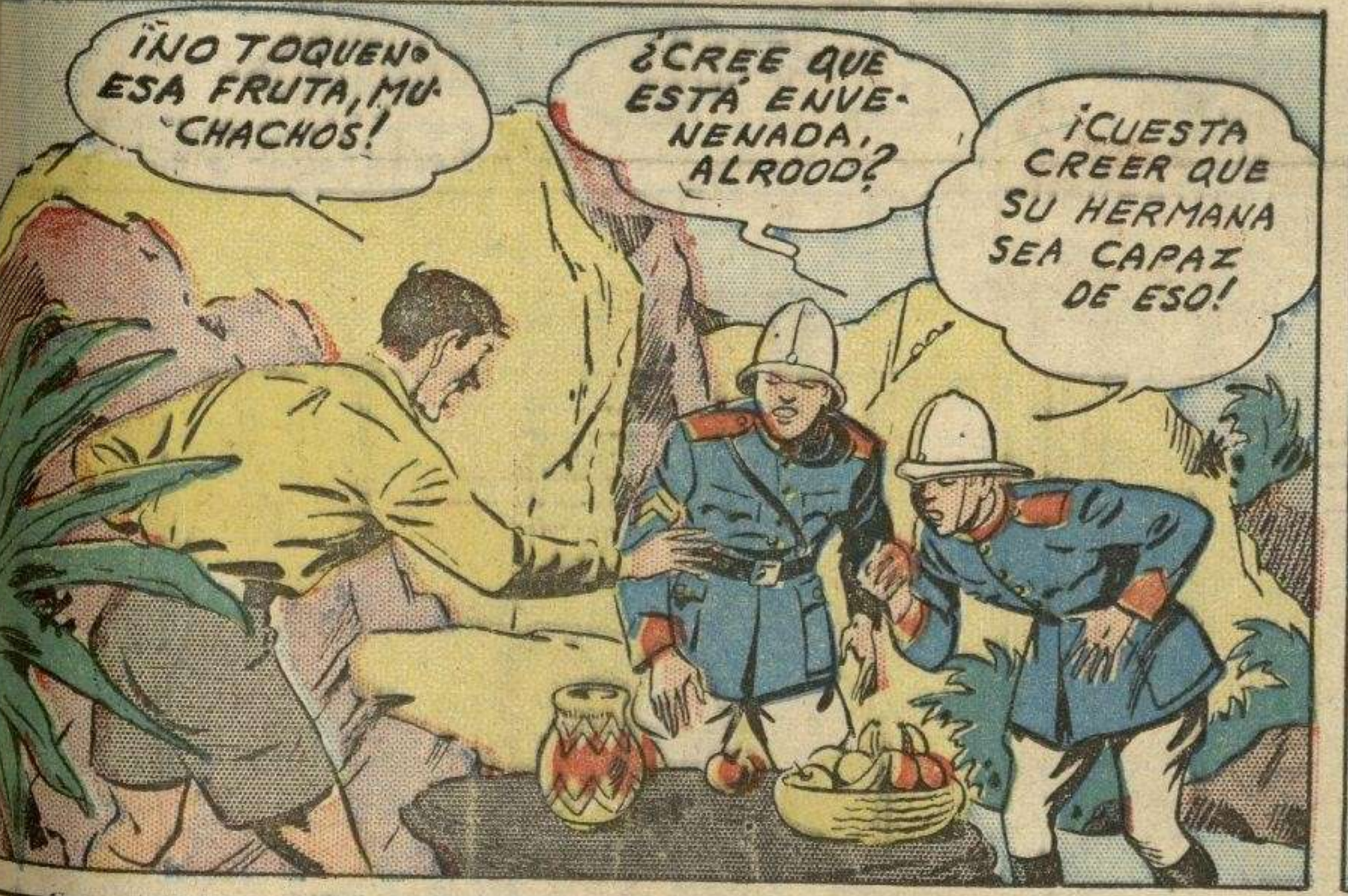
¡APENAS RESPIRA! ¡ALGUIEN DEBE HABER...!

¡VOLA! ¡LA BARBA ESTA SUELTA! ¡ES POSITIVO!

CONTINUARÁ

## AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young



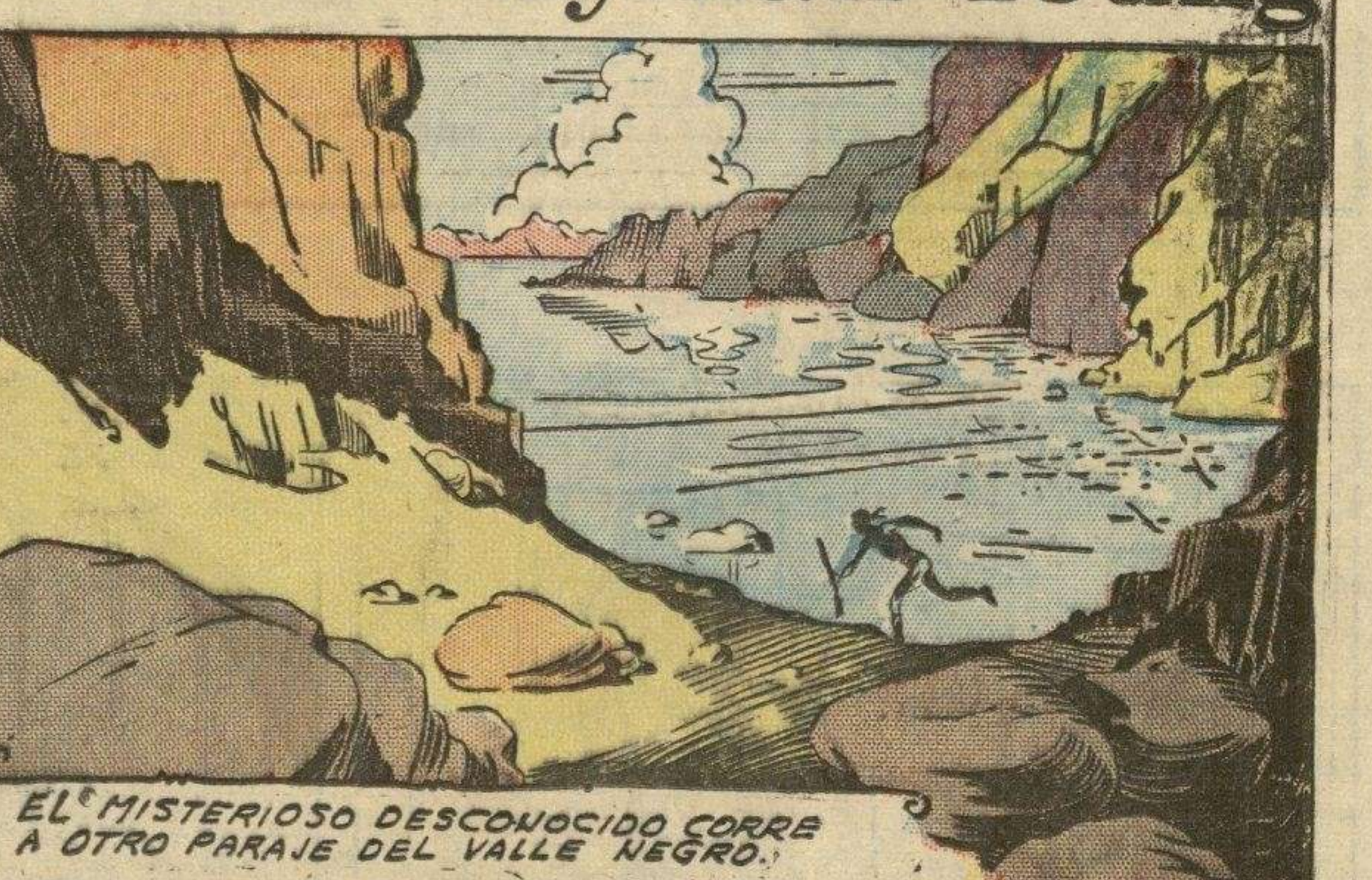
¡NO TOQUEN ESA FRUTA, MUCHACHOS!

¿CREE QUE ESTA ENVENENADA, ALROOD?

¡CUESTA CREER QUE SU HERMANA SEA CAJAZ DE ES!



¡IDIOTAS! ¿POR QUE NO COMERAN LA FRUTA QUE PUSE PARA ELLOS?



EL MISTERIOSO DESCONOCIDO CORRE A OTRO PARAJE DEL VALLE NEGRO.



ENTRETANTO, LOS MOZOS Y GUERREROS DE LA REINA LORONO TRABAJAN A PRISA PARA DESENTERRAR EL TESORO, DONDE INDICA EL MAPA.



ARDIENDO EN IMPACIENCIA, LA CRUEL LORONO LOS ESTIMULA CON AZOTES AL VER UN BAUL ANTIGUO AL FONDO DE LA EXCAVACION.



¡PACIENCIA, MAJESTAD, QUE ESTO PESA MUCHO!

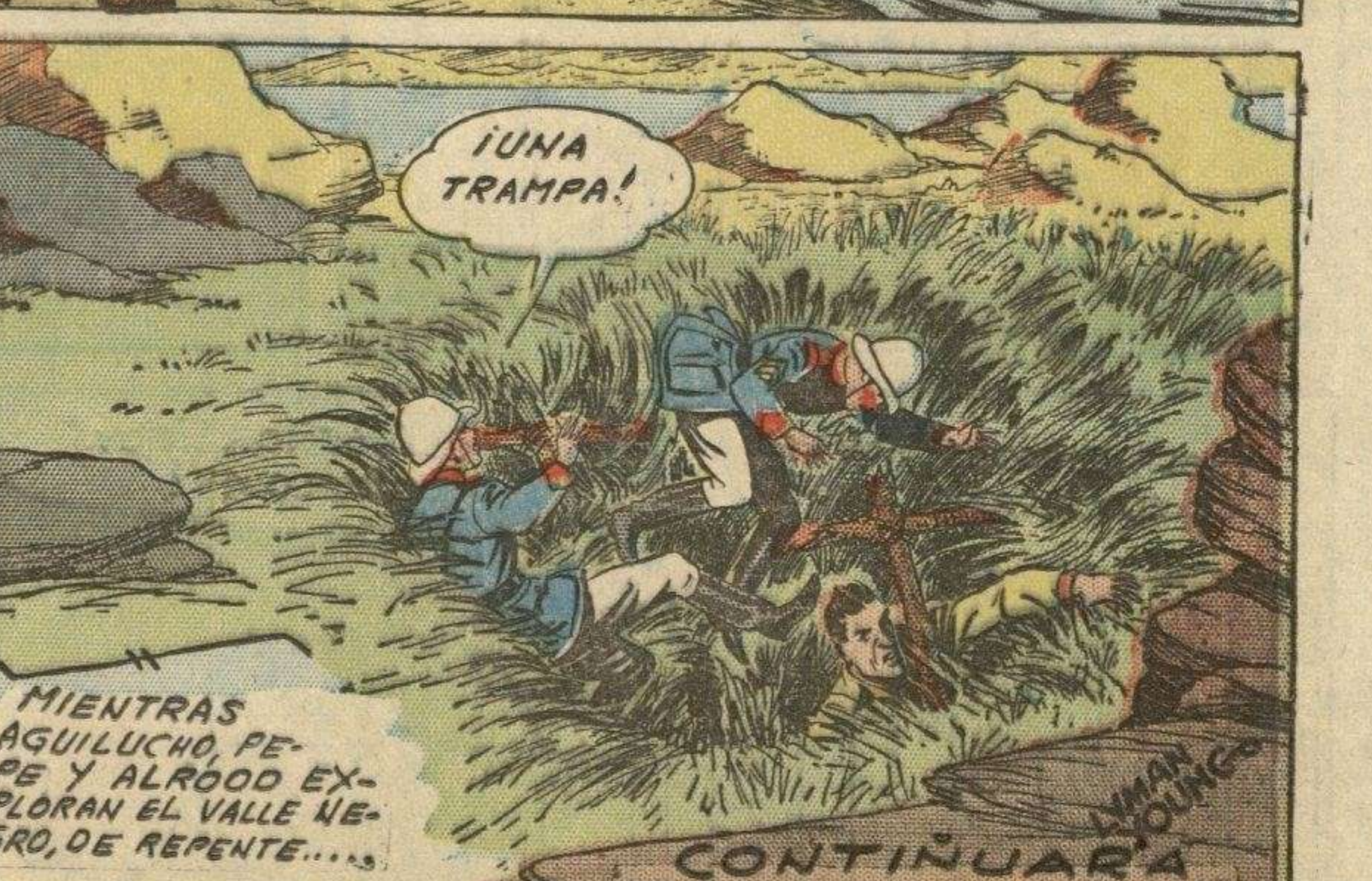
¡COLOQUENLO AQUI, PRONTO!

¡FUEREN LA CERRADURA! ¡TENGO QUE VER EL TESORO!



¡NO HAY ORO NI ALHAJAS EN EL BAUL, ALTEZAS! ¡SOLO HAY PIEDRAS!

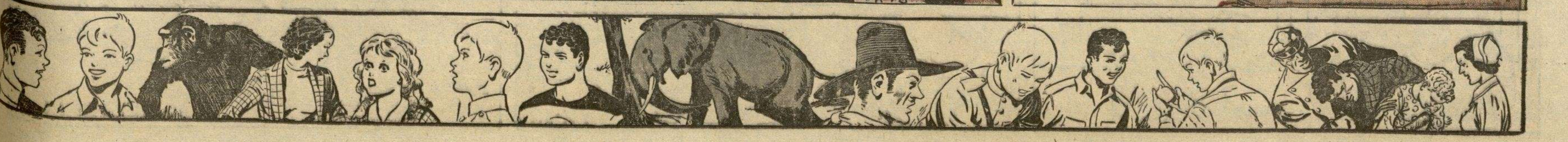
¡ALGUIEN ME HA ROBADO... ENGAÑADO... SUSTITUYENDO EL ORO Y JOYAS CON PIEDRAS SIN VALOR!

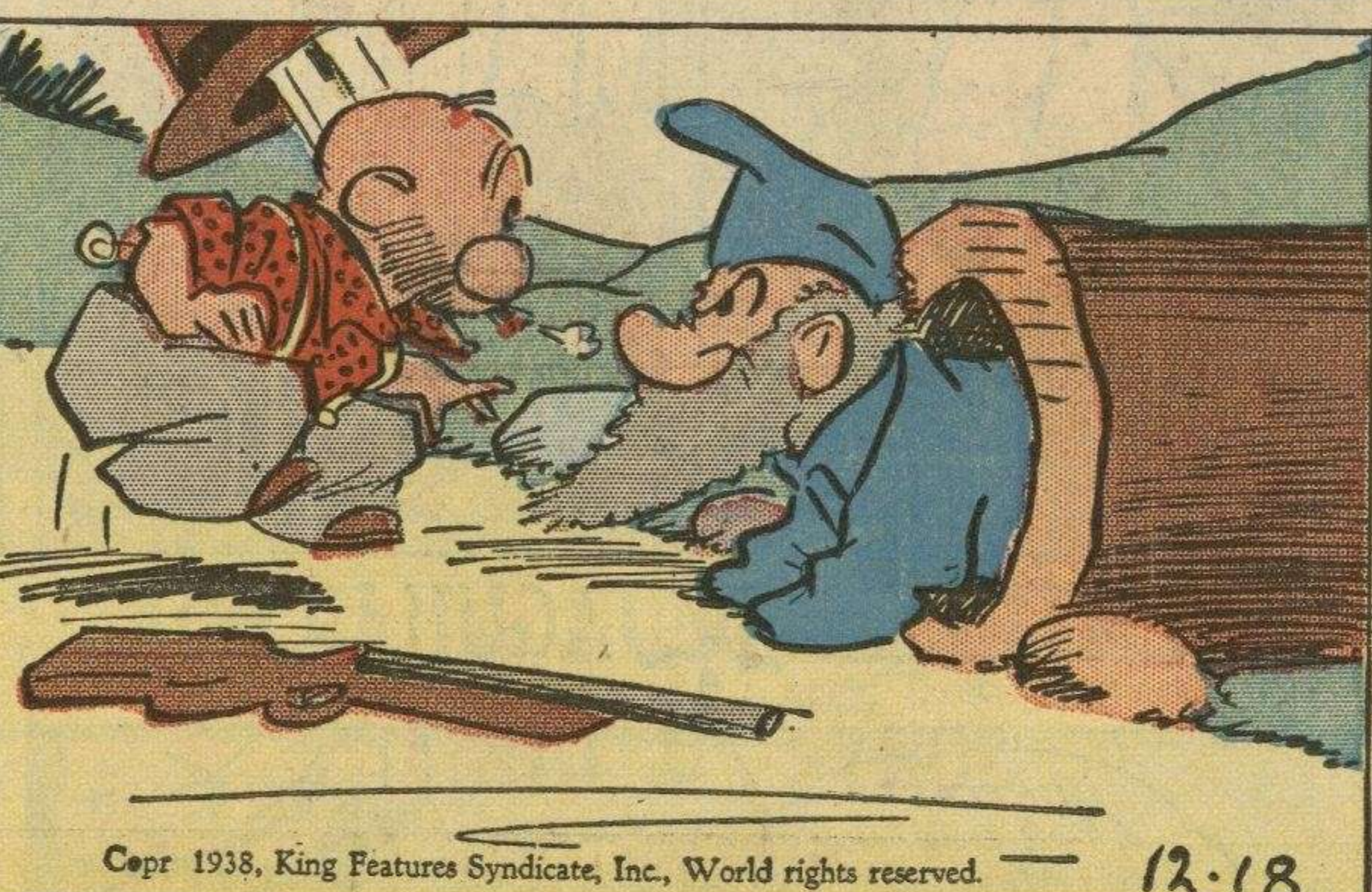
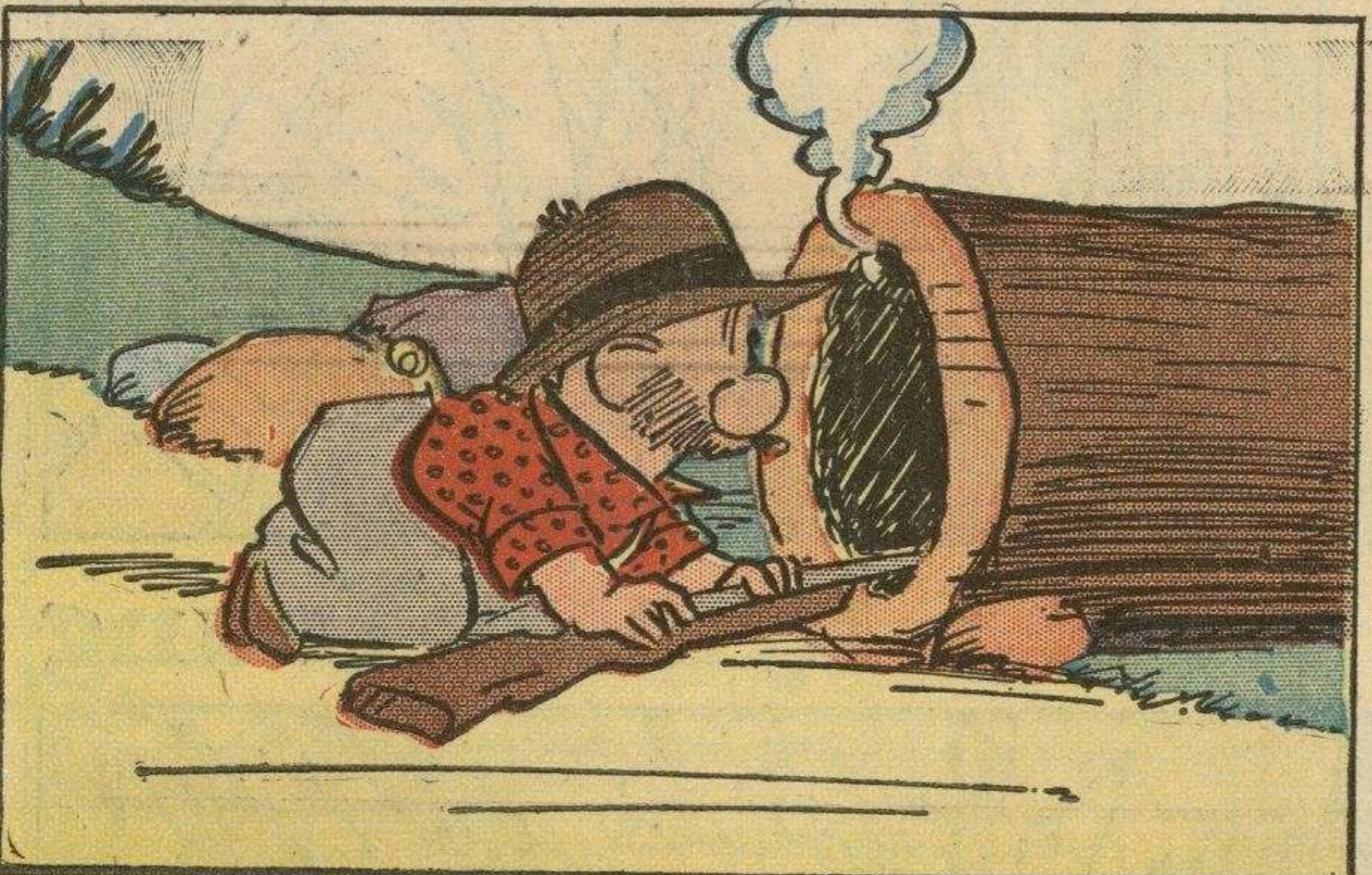
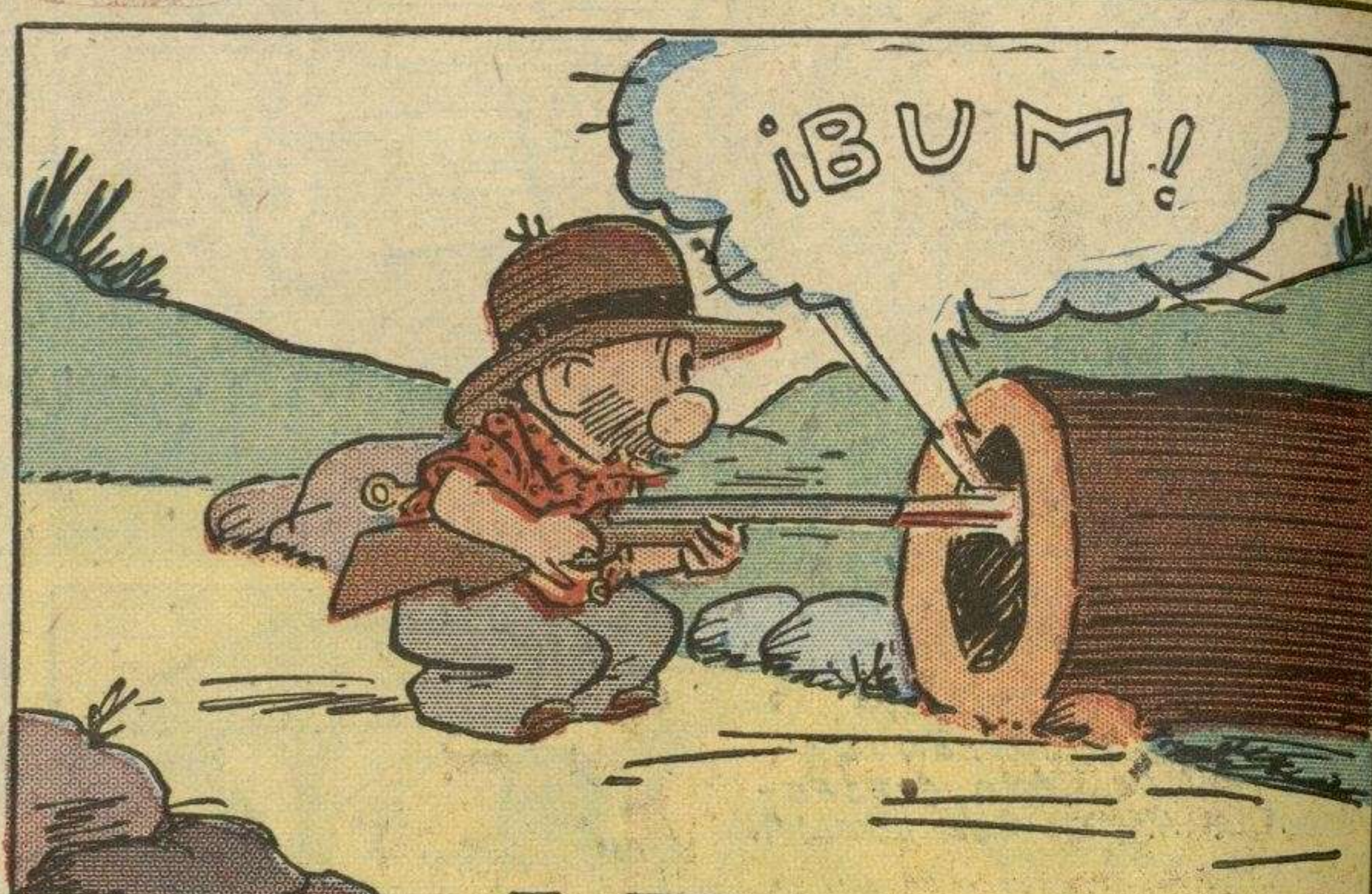
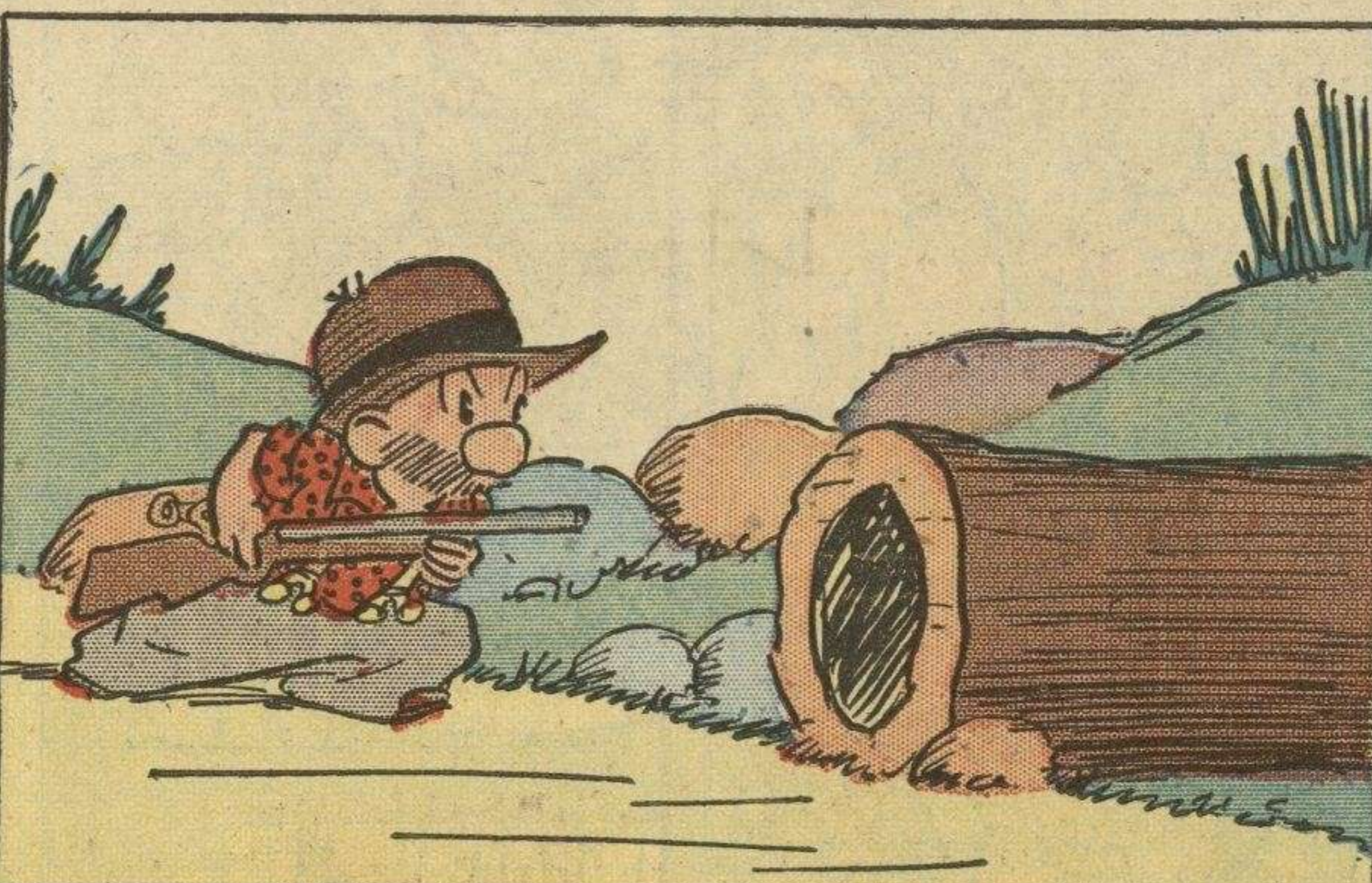
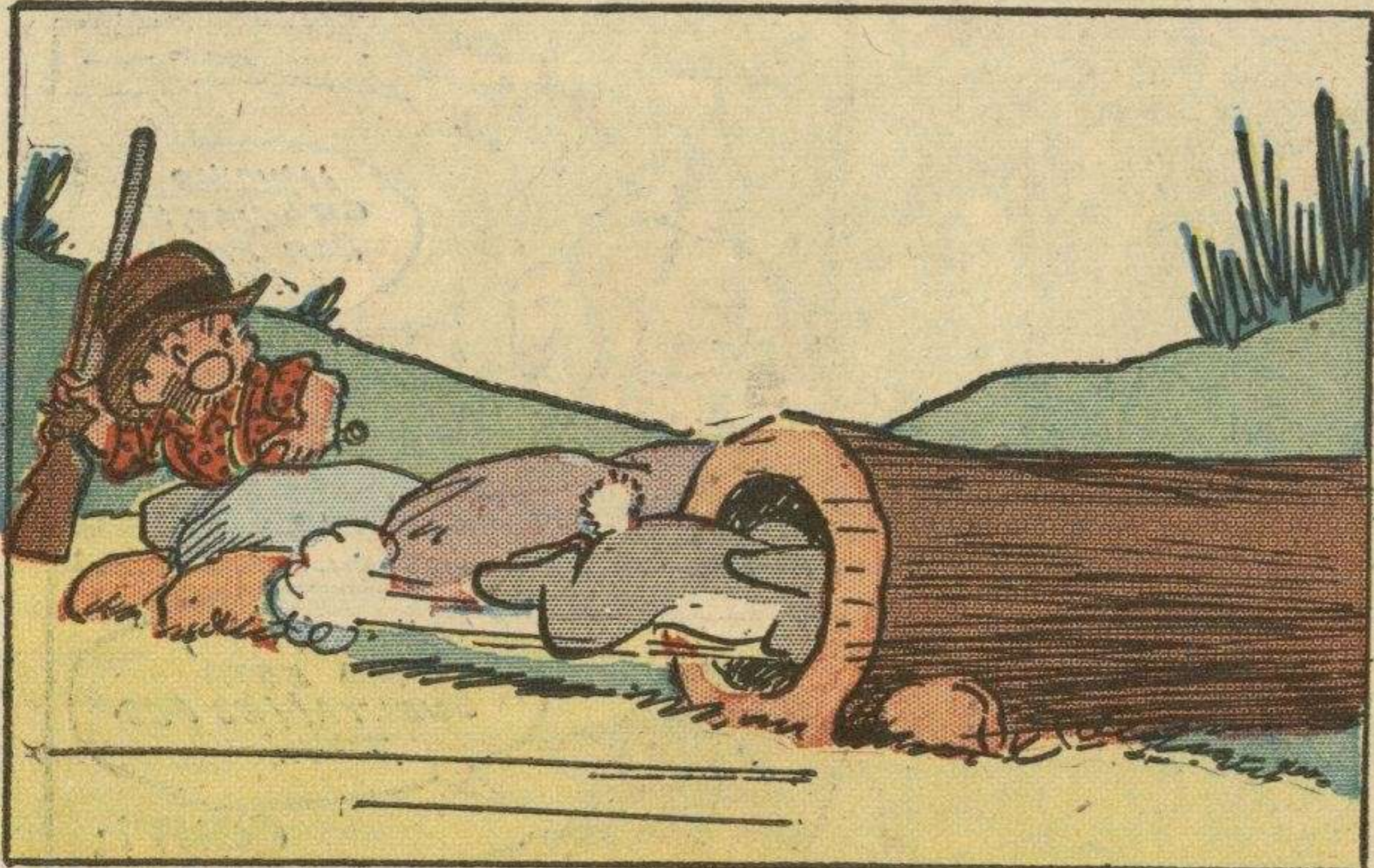
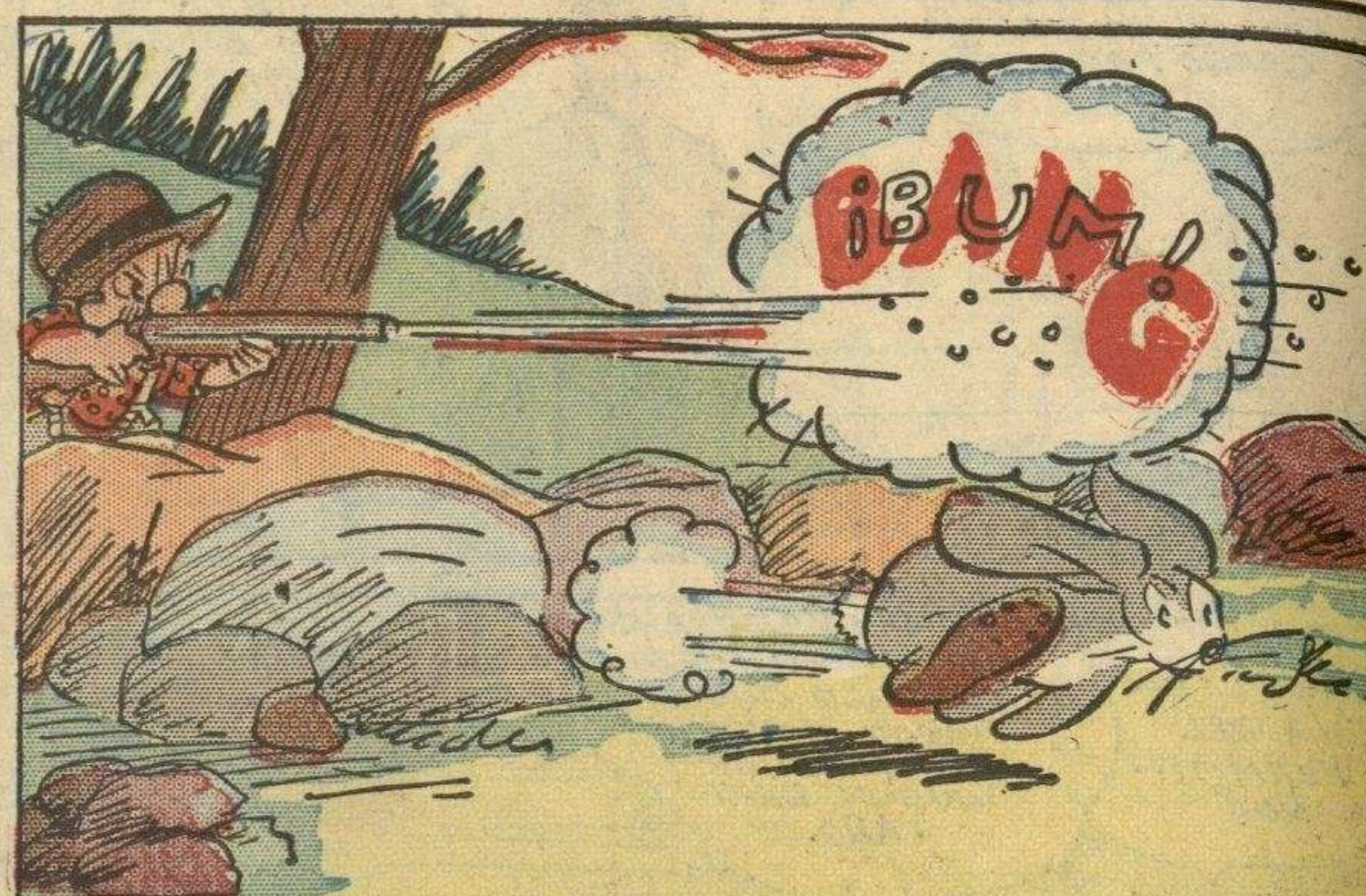
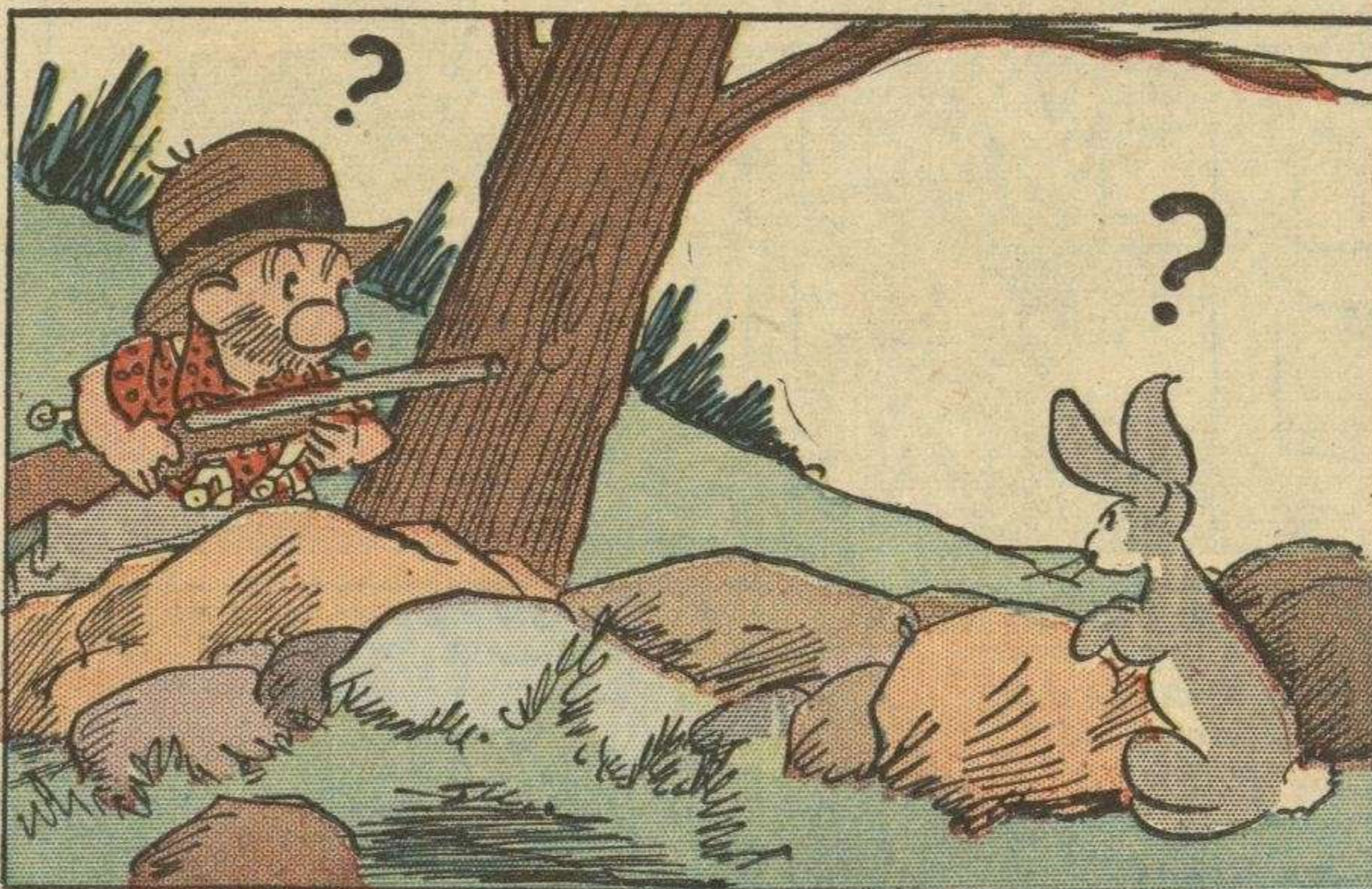
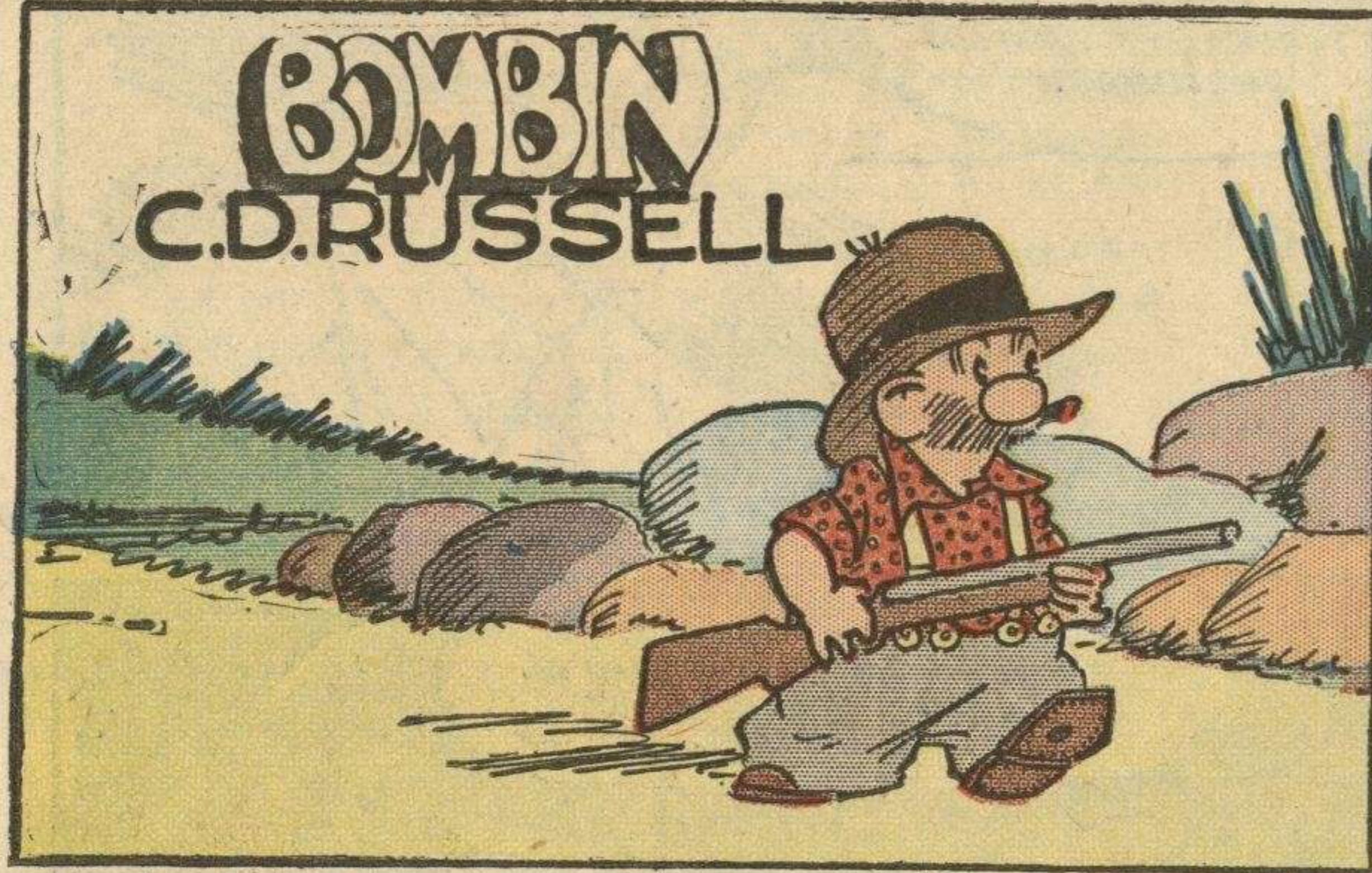


¡UNA TRAMPA!

MIENTRAS AGUILUCHO, PEPE Y ALROOD EXPLORAN EL VALLE NEGRO, DE REPENTE...

CONTINUARÁ



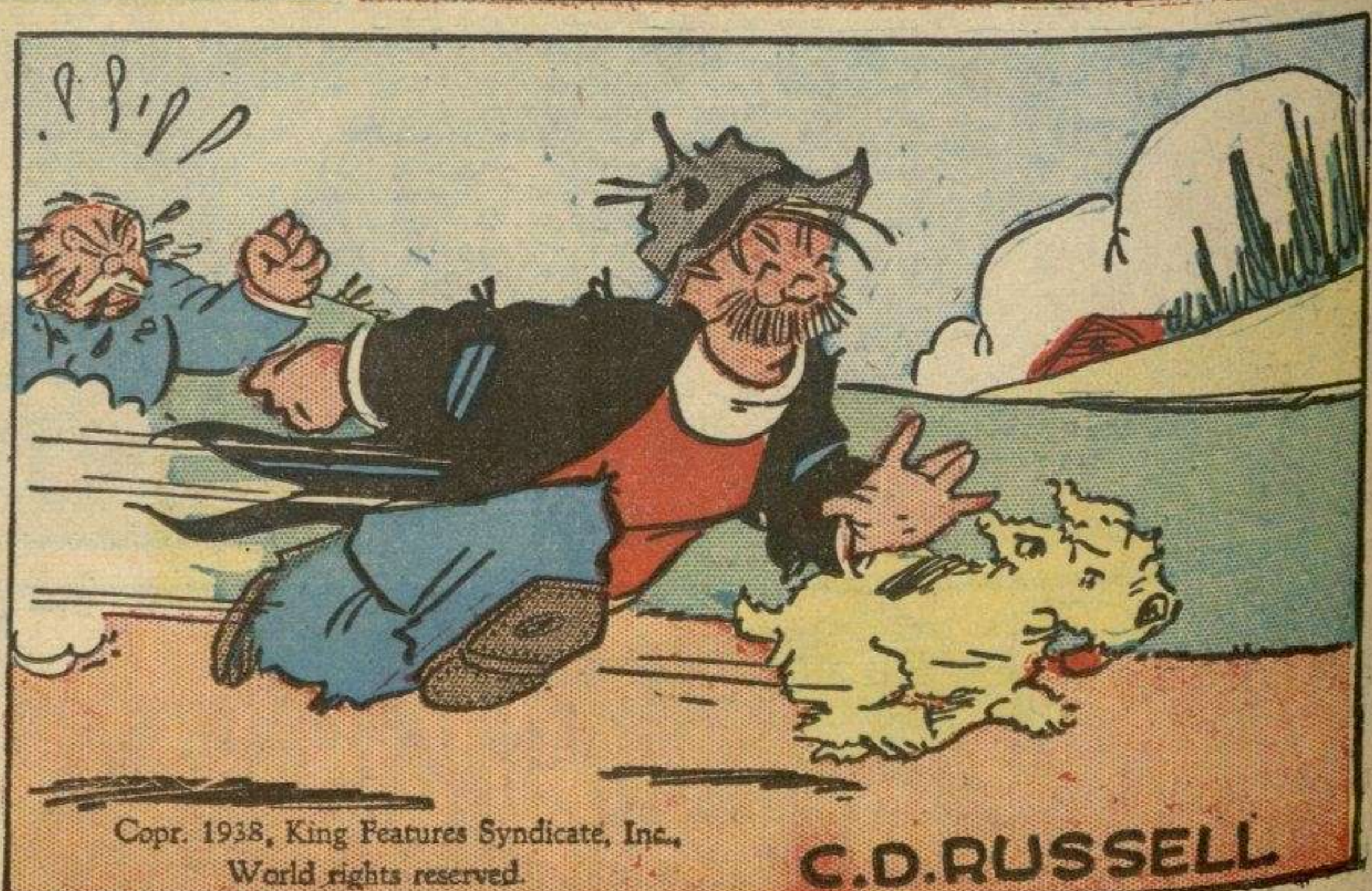
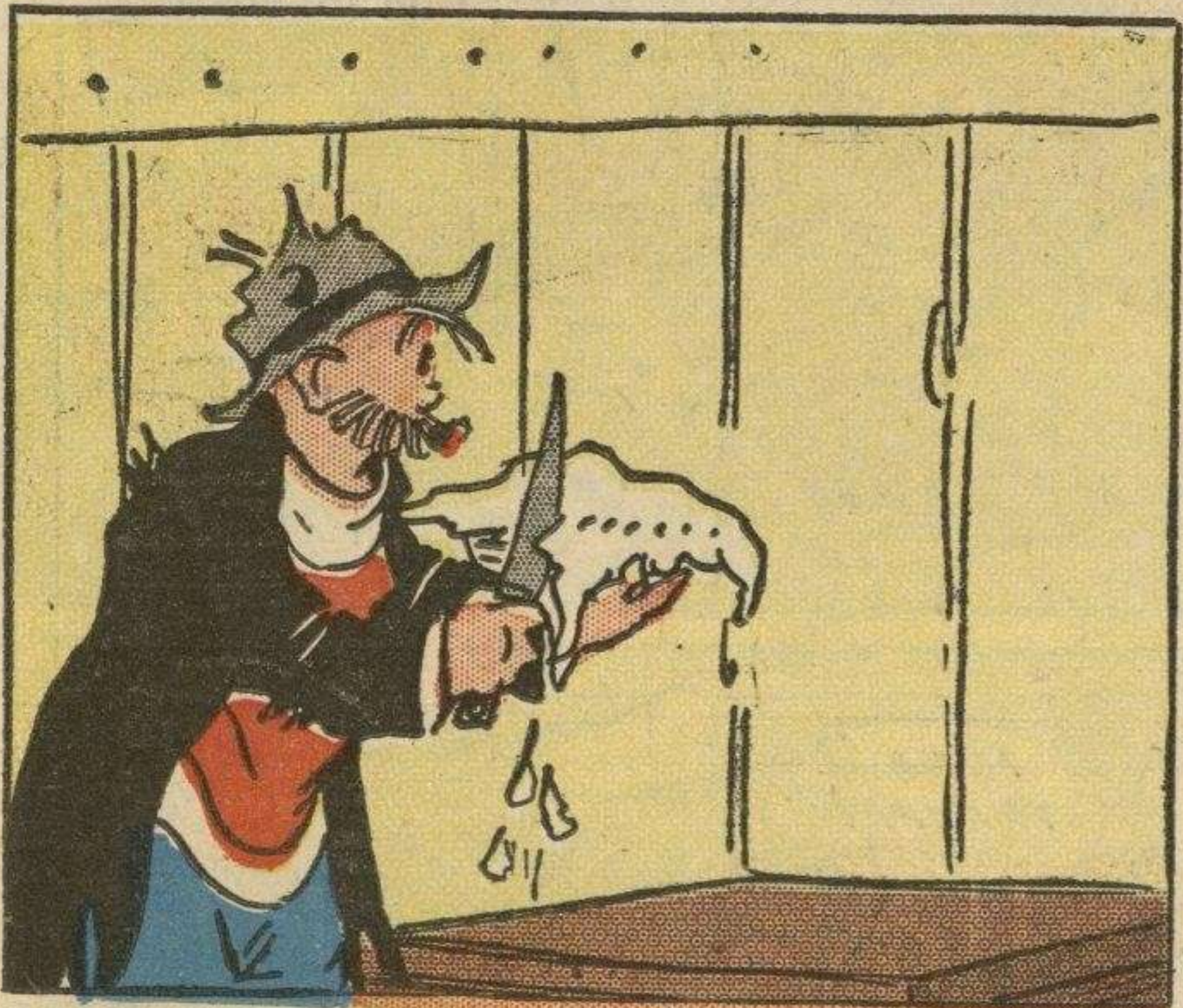
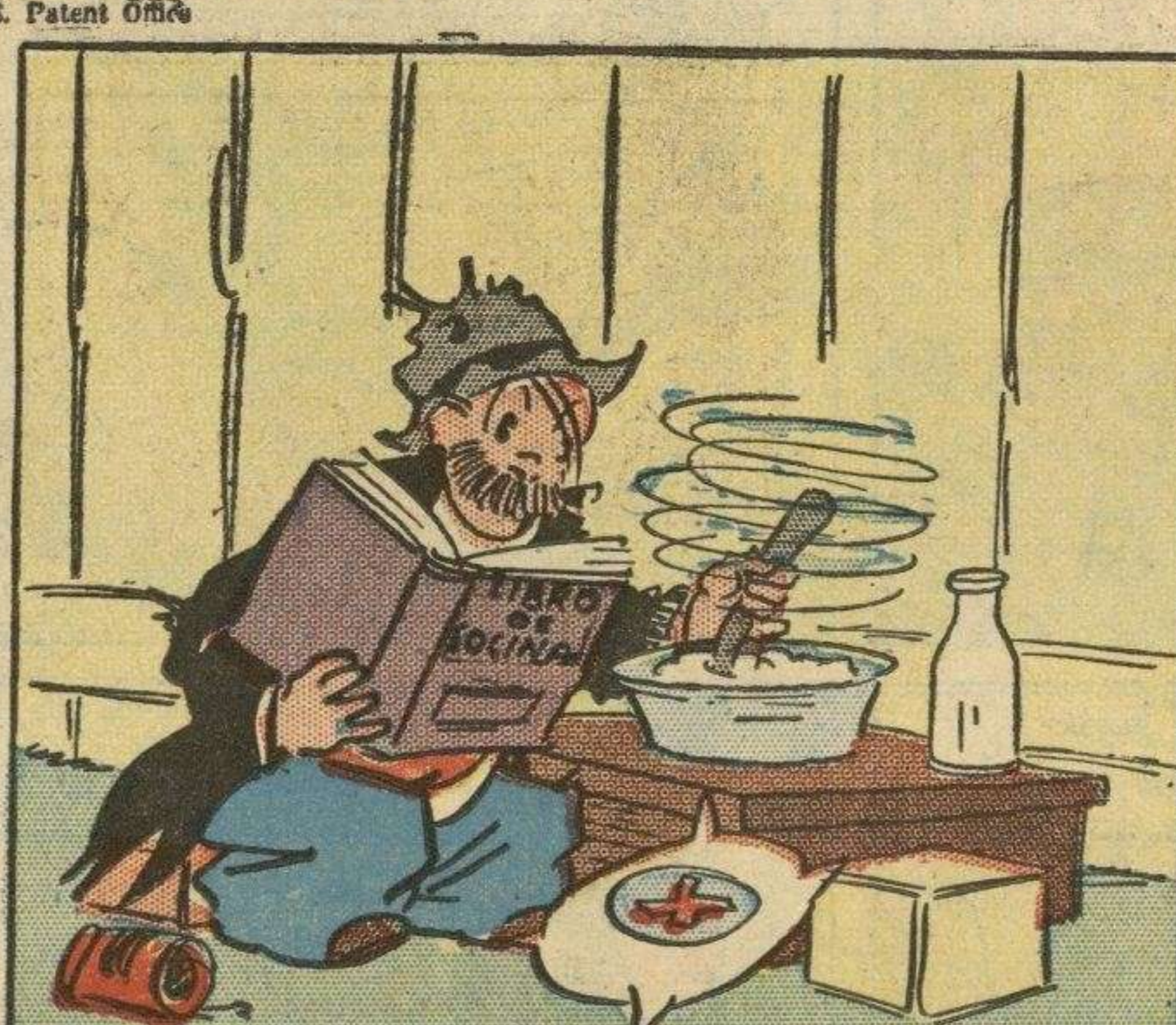


Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved. 12-18

C.D. RUSSELL

## PEDRO HARAIPOS

Registered U. S. Patent Office



Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

C.D. RUSSELL